Pablo José Hernández

PERONISMO Y PENSAMIENTO NACIONAL 1955-1973

Editorial Biblos

PERONISMO Y PENSAMIENTO NACIONAL 1955-1973

Pablo José Hernández

Editorial Biblos

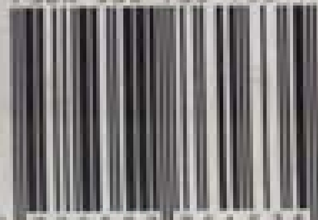
PERONISMO Y PENSAMIENTO NACIONAL 1955-1973

Pablo José Hernández

La caída del peronismo en 1955, precedida por los bombardeos de ese año a la Plaza de Mayo y continuada con los fusilamientos en 1956 de militares y obreros -en su mayoría seguidores de Juan Domingo Perón-, dio el tono a un período en el cual las contradicciones intestinas, lejos de resolverse, se agudizaron. La literatura política de esos años, pues, estuvo inevitablemente teñida por ese clima: la asepsia académica dejó su lugar a una prosa combativa y partidaria. Los libros fueron un lugar más para la disputa.

Este trabajo trata, precisamente, de la experiencia intelectual vivida por esa corriente entre 1955 y 1973. Estas fechas, claro, no son casuales: enmarcan, con la precariedad que tienen los límites en los procesos históricos, la formidable aventura que en tales años vivieron un movimiento político y su conductor desde el momento en que fueron desalojados del gobierno mediante un golpe de Estado hasta que lo recuperaron al obtener, en comicios ejemplares, casi el 62 por ciento de los sufragios.

ISBN 950-786-163-7



Editorial Biblos

Pablo José Hernández

PERONISMO Y PENSAMIENTO NACIONAL 1955-1973

Editorial Biblos

982 Hernández, Pablo José
HER Peronismo y pensamiento nacional, 1955-1973.-
1. ed. - Buenos Aires: Biblos, 1997.
192 pp.; 23 x 16 cm. - (Historia argentina)

ISBN 950-786-163-7

I. Título - 1. Historia Argentina

Diseño de tapa: *Horacio Ossani*
Coordinación: *Mónica Urrestarazu.*

Pasaje José M. Giuffra 318, 1064 Buenos Aires.
Hecho el depósito que dispone la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina.

Impreso en Segunda Edición,
Fructuoso Rivera 1066, 1437 Buenos Aires,
República Argentina,
en noviembre de 1997.

ÍNDICE

HISTORIA DE UNA PASIÓN ARGENTINA

> **La historia no la hacen sólo los que creen hacerla, sino también los que la cuentan; y la voz del perseguido, si sabe tener la razón que la persecución da hasta al que no tiene razón, esa voz es, a la larga, la que más alto suena.**
>
> GREGORIO MARAÑÓN

Es Alberto Methol Ferré, un entrañable oriental, quien señala con agudeza que "quizá Jorge Abelardo Ramos haya sido demasiado político para los escritores y demasiado escritor para los políticos".

Lo dicho, aunque pensado para una individualidad, es extensible, al menos en algún grado, a todos los escritores del pensamiento nacional. Ese pensamiento nacional que — vale la pena aclararlo pues costó años comprenderlo— es sólo una variante más de las que integran el pensamiento argentino.

A ellos les cabrían pues, en aquel sentido, las palabras que Claudio Sánchez Albornoz estampa en *Historia y libertad:* "Los filósofos y los políticos son incapaces de hacer historia. Aun los filósofos y los políticos geniales [...1 Está demasiado poblado su pensar de principios políticos o filosóficos, es demasiado subjetiva su postura ante la vida; y al hacer historia la retuercen o desfiguran, no según su capricho, que no anidan tales veleidades en las mentes preclaras, sino según su noble pensar". Es pese a todo el propio medievalista español, haciendo gala a su aforismo de que "en lo humano está el contraveneno de lo humano", el que recuerda que el ardor "es un factor no despreciable

para el intento del historiador de reconstruir la exacta silueta del pasado" por cuanto los lectores "en su brutal pasión hallarán un barómetro excelente para medir la presión histórica real de las horas de hoy".

Podría completarse este concepto, además, con las palabras que en su *Conflictos y armonías en la historia argentina* incluye Félix Luna: "Un historiador no tiene por qué ser, necesariamente, un buceador de hechos olvidados o un descubridor de documentos inéditos. Puede dedicarse a releer —y repensar— lo que ya está dicho y escrito, para aportar nuevos puntos de vista".

En tiempos en que el siniestro Muro de Berlín ha sido reducido a "un adoquín" que adorna el escritorio de algún ejecutivo, como canta Joaquín Sabina; en momentos en que rige "la cultura de los analgésicos" de la que hablara Leszek Kolakowski en *La presencia del mito;* en circunstancias en las que se impone "la ética indolora" que Gilles Lipovetsky describió en *El crepúsculo del deber,* es por demás evidente, de todas formas, que el contexto en que escribieron los hombres del pensamiento nacional debe ser explicado.

Fue la de su actividad pública, en efecto, una época de espinosas divergencias. Es España, primero, la que se parte en dos en 1936; es Europa, luego, la que estalla en pedazos en 1939; es Argentina, por último, la que en 1945 alcanza uno de los cíclicos picos de discordia. No era posible ni correspondía, en esos momentos, mantenerse al margen.

La caída del peronismo en 1955, precedida por los bombardeos de ese año a Plaza de Mayo y continuada con los fusilamientos en 1956 de militares y obreros en su mayoría seguidores de Perón, dio el tono a un período en el cual las contradicciones intestinas, lejos de resolverse, se agudizaron. La literatura política de esos años, pues, estuvo inevitablemente teñida por ese clima: la asepsia académica dejó su lugar a la prosa combativa y partidaria. Los libros fueron un lugar más para la disputa.

Este trabajo trata, precisamente, de la experiencia intelectual vivida por esa corriente entre 1955 y 1973. Estas fechas, claro, no son casuales: enmarcan, con la precariedad que tienen los límites en los procesos históricos, la formidable aventura que en tales años vivieron un movimiento político y su conductor desde el momento en que fueron desalojados del gobierno mediante un golpe de Estado hasta que lo recuperaron al obtener, en comicios ejemplares, casi el 62 por ciento de los sufragios.

La denominación "pensamiento nacional", por último, reclama también una aclaración. Al ser escuchada ahora, pasada la turbulencia reinante en el momento de su apogeo, suena exclusivista, casi con pretensiones de totalidad. Así fue pronunciada incluso —si bien hubo valiosas excepciones— por la mayoría de los autores que reivindicaron para sí el derecho de pensar desde la Argentina eligiéndola, además, como motivo de sus reflexiones. No pocas veces se catalogó, entonces, a las ideas discrepantes con esta visión como "pensamiento extranjerizante" o "cipayo".

Conviene insistir, pues, en algo ya dicho líneas antes: el pensamiento nacional es sólo una variante más del pensamiento argentino. Otras corrientes, aunque partiendo de distintos postulados y transitando por diferentes caminos, también se ocuparon de lo argentino. Y lo hicieron, claro, aportando su cuota de originalidad. El liberalismo, el positivismo, el historicismo, el nacionalismo y el socialismo —valga este listado por demás incompleto sólo como ejemplo— al ser dichos desde la Argentina prestaron su cuota de innovación y de peculiaridad que los diferenció, en magnitudes variables, de los discursos de los países centrales. Fue nacional en ese sentido, entonces, la gama de reflexiones que no incluyeron en su nombre tal designación. Es una parte, simultáneamente, lo que alguna vez balbuceó ser un todo: la corriente llamada "pensamiento nacional".

Referencias bibliográficas

Kolakowski, Leszek, *La presencia del mito,* Buenos Aires, Amorrortu, 1975.
Lipovetsky, Gilles, El *crepúsculo del deber,* Barcelona, Anagrama, 1994. Luna, Félix, *Conflictos y armonías en la historia argentina,* Buenos Aires, De Belgrano, 1980.
Ramos, Jorge Abelardo, *La nación inconclusa,* Montevideo, De la Plaza, 1994.
Sánchez Albornoz, Claudio, *Historia y libertad,* Madrid, Júcar, 1974.

DE AMOR, DE LOCURA Y DE MUERTE

Padre,
dejad de llorar
que nos han declarado la guerra.

JOAN MANUEL SERRAT

"Eran ya las 21.15 cuando la joven (Susana Valle) atravesó los portales del temible penal de Las Heras. Breves instantes después, vio llegar a su padre dentro de un cerco de marinos que caminaban apuntándole con ametralladoras, guarnecidas las cabezas con cascos de guerra. En una sala contigua un enfermero tenía a punto varios chalecos de fuerza por si la niña o el padre padecían arrebatos paroxísticos.

"«Susanita, si derramas una sola lágrima no eres digna de llamarte Valle.» Con estas palabras el general saludó a su hija. Su faz era tan majestuosa como el daguerrotipo de un procer. Largas patillas. Hondas huellas en el ceño y la frente de muchas noches insomnes. Pálida serenidad en el rostro. Parecía aurorearle un halo de serena beatitud, claro anticipo de la gloria que habría de ceñirle para siempre. «No guardes amargura para con nadie...»

"—Pero, ¿quiénes te han condenado, papá?

"—No lo preguntes jamás, querida mía. Yo quisiera que nunca lo supieras, nunca; para que tu corazón no odiara jamás.

"—Pero, ¿por qué te has entregado? ¿Por qué no entraste en una embajada? ¿Por qué has querido que éstos te maten?

"—Porque no podría con honor mirar a la cara a las esposas y madres de mis soldados asesinados. Yo no soy un revolucionario de café. No me tienes que llorar vos a mí; yo soy el que tendría que llorarte a vos y a mamita que se quedan en el mundo. En estos instantes sería yo el hombre más feliz si no fuera porque sé que ustedes van a sufrir tanto. Tu misión ahora será cuidar a tu madre. Debes quererla mucho, mucho.

"En esos instantes entró su párroco, el padre Devoto, dignísimo sacerdote. Venía demudado y anegado en lágrimas. Apenas podía tenerse en pie. Entonces Valle dejó a su hija y, abrazando al sacerdote, le dijo:

"—¿Cómo, padre? ¿No nos ha dicho usted siempre que en este mundo vivimos de paso, y que la verdadera vida es aquella a la que ahora me empujan quienes me condenan?

"La escena era tan intensa que parecía condensar años enteros. Los hombres de las ametralladoras gemían sin rebozo. Algunos se apoyaban en sus armas para no desmayarse. Fue preciso sacar de la sala a varios de ellos, incapaces por la emoción de mantenerse en pie. Sólo los oficiales de Marina que, sentados en torno a una mesa, controlaban los minutos de aquella despedida, se mostraban insensibles.

"Un oficial, tirante y seco, dijo entonces: «Es hora». Valle, más sereno que hasta entonces, se sacó el anillo y lo colocó en la mano de su hija. Le entregó unas cartas. Y le dio un beso intenso, tan intenso que la joven lo sintió en su rostro durante muchos días. Entonces se irguió y avanzó hasta la puerta. Desde ésta hizo un gesto de despedida a su hija, y se internó por los largos corredores del penal rodeado siempre del cerco de ametralladoras, sin volver ni una sola vez la cabeza hacia atrás. Caminaba radiante hacia la gloria. Allá lejos, la pobre joven no era más que un manojo de amor envuelto en lágrimas."

El sacerdote Hernán Benítez, otrora confesor de Eva Perón, es el autor del estremecedor relato que se publicara, el 28 de mayo de 1957, en el semanario *Palabra Argentina,* El fusilamiento del general Juan José Valle, efectuado después de que cesara la ley marcial y luego de que Pedro Eugenio Aramburu sostuviera que no habría más ejecuciones, era, en rigor, sólo la culminación de un baño de sangre. El 10 de junio de 1956, en Lanús, habían sido ejecutados el teniente coronel José Albino Yrigoyen, el capitán Jorge Miguel Costales y los civiles Dante Hipólito Lugo, Clemente Braulio Ross, Norberto Ross y Osvaldo Alberto Albedro. En la misma fecha, pero en los basurales de José León

Suárez, habían corrido la misma suerte Carlos Alberto Lizaso, Nicolás Carranza, Francisco Garibotti, Mario Brión y Vicente Rodríguez, cinco ciudadanos de los cuales algunos de ellos no tenían idea, siquiera, de que horas antes se había producido un reducido levantamiento.

El 11, en tanto, fue el turno de los militares. El teniente coronel Oscar Lorenzo Cogorno fue muerto en La Plata, mientras que en Campo de Mayo eran fusilados los coroneles Eduardo Alcibiades Cortines y Ricardo Santiago Ibazeta, los capitanes Néstor Dardo Cano y Eloy Luis Caro, el teniente primero Jorge Leopoldo Noriega y el teniente de banda Néstor Marcelo Videla. Susana de Ibazeta, esposa de uno de los jefes ejecutados, contradiciendo lo conversado con su marido, horas antes se había corrido hasta la quinta de Olivos para pedirle clemencia al general Aramburu en nombre de la vieja amistad que alguna vez los había unido. "El presidente duerme y ha dado orden de no ser molestado", fue la inhumana respuesta que recibió. José Gobello, por entonces un poeta preso en la Penitenciaria nacional, inmortalizaría el momento: "Muchachos ateridos desbrozan la maleza / para que sea más duro el lecho de la muerte... / En sábanas de hilo, con piyama de seda, / el presidente duerme. / El llanto se desata frente a las altas botas: / —Calle, mujer, no sea que el llanto lo despierte. / —Sólo vengo a pedirle la vida de mi esposo... / —El presidente duerme". Son siete los suboficiales —cuatro en la Escuela de Mecánica del Ejército y tres en la Penitenciaría— que completan la macabra lista de ese día: Hugo Eladio Quiroga, Miguel Ángel Paolini, Ernesto Garecca, José Miguel Rodríguez, Luciano, Isaías Rojas, Isauro Costa y Luis Pugnetti. El 12, en tanto, al igual que Valle pero en La Plata, le llegaría el turno al subteniente de reserva Alberto Juan Abadíe.

El del año 56 no era, sin embargo, el primer junio que se había teñido de rojo. Norberto Galasso, en su *Vida de Scalabrini Ortiz,* es quien nos recuerda "uno de los crímenes más infames que ha presenciado el país. El 16 de junio de 1955 la histeria «gorila» descarga bombas mortíferas sobre el pecho inerme de Buenos Aires. [...] Américo Ghioldi, Miguel Á. Zavala Ortiz y Samuel Toranzo Calderón pretenden encaramarse al poder trepando sobre una montaña de cadáveres. Pero el Ejército se mantiene fiel al gobierno y los aviones huyen hacia Montevideo cuando cae la tarde. ¡Sobre la Plaza de Mayo más de dos mil muertos enseñan al mundo entero lo que la oligarquía entiende por democracia y libertad!".

¿Qué estaba ocurriendo, en la Argentina, para que el odio se desatara con semejante saña? Ambos hechos, por de pronto, ocurren

en contextos radicalmente diferentes a pesar de ser sólo un año el lapso que los separa. En junio de 1955 es Juan Domingo Perón quien preside la Argentina. Su gobierno, si bien ha perdido el empuje inicial y sufre las consecuencias de los no pocos errores cometidos en los diez años de gestión, sigue aún suscitando la adhesión de las mayorías. Las trabas impuestas a los medios de difusión y a los opositores, por supuesto que condenables, no impiden, con todo, que la democracia siga funcionando. El gobierno es legítimo en su origen —las elecciones en las que incluso, por primera vez, votaron las mujeres— y en su desarrollo: la división de poderes existe, funcionan ambas cámaras legislativas y los comicios de renovación de autoridades se reiteran en los plazos previstos.

En junio de 1956, en cambio, es Pedro Eugenio Aramburu quien ejerce el mando en la Argentina. Su acceso a la presidencia, ilegal e ilegítimo, se produjo por dos sucesivos golpes de Estado. El primero de ellos, el del 16 de septiembre de 1955, cuando es derrocado Perón asumiendo en su lugar al general Eduardo Lonardi. El segundo, cuando el 13 de noviembre del mismo año es reemplazado el propio Lonardi.

La violencia ejercida, en cambio, fue similar en las dos ocasiones. Cuando un puñado de conspiradores al mando de sus aviones buscaba derrocar a un gobierno o cuando ya en el gobierno enfrentaban a un puñado de conspiradores recatados en el uso de la fuerza. El rencor y la inquina, transformados en brutalidad y salvajismo, necesitan, para tratar de ser entendidos, explicaciones profundas. No parece mal, en principio, indagar en la historia de los hechos y los desvalores que desataron la irracionalidad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Feria, Salvador, *Mártires* y *verdugos,* Buenos Aires, Revelación, 1972.
Galasso, Norberto, *Vida de ScalabriniOrtiz,* Buenos Aires, Del Mar Dulce, 1970.

UN GRAN PORVENIR A LA ESPALDA

> El 17 de octubre yo estaba en mi casa en Santos Lugares, cuando se produjo aquel profundo acontecimiento. No había diarios, no había teléfonos ni transportes, el silencio era un silencio profundo, un silencio de muerte. Y yo pensé para mí: esto es realmente una revolución [...] Lo cierto es que aquellas masas eran multitudes que habían sido sistemáticamente escarnecidas y expoliadas, que ni siquiera eran gentes, que no eran personas. Ese concepto de "persona" que tan profundamente la Iglesia reivindicó para el hombre, y que trajo a la civilización occidental una revolución espiritual tan trascendente. Pues bien, esa multitud de parias había encontrado un conductor, un líder que había sabido moverlas, que había sabido despertar su amor.
>
> ERNESTO SÁBATO

El sociólogo Juan José Sebreli, en su libro *Las señales de la memoria,* considera que "los que predican la cultura nacional no están interesados realmente ni en la ciencia ni en la literatura ni en la música ni en la pintura, les interesa exclusivamente la política". Por su parte, José Pablo Feinmann, en su obra *Estudios sobre él peronismo,* remarca que "cualquier persona alfabetizada que tenga leídos su par de Jauretches, algún Scalabrini y uno que otro Hernández Arregui, puede escribir «su» nota sobre la cultura nacional", pero ninguno de ellos logra agregar algo que "signifique algún avance sobre la bibliografía consultada". Ambos, claro, exageran. Pero si limamos los excesos de

toda simplificación tienen no poca dosis de razón: en la Argentina abundan aquellos que confunden cultura con política y los que repiten, sin continuarlos, a los maestros.

Estas puntualizaciones, aunque drásticas, se hacen necesarias para abordar un tema complejo e intrincado como el del 17 de octubre de 1945, fenómeno que admite diversas lecturas pero que es, en sí, también un hecho cultural.

Son propicios para abordar el tema, además, los más de cincuenta años transcurridos desde entonces. Y no sólo, claro, por la perspectiva que da el tiempo. Lo fundamental es que estamos escribiendo desde un ciclo histórico distinto al del hecho al cual hacemos referencia. Serán necesarias también, por este motivo, algunas aclaraciones que contextualicen el significado de los términos utilizados.

Alberto Methol Ferré, rememorando los años que suceden a aquel mítico 1945, sostiene que "quizás el fragor de aquellos combates [...] se está volviendo lejano a las nuevas generaciones rioplatenses, que ya están dentro de otro marco mundial, posterior al derrumbe de la URSS de 1989-91". Es en ese mismo trienio, complementariamente, cuando el historiador Tulio Halperín Donghi sitúa el fin de un etapa de la sociedad argentina pues "la hiperinflación constituyó así el momento resolutivo de la interminable agonía, que llegaba a su término".

Desde una perspectiva distinta pero no necesariamente contradictoria, ya un libro de 1980, *La tercera ola,* plantea también las mutaciones que tornan más distante aún la diferencia temporal. Alvin Toffler es, en efecto, quien dice que su texto "divide la civilización en sólo tres partes: una fase agrícola de primera ola, una fase industrial de segunda ola y una fase de tercera ola, que ahora está empezando". Los tiempos y ritmos históricos son, para este autor, diferentes y aun simultáneos según los países aunque, de todas formas, intenta una clasificación global: "Consideraremos que la era de la primera ola comenzó hacia el 8000 a. de C. a y dominó en solitario la Tierra hasta los años 1650-1750 de nuestra era. A partir de este momento, la primera ola fue perdiendo ímpetu a medida que lo iba cobrando la segunda. La civilización industrial, producto de esta segunda ola, dominó entonces, a su vez, el planeta, hasta que también ella alcanzó su cresta culminante. Este último punto de inflexión histórico llegó a los Estados Unidos durante la década iniciada alrededor de 1955, la década en que el número de empleados y trabajadores de servicios superó por primera vez al de obreros manuales. Fue ésa la misma

década que presenció la generalizada introducción del computador, los vuelos comerciales de reactores, la pildora para el control de la natalidad y muchas otras innovaciones de gran impacto. [...] En la actualidad, todas las naciones de alta tecnología experimentan los efectos de la colisión entre la tercera ola y las anticuadas economías e instituciones remanentes de la segunda".

Teniendo en cuenta la lejanía de la "discordia", el diferente marco internacional y aun la disparidad de "ola" es como se podrá penetrar en los significados íntimos de aquel 17 de octubre, haciendo así más fácil la comprensión de las pasiones que despertó, de los cambios que introdujo, del mito en que se convirtió y, aun, del porqué algunos de sus valores pueden seguir teniendo vigencia.

La poesía, como suele suceder, será la que nos pondrá en clima. Recuerda, en "El 45", María Elena Walsh: "Te acordás hermana qué tiempos aquellos, / la vida nos daba la misma lección. / En la primavera del 45 / tenías quince años lo mismo que yo. / Te acordás de la Plaza de Mayo / cuando «el que te dije» salía al balcón. / Tanto cambió todo que el sol de la infancia / de golpe y porrazo se nos alunó. / Te acordás hermana que desde muy lejos / un olor a espanto nos enloqueció: / era de Hiroshima donde tantas chicas / tenían quince años como vos y yo".

Una etapa, lo evidencia el poema, comenzaba en el mundo en ese año. Estados Unidos, al descargar sus terribles bombas atómicas sobre la población civil de Hiroshima y Nagasaki, ponía fin a la luego llamada Segunda Guerra Mundial y a la geopolítica vigente hasta entonces. Alemania, Italia y Japón eran los derrotados formales. Pero también Gran Bretaña, aunque triunfadora en el conflicto, cedía su posición hegemónica. Estados Unidos y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas pasaban a ser, aunque en sus respectivas zonas de influencia, los "dueños" del mundo. La Argentina, tradicionalmente dependiente de su comercio con Inglaterra, no desperdicia la ocasión y avanza en su autonomía.

El 17 de octubre es pues, para seguir el esquema de Toffier, un acontecimiento pleno de la segunda ola industrial pero también, teniendo en cuenta la simultaneidad y convivencia de estas olas según el grado de desarrollo de cada nación, el hecho que demuestra el repliegue de la primera ola agrícola en nuestro país: el trigo y la carne que se vendían a Inglaterra pierden posiciones ante la Argentina fabril. Los trabajadores de estos establecimientos, incluidos los de aquellos ligados a la producción primaria, serán los que reclamen la libertad

del coronel Juan Domingo Perón y su presencia en los balcones de la Casa Rosada.

No era inédito, en nuestra historia, este procedimiento. Por eso José María Rosa considera que "los caudillos y la gente" han sido las dos presencias constantes de la vida política en esta región. El bien intencionado Alvar Núñez Cabeza de Vaca fue el primero que pudo comprobarlo. Quizá meditara en ello mientras regresaba a España, devuelto al rey por el pueblo de Asunción que había preferido tener como jefe a Domingo de Irala.

Bastante después —durante las invasiones inglesas de 1806 y 1807— los dos protagonistas reaparecerían. Santiago de Liniers, sin embargo, pese a su brillante desempeño en ambos acontecimientos, no sabría luego convertirse en el conductor de la gente que lo seguía.

El caudillo de dimensión nacional estará ausente, a su vez, en los sucesos del 5 y 6 de abril de 1811. Ni Tomás Grigera ni Joaquín Campana —ambos hombres meritorios— alcanzarían a cosechar lo sembrado en esos días por los orilleros. Tampoco nadie recogerá —al menos en forma inmediata— el hecho político trascendental que significó la llegada de las montoneras de Estanislao López y de Francisco Ramírez, en 1820, a la actual Plaza de Mayo: los gauchos desatarán sus caballos de las cadenas de la pirámide y volverán a sus pagos, tal vez esperando una mejor circunstancia.

Juan Manuel de Rosas e Hipólito Yrigoyen, tan diferentes y tan parecidos, en sus respectivas épocas ejemplificarán, en cambio, lo que se puede avanzar cuando un caudillo y un pueblo coinciden en objetivo y en decisión.

Fue, el 17 de octubre, la oportunidad de retomar ese camino. El nuevo caudillo —en rigor, en el actualizado lenguaje de la época, el conductor— y la gente no la desperdiciarán. Ellos serán los principales protagonistas de esa fecha.

Lo acontecido en esa jornada será descripto e interpretado de las maneras más diversas pese a que no hay diferencias sustanciales en el relato básico, aquel que dice que grupos de trabajadores fueron acercándose a la Plaza de Mayo hasta colmarla, permaneciendo en ella hasta que los invitó a desconcentrarse la persona por cuya libertad reclamaban. Es por demás interesante, pues, ver cómo distintos autores extreman su divergencia aun a partir del mismo hecho.

Es Raúl Scalabrini Ortiz, en *Tierra sin nada, tierra de profetas,* quien recuerda que "el sol caía a plomo sobre la Plaza de Mayo cuando inesperadamente enormes columnas de obreros comenzaron a llegar.

Venían con su traje de fajina, porque acudían directamente desde sus fábricas y talleres [...] Los rastros de sus orígenes se traslucían en sus fisonomías. Descendientes de meridionales europeos iban junto al rubio de trazos nórdicos y al trigueño de pelo duro en que la sangre de un indio lejano sobrevivía aún [...] Un pujante palpitar sacudía la entraña de la ciudad. Un hálito áspero crecía en densas vaharadas, mientras las multitudes continuaban llegando. Venían de las usinas de Puerto Nuevo, de los talleres de Chacarita y Villa Crespo, de las manufacturas de San Martín y Vicente *López,* de las fundiciones y acerías del Riachuelo, de las hilanderías de Barracas. Brotaban de los pantanos de Gerli y Avellaneda o descendían de las Lomas de Zamora. Hermanados en el mismo grito y en la misma fe, iban el peón de campo de Cañuelas y el tornero de precisión, el fundidor, el mecánico de automóviles, el tejedor, la hilandera y el empleado de comercio. Era el subsuelo de la patria sublevado".

Desde una perspectiva distinta de la de Scalabrini Ortiz, precursor con sus escritos del evento analizado, Delfina Bunge, una íntima amiga de juventud de Victoria Ocampo y ferviente católica impregnada de ciertos preconceptos de las clases altas de entonces, da una versión tan cristalina como emblemática de la sorpresa causada por la marcha. "Emoción nueva la de este 17 de octubre", dirá en *El Pueblo,* "la eclosión, entre nosotros, de una multitud proletaria y pacífica. Algo que no conocíamos, que, por mi parte, no sospeché siquiera que pudiese existir [...1 las calles presenciaron algo insólito. De todos los puntos suburbanos veíanse llegar grupos de proletarios, de los más pobres entre los proletarios. Y pasaban debajo de nuestros balcones. Era la turba tan temida. Era —pensábamos— la gente descontenta [...] parecían trocadas por milagrosa transformación. Su aspecto era bonachón y tranquilo. No había caras hostiles ni puños levantados, como lo vimos hace pocos años. Y más aún nos sorprendieron sus gritos y estribillos. No se pedía la cabeza de nadie".

Las publicaciones de las fuerzas políticas de izquierda, por su parte, inmediatamente dieron su versión. Así, en *Orientación,* órgano ligado al Partido Comunista, pudo leerse el 24 de octubre que "también se ha visto otro espectáculo, el de las hordas de desclasados haciendo de vanguardia del presunto orden peronista. Los pequeños clanes con aspecto de murga que recorrieron la ciudad no representan ninguna clase de la sociedad argentina. Era el malevaje reclutado por la policía y los funcionarios de la Secretaría de Trabajo y Previsión para amedrentar a la población". A su vez, el 23 de octubre en *La Vanguardia,* el

periódico del Partido Socialista, se leía que "cuando un cataclismo social o un estímulo de la policía movilizan las fuerzas latentes del resentimiento, cortan todas las contenciones morales, dan libertad a las potencias incontroladas, la parte del pueblo que vive su resentimiento, y acaso para su resentimiento, se desborda en las calles, amenaza, vocifera, atropella, asalta diarios, persigue en su furia demoníaca a los propios adalides permanentes de su elevación y dignificación".

Dos testimonios de participantes del evento, en tanto, completarán las descripciones. El poeta Leopoldo Marechal, interrogado por Alfredo Andrés, recordará más tarde, en 1968, que "de pronto, me llegó desde el oeste un rumor como de multitudes que avanzaban gritando y cantando por la calle Rivadavia: el rumor fue creciendo y agigantándose, hasta que reconocí primero la música de una canción popular, y enseguida su letra: «Yo te daré, / te daré, Patria hermosa, / te daré una cosa, / un cosa que empieza con P: / ¡Perón!». Y aquel «Perón» resonaba periódicamente como un cañonazo [...] Me vestí apresuradamente, bajé a la calle y me uní a la multitud que avanzaba rumbo a la Plaza de Mayo. Vi, reconocí y amé los miles de rostros que la integraban: no había rencor en ellos, sino la alegría de salir a la visibilidad en reclamo de su líder".

Por su parte, José María Rosa, en 1978, me dará su testimonio para nuestro libro *Conversaciones:* "Recuerdo que, ya de noche, estábamos un grupo de nacionalistas y forjistas en Bolívar y Avenida de Mayo, viendo pasar a esa gente zaparrastrosa que se lavaba los pies en las fuentes de la plaza. Y cantaban y bailaban [...] Esa gente, que parecía exteriormente tan distinta a nosotros, era nuestra gente [...] Alguno propuso que nos integráramos con ellos, que fuéramos a cantar y bailar. Unos no querían, decían que era artificial. Que aquello no era auténtico, sino gente de Perón pagada por la Secretaría de Trabajo. Otros, que era un carnaval. Creo que fue Jauretche quien aclaró: «Si fuera un carnaval estarían tristes, porque todos los carnavales son tristes. Y esto es alegre, es otra cosa». La mayoría nos fuimos a cantar y bailar con las grasitas y los grasitas. Y a pedir que volviese Perón, cosa que mucho no deseábamos momentos antes, pero la emoción del pueblo nos ganó".

Estos textos, tan diferentes en matices e intencionalidad, sirven, de todos modos, para alcanzar algunas conclusiones unificadoras de lo vivido ese día. Recurriremos a *El 45,* libro de Félix Luna, para expresar la coincidencia. "Lo más singular del 17 de octubre", escribirá

el prestigioso historiador, "fue la violenta y desnuda presentación de una nueva realidad humana que era expresión auténtica de la nueva realidad nacional. Y eso es lo que resultó más chocante a esta Buenos Aires orgullosa de su rostro europeo: reconocer en esa hora desaforada que tenía el color de la tierra, una caricatura vergonzosa de su propia imagen. Caras, voces, coros, tonos desconocidos: la ciudad los vio con la misma aprensión con que vería a los marcianos desembarcando en nuestro planeta. Argentinos periféricos, ignorados, omitidos, apenas presumidos, que de súbito aparecieron en el centro mismo de la urbe para imponerse arrolladoramente".

Es, en efecto, este desvalor de buena parte de los habitantes de la Capital Federal lo primero que salta a la vista: la discriminación hacia lo diferente. Por eso, tal como lo ve el propio Luna, esa jornada "no provocó el rechazo que provoca una fracción política partidista frente a otra: fue un rechazo instintivo, visceral, por parte de quienes miraban desde las veredas el paso de las turbulentas columnas". Con el despectivo "cabecita negra" se castigará la diferencia de piel, más oscura en los manifestantes suburbanos. El término "descamisado" surgirá a la vez para señalar los diferentes atuendos. Los trabajadores de las fábricas no utilizaban el traje con camisa y corbata que lucían los empleados y las clases altas. El contraste era evidente en una época en la que aun a las canchas de fútbol se iba con saco y corbata. Faltaba todavía para que las diferencias menguaran al generalizarse el tono informal de las vestimentas y para que la industrialización, brindando simultáneamente mayor poder adquisitivo y atuendos más económicos para los varones y para las mujeres, disminuyera esas fronteras estéticas levantadas entre los obreros y los empleados.

Pero son palpables también, en las reseñas reproducidas, aristas menos dramáticas. El tono juvenil y alegre parece como una constante del hecho en los relatos de Scalabrini Ortiz, Bunge, Rosa, Marechal y aun en el propio texto descalificador de *Orientación,* el cual, al hacer referencia al "aspecto de murga", muestra la presencia del canto y del baile. Puede decirse entonces que, aunque sin descuidar el reclamo, lo vivido era una fiesta y ésta, como asegura el filósofo Josef Pieper en El *ocio* y *la vida intelectual* es "la forma más elevada de la afirmación".

Lo expresado por el pensador concuerda, por otra parte, con la conclusión a la que llega Mariano Grondona en el libro *La naturaleza del peronismo* de Carlos Fayt: "Un poco en términos hegelianos", asegura en la obra de 1967, "podríamos decir que el proletariado urbano, el 17 de octubre del 45, toma conciencia, se aprehende a sí mismo, se

conoce como una fuerza actuante, existente en la historia nacional". Agrega a la vez el agudo analista que "no obstante, este proletariado era revolucionario; pero quería una revolución de signo nacional. Esto quiere decir que quería meterse en esta Nación, aquí. No quería cambiar el esquema de las naciones. Quería incorporarse a esta Nación concreta. Quería entrar en los cines, en las confiterías del centro. Quería entrar en los esquemas sociales de esa sociedad, en la distribución de los ingresos y de prestigio, en las posibilidades de ascenso político, social y económico".

Retomando los denominadores comunes de los testimonios antes reseñados, vemos cómo la juventud de los protagonistas se destaca en varios de ellos, a los que puede agregarse el de un personaje de la novela *El uno y la multitud,* de Manuel Gálvez: "¡Y son casi todos muchachos! Todos, mejor dicho. No se ve un viejo. Parecen muchachos de veinte, de veinticinco años. Y se ríen, y cantan...". Esta peculiaridad no podía pasar desapercibida, por supuesto, al ojo escrutador de Arturo Jauretche. Quedará tan grabada en su memoria, además, que muchos años después, el 20 de junio de 1973, la recordará ante el periodista Rodolfo Terragno en una nota para la revista *Cuestionario* que éste, conmovido, reeditará incluso luego, en 1974, a manera de prólogo a su libro *Los 400 días de Perón.* "La del 45 fue una revolución de jóvenes", dirá Jauretche en la ocasión, y, aunque hablando no del 17 sino del posterior acto de proclamación de la fórmula Perón-Quijano para las elecciones del 24 de febrero de 1946, recordará su charla con el teniente coronel Gregorio Pomar, "viejo camarada de lucha" pero adversario en tal oportunidad: "Lo que caracteriza a esta multitud es la edad. ¿No ves que son todos jóvenes?".

Un nuevo dato, por otra parte, debe tenerse en cuenta para entender en profundidad el fenómeno de aquel día: el trabajo y quienes lo llevan a cabo, los trabajadores, están en la médula del asunto.

No fue el hecho, desde ya, un pronunciamiento exclusivamente obrero. En primer lugar, porque una larga prédica intelectual y política precedió y desembocó en aquella jornada. En tal sentido puede decirse que la jornada no fue tan espontánea como suele creerse. Se la "preparó" durante quince años, los que transcurren entre el derrocamiento del presidente constitucional Hipólito Yrigoyen, el 6 de septiembre de 1930, y la fecha aquí analizada. Trabajaron para hacerla posible, desde esta perspectiva, los muchachos de la Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina (FORJA), los intelectuales revisionistas, los militares neutralistas disconformes con las

proscripciones y los fraudes de la "década infame" y los todavía incipientes sindicatos que crecerían en el marco de la industrialización y con el fuerte apoyo de la Secretaría de Trabajo y Previsión.

Sí se hace necesario destacar, de todas formas, que los trabajadores resultaron pieza clave de la situación y ello, en buena medida, porque el trabajo era por entonces un valor reconocido como tal por la comunidad nacional.

Es Juan Pablo II, en su encíclica *Laborera Exercens,* quien quizá más profundamente haya analizado esta problemática. "Las fuentes de la dignidad del trabajo", asegura el Sumo Pontífice, "deben buscarse principalmente no en su dimensión objetiva, sino en su dimensión subjetiva [...] Esto no quiere decir que el trabajo humano, desde el punto de vista objetivo, no pueda o no deba ser de algún modo valorizado y cualificado. Quiere decir solamente que el primer fundamento del valor del trabajo es el hombre mismo, su sujeto. A esto va unida inmediatamente una consecuencia muy importante de naturaleza ética: es cierto que el hombre está destinado y llamado al trabajo; pero, ante todo, el trabajo está «en función del hombre» y no el hombre «en función del trabajo»".

Es recién dentro de esta concepción, pues, que asume toda su trascendencia aquel 17 de octubre de 1945. Ese día, más allá de las ocasionales diferencias, se incorpora al sentido común de los argentinos el hecho definitorio de que el trabajo vale, primordialmente, porque quien lo realiza es una persona y en función de ella debe estar. En una dimensión más restringida cabe consignar, empero, otro matiz, el del nombre que los partidarios de Perón dieron a esa fecha. El *Día. de la Lealtad,* lo llamaron. Expresaban asi la lealtad de los trabajadores, claro, a a quienes ellos entendían era la persona que más leal les había sido.

La perspectiva del tiempo y la diferente circunstancia permiten, de todas formas, extraer enseñanzas más abarcativas. La primera de ellas, nos parece, es aquella que nos invita a estar permanentemente atentos contra toda posibilidad de discriminación. Mucho es lo que ha avanzado la Argentina en la materia —y Formosa en ello fue pionera con la primera ley antidiscriminatoria del país— pero no poco es lo que resta por hacer: el color de la piel o las dimensiones de la silueta siguen siendo impedimentos para acceder a ciertos locales bailables o a determinados puestos laborales.

En otro plano, aunque la "tercera ola" haya desplazado ya en nuestro país, al menos en algún grado, a ese mundo industrial de

aquel octubre del 45, no se puede dejar de decir que la dignidad del trabajo debe continuar siendo la misma: el trabajo es importante porque debe estar en función del hombre, sea en los casos en los que él mismo lo realice o aun en aquellos en que los robots por el hombre programados cumplan con las tareas. Son de notable actualidad, a este respecto, las palabras del arzobispo de Córdoba, cardenal Raúl Primatesta, transcriptas por el diario *La Nación,* que invitan a "reaccionar contra el capitalismo salvaje con otras formas que contemplen al hombre y no al dinero, al poder o al placer".

La solidaridad y la lealtad, asimismo, no pueden ser desechadas como valores. La merma de estas cualidades redundará indefectiblemente en perjuicio de la comunidad como tal pero, también, se volverá en contra de cada uno de sus integrantes. Debe recordarse, por último, que no es conveniente marginar las lecciones de la historia. Sobre todo por la utilidad que éstas puedan brindar a lo por venir. Tal como dijera Joan Manuel Serrat, "aún hay muchas cosas por suceder y gente joven para que les sucedan".

Referencias bibliográficas

Andrés, Alfredo, *Palabras con Leopoldo Marechal,* Buenos Aires, Carlos Pérez, 1968.
Dujovne, Alicia, *María Elena Walsh,* Madrid, Júcar, 1979.
Fayt, Carlos, *La naturaleza del peronismo,* Buenos Aires, Viracocha, 1967.
Feinmann, José Pablo, *Estudios sobre el peronismo,* Buenos Aires, Legasa, 1983.
Gálvez, Manuel, *El uno y la multitud,* Buenos Aires, Alpe, 1955.
—, *Recuerdos de la vida literaria,* Buenos Aires, Hachette, 1961.
Halperín Donghi, Tulio, *La larga agonía de la Argentina peronista,* Buenos Aires, Ariel, 1994.
Hernández, Pablo José, *Conversaciones con José María Rosa,* Buenos Aires, Colihue-Hachette, 1978.
Juan Pablo II, *Laborem Exercens,* Buenos Aires, Paulinas, 1981.
Luna, Félix, *El 45,* Madrid, Hyspamérica, 1984.
Pieper, Josef, *El ocio y la vida intelectual* Madrid, Rialp, 1979.
Primatesta, Raúl Francisco, en *La Nación,* Buenos Aires, 1 de octubre de 1995.
Ramos, Jorge Abelardo, *La era del peronismo,* Buenos Aires, Del Mar Dulce, 1983.
Ramos, Jorge Abelardo, *La nación inconclusa,* Montevideo, La Plaza, 1994.
Rosa, José María, *Estudios revisionistas,* Buenos Aires, Sudestada, 1967.

Scalabrini Ortiz, Raúl, *Tierra sin nada, tierra de profetas,* Buenos Aires, Plus Ultra, 1973.
Sebreli, Juan José, *Las señales de la memoria,* Buenos Aires, Sudamericana, 1987.
Terragno, Rodolfo, *Los 400 días de Perón,* Buenos Aires, De la Flor, 1974.
Toffler, Alvin, *La tercera ola,* Madrid, Plaza y Janes, 1980.

DESPUÉS DE LA CAÍDA

> Su postvira de quedarse fuera y proseguir su trabajo con sus propias fuerzas y no a costa del vecino fue convirtiéndose con los años en una especie de desquite.
>
> PETER HANDKE

La Plaza de Mayo, en septiembre de 1955, volvió a colmarse: desbordaba de gente como en los mejores días del gobierno del general Perón. El lleno no lo daban esta vez, sin embargo, los tumultuosos partidarios del justicialismo. Era Lonardi, ahora, el presidente vivado por la multitud. Si algún improbable distraído que no estuviera al tanto de la mutación se hubiera acercado no habría demorado en darse cuenta de que las cosas eran distintas. No sólo faltaban los bombos. Era, literalmente, "una" Argentina la que había reemplazado a "otra" Argentina. En una ciudad del norte un agudo escritor vería ese cambio en profundidad.

"Aquella noche de septiembre de 1955", escribirá Ernesto Sábato en El *otro rostro del peronismo,* "mientras los doctores, hacendados y escritores festejábamos ruidosamente en la sala la caída del tirano, en un rincón de la antecocina vi cómo las dos indias que allí trabajaban tenían los ojos empapados de lágrimas. Y aunque en todos aquellos años yo había meditado en la trágica dualidad que escindía al pueblo argentino, en ese momento se me apareció en su forma más conmovedora. Pues, ¿qué más nítida caracterización del drama de nuestra patria que aquella doble escena casi ejemplar? Muchos millones de desposeídos y de trabajadores derramaban lágrimas en aquellos instan-

tes, para ellos duros y sombríos. Grandes multitudes de compatriotas humildes estaban simbolizados en aquellas dos muchachas indígenas que lloraban en una cocina de Salta".

El futuro historiador Rodolfo Ortega Peña, por entonces sólo un estudiante universitario, en la propia Plaza de Mayo también comprobaba esa división: "Al producirse el 16 de septiembre de 1955, yo acababa de cumplir 20 años. El «proceso» peronista lo había vivido en una experiencia indirecta, la de mis padres. Un hogar pequeñoburgués, típicamente liberal, que objetivamente se había beneficiado con la política económica de Perón, pero que lo negaba en forma absoluta a nivel ideológico [...] El discurso de Lonardi me encontró, con la que entonces era mi novia y hoy mi mujer, en la Plaza de Mayo, escuchando el «ni vencedores ni vencidos», de un agrio sabor a Urquiza. Allí, agitando una banderita argentina se daba mi primera posición activa y propia en política [...] Mientras Lonardi utilizaba por última vez los balcones para hablar a una manifestación, se despertó en mí una sorpresiva inquietud. Decidí fijarme en quienes estaban en la plaza. No era difícil determinarlo. Estaban las señoras gordas, los amigos de mis padres, los estudiantes. Era inútil buscar a los «cabecitas». Ellos no estaban. A la tarde, al alejarnos del centro, del «barrio norte», y acercarnos a los conventillos de la gran ciudad, advertimos miradas hoscas, recelosas, indignadas. El pueblo, el auténtico pueblo, vivía su derrota".

En Buenos Aires, en tanto, en un barrio cercano a la parroquia de Santa Rosa, un joven seminarista comprendería el dilema aun con mayor hondura: "A fines de 1954 y durante todo el año 55, íbamos con el padre Marte a visitar a la gente en sus casas. Una vez por semana, íbamos a un conventillo que quedaba en la calle Catamarca y charlábamos con la gente [...] como en aquellas idas a la cancha con Nico [el hijo de la cocinera de su hogar paterno] era mi otra gran experiencia de ese mundo, el mundo de los humildes del cual yo había vivido siempre distante. Pero esta vez, me iba a dar cuenta que era más adentro, bien adentro. Eran los días finales del gobierno peronista. En mi familia, mi padre estaba prófugo y tenía dos hermanos en Villa Devoto. En el barrio norte se echaron a vuelo las campanas y yo participé del júbilo orgiástico de la oligarquía por la caída de Perón. Una noche, fui al conventillo como de costumbre. Tenía que atravesar un callejón medio a oscuras y de pronto, bajo la luz muy tenue de la única bombita, vi escrito, con tiza y en letras bien grandes: «Sin Perón, no hay Patria ni Dios. Abajo los cuervos». La gente del conventillo me

conocía bien, yo había intimado bastante con ella durante todo ese tiempo (después seguí yendo, casi todo el año 56). Sin embargo, para mí lo que vi escrito fue un golpe: esa noche fue el otro momento decisivo de mi vida. En la casa encontré a la gente aplastada, con una gran tristeza. Yo era un miembro de la Iglesia y ellos le atribuían a la Iglesia parte de la responsabilidad de la caída de Perón. Me sentí bastante incómodo, aunque no me dijeron nada. Cuando salí a la calle aspiré en el barrio la tristeza. La gente humilde estaba de duelo por la caída de Perón [...] Cuando volvía a casa, a mi mundo que en esos momentos estaba paladeando la victoria, sentí que algo de ese mundo, ya, se había derrumbado. Pero me gustó". Carlos Mugica, paladeando el sabor agridulce de una Argentina contradictoria, transitaba una nueva etapa. Era un precursor, quizá sin saberlo, de otros jóvenes que también empezarían a preguntarse por la realidad en que vivían, la cual parecía insinuarse más compleja que la que los festejos y el triunfalismo de un sector aparentaba.

Norberto Galasso, un prolífico historiador que comenzara a publicar sus trabajos en los años 60, describirá ese contexto con un lenguaje acorde a la época: "Si bien en lo económico el país rueda ya por la vieja pendiente proimperialista —devaluación monetaria, liquidación del IAPI y formulaciones liberales de [Raúl] Prebisch—, en otros aspectos subsiste cierto equilibrio de fuerzas. La CGT permanece en manos de [Andrés] Framini y [Luis] Natalini y el lonardismo se maneja con prudencia, tratando de ser medianamente fiel al «ni vencedores ni vencidos». Lonardi en la presidencia asesorado por [Clemente] Villada Achával y [Luis M.] De Pablo Pardo, [Luis B.] Cerrutti Costa en el Ministerio de Trabajo, las relaciones exteriores en manos de Mario Amadeo y el general [Justo L.] Bengoa como ministro de Ejército son la expresión del nacionalismo oligárquico que intenta buscar su propia vía. El contraalmirante [Isaac F.] Rojas en la vicepresidencia, Eduardo Busso en el Ministerio de Interior y el control de las secretarias económicas por los agentes del Imperio constituyen la otra cara, definidamente gorila, del golpe setembrino".

Por su parte, el peronismo, en franca desbandada, muestra en su dirigencia un comportamie'nto, naturalmente, también contradictorio. Mientras algunos resisten las persecuciones de la forma en que pueden y otros, quizá más sólidos, tratan ya de reorganizarse aun desde la cárcel, una vastedad de dirigentes, especialmente de la rama política, se siente desguarnecida al perder el calor de los despachos oficiales y opta por el silencio y la distancia. Son dos hombres que se habían mantenido alejados de las oficinas gubernamentales, sin embargo, los

que reaparecerán para rescatar los logros de diez años de gobierno y para contradecir los errores imperantes.

Arturo Jauretche y Raúl Scalabrini Ortiz, en efecto, resurgirán de un opaco desplazamiento para ser los primeros en la hora de la docencia. Ambos tenían, a esa altura de sus vidas, trayectorias en muchos aspectos similares pero diferentes en algunas peculiaridades. Los dos habían sido figuras señeras en la Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina, la pequeña agrupación que desde un modesto sótano de la calle Lavalle lograra conmover a través de folletos, actos y conferencias el andamiaje intelectual de la década infame. Los dos, también, habían acompañado al surgente peronismo. Lo hicieron, claro, defendiendo los aciertos de los grandes lincamientos, gero mamando las distancias que los hombres de pensamiento suelen tener con las inevitables miserias políticas. Al caer Perón, por de pronto, ya hacía años que Jauretche había abandonado el cargo que ocupara en el Banco Provincia. El apartamiento de Scalabrini Ortiz tampoco era reciente. "Me apena pensar", le escribirá tiempo después a un amigo, "todo lo que yo pude hacer en la formación de la conciencia nacional en el transcurso de esos diez años [...] no le critico a Perón haberse dejado rodear de adulones *[…]* pero debió haber dejado un resquicio, un trinchera, algo desde donde hubiéramos podido continuar adoctrinando y enseñando".

Las relaciones con la pluma, hasta ese momento, diferenciaban a ambos patriotas. Jauretche, quien había preferido la tribuna callejera, el volante de ocasión o el folleto retrucante, había publicado por entonces un solo libro. Se trataba de *El paso de los libres,* editado en 1934 por La Boina Blanca, relato en verso de una fallida revolución radical, el cual conmovió al joven prologuista: "La tradición, que para muchos es un traba, ha sido un instrumento venturoso para Jauretche. Le ha permitido realizar obra viva, obra que el tiempo cuidará de no preterir, obra que merecerá —yo lo creo— la amistad de las guitarras y de los hombres", había escrito en Salto Oriental, el 22 de noviembre del citado año, Jorge Luis Borges.

Scalabrini, en cambio, tenía tras de sí gran parte de su carrera literaria. Los *Cuentos de la manga,* de 1923, y *El hombre que está solo y espera,* de 1931, lo habían consagrado en la historia de la literatura argentina. *Política británica en el Río de la Plata* e *Historia de los ferrocarriles argentinos* lo habían mostrado, a su vez, como un agudo ensayista capaz de desentrañar los más intrincados dilemas que se esconden, no pocas veces, en los balances y en los contratos empresarios.

Será Jauretche, en *FORJA y la década infame,* el encargado de recordar "una acción emprendida de inmediato a la Revolución de 1955, cuando con Scalabrini Ortiz salimos de nuevo a la escena política que habíamos abandonado hacía años, para dar el grito de «vuelvan caras» a los dispersos y a afirmar las bases del pensamiento nacional momentáneamente en derrota, ante el estruendo victorioso del caos ideológico de nacionalistas, liberales y fubistas, en una tentativa de hacerle dar un salto atrás al pensamiento argentino. No salimos a defender un partido político determinado, aunque ello resultara de los hechos concretos, sino las bases del pensamiento nacional en peligro. Ahí están las páginas de *El* 45 y *El Líder,* cuya gravitación e importancia circunstancial tampoco se puede comprender si no se comprende aquel momento, en nuestra desesperada búsqueda de instrumentos para defender lo nacional".

Otros conceptos de Jauretche, transcriptos en el libro de Galasso ya nombrado, describen precisamente aquella circunstancia: *"El Líder* era un periódico de tantos. De pronto irrumpió cubriendo toda la escena. Fueron días gloriosos. Los más gloriosos que puede vivir un periodista. Cuando él no va a los lectores sino que los lectores vienen a él. Fue alimento de primera necesidad, como el pan, la carne y el vino sobre el mantel de los humildes. Tiró doscientos mil ejemplares que se convertían en dos millones porque había cola para comprarlo delante de los puestos de venta y cola para leerlo detrás de los compradores".

Es en ese diario, todavía perteneciente a la CGT, en donde Scalabrini Ortiz arremete el 23 de octubre contra las ideas económicas del nuevo gobierno: "No retaceamos los méritos técnicos ni la amplitud de conocimientos, ni la ductilidad de inteligencia del autor de la *Introducción a Keynes,* que en conjunto hacen de él un técnico de primer orden. Pero el gato es mal guardián de las sardinas por más ágil y de buena raza que sea el gato. La técnica es en sí misma tan inoperante, anodina y falta de misterio como el revólver sin balas... La técnica es un arma de la política y el problema es saber lo antes posible quién va a empuñar el arma y a quién va a apuntar. Desde un punto de vista nacional —y aun personal— creo que es preferible el rudimentario cañón que nos defiende, a la más perfecta arma dirigida por radar en contra nuestra".

El propio Jauretche, tras un paréntesis de casi veintiún años, motivado por el mismo personaje volverá al libro. En diciembre, en efecto, verá la luz *El plan Prebisch,* subtitulado *Retorno al coloniaje,* con el cual, tal como se aclara en una ampliada edición posterior, "fundó

una metodología nacional para la comprensión de la economía en función del país y no —como gusta al tecnócrata, aséptico de toda contaminación política— amoldar el país a la economía, por la economía misma".

Pero la agudización de las persecuciones que tiene lugar luego de que el 13 de noviembre Lonardi fuera reemplazado por Aramburu, se hace sentir, a poco, también en los escasos medios periodísticos disidentes. "El nefasto 1955", dice Norberto Galasso, "llega a su fin y las voces nacionales son acalladas una a una. Muere *El Líder. El 45* ya no existe. *Lucha Obrera* ha sido secuestrada varias veces. La presión sobre los redactores hace insostenible la posición de *De Frente,* dirigido por [John W.J Cooke. *El Federalista* tiene sus días contados". Pese a la gravedad de la situación, que día tras día aporta datos que incitan a la preocupación, al acabar el año no es negativo el balance de lo sembrado en los tres meses posteriores al golpe de Estado: los nombres de los intelectuales que en tan diversas condiciones se atrevieron a disentir reaparecerán, cada vez con mayor vigor, en las dos décadas siguientes.

Referencias bibliográficas

Galasso, Norberto, *Vida de Scalabrini Ortiz,* Buenos Aires, Del Mar Dulce, 1970.
Hernández Arregui, Juan José, *Imperialismo y cultura,* Buenos Aires, Plus Ultra, 1973.
Jauretche, Arturo, *El paso de los libres,* México, Coyoacán, 1960.
—, *El plan Prebisch. Retorno al coloniaje,* Buenos Aires, Peña Lillo, 1974.
—, *FORJA y la década infame,* Buenos Aires, Peña Lillo, 1974.
Muglca, Carlos, *Una vida para el pueblo,* Buenos Aires, Pequen, 1984.
Sábato, Ernesto, *El otro rostro del peronismo,* Buenos Aires, Imprenta López, 1956.

NO SE TURBE VUESTRO CORAZÓN

Todo escritor, por el hecho de serlo, ya está comprometido.

LEOPOLDO MARECHAL

Miguel Ángel Scenna, en *Los militares,* considera que dos líneas diferentes caracterizaron a la Revolución Libertadora desde su comienzo. La primera, encabezada por el presidente Lonardi, "desde el lema enarbolado en el momento del triunfo, ni vencedores ni vencidos, proponía el mantenimiento de las normas implantadas en el periodo anterior, sin perjuicio de eliminar el andamiaje totalitario del régimen". En cambio, "el segundo sector revolucionario, que podemos llamar duro, insistía en el desmantelamiento total e inmediato de la estructura peronista, un regreso liso y llano al liberalismo y el mantenimiento de las fuerzas armadas en el poder hasta la total «desperonización» del país. El jefe más visible de esa tendencia era el vicepresidente, Isaac F. Rojas, y contaba con el pleno apoyo de la marina. Dentro del Ejército, donde cabían variantes y matices, la cabeza visible era el general Pedro Eugenio Aramburu".

Félix Luna, en su *Breve historia de los argentinos,* presenta una adecuada síntesis del nuevo dictador y de su momento: "[Aramburu] había sido el jefe de la conspiración que habría de derrocar a Perón; a principios de septiembre consideró que no contaba con las fuerzas suficientes para el intento y declinó la jefatura, que de inmediato tomó Lonardi, con el resultado conocido. Hizo un papel bastante deslucido en el trámite de la Revolución Libertadora y, al triunfar la misma,

ocupó el cargo de jefe del Estado Mayor del Ejército, desde el cual fue llevado a la primera magistratura con el apoyo de los sectores militares más revanchistas y los elementos liberales de las fuerzas civiles. Con Aramburu terminaron las ambigüedades. Hubo vencedores y hubo vencidos: era fatal que así fuera [...] A partir de noviembre de 1955 quienes habían sido partidarios de Perón sintieron duramente su condición de derrotados".

Es en este crucial momento, por otra parte, cuando se evidencian las inesperadas consecuencias de las actitudes previas de un Ejército que, además de no tener una posición monolítica, había acompañado durante años las políticas nacionales de Perón. Así, como lo recuerdan J. Ochoa de Eguileor y V. R. Beltrán, "en el ejército se asiste a un verdadero complejo de culpa y a su sobrecompensación con demostraciones de enconado antiperonismo".

Producto de esa explosiva competencia entre civiles y militares por alejarse del gobierno derrocado menos de un año atrás es el decreto 4.161 de marzo de 1956 que, como lo atestigua Rodolfo Terragno, "con mérito, debería ingresar, no sólo a una antología del despotismo, sino a una historia de esos esfuerzos que, en todas las épocas y lugares, han hecho, inútilmente, los gobernantes inseguros. El decreto prohibía «las imágenes, símbolos, signos, expresiones significativas, doctrinas, artículos y obras artísticas» que fueran «o pudieran ser tenidas por» lo que el decreto llamaba «afirmación ideológica peronista». A partir de allí, no se podía exhibir la imagen de Perón, ni describir su nombre, ni el de sus parientes. Estaban prohibidas las palabras «tercera posición» y las iniciales (J.D.P.) del ex presidente. Hasta se prohibían fechas: utilizar —quién sabe cómo— la fecha 17 de octubre era un delito que merecía la cárcel".

Es en ese clima sofocante, en donde el rencor y la paranoia parecen dictar el comportamiento de los gobernantes, en donde va gestándose lo que luego se conocería como "resistencia peronista". Es en tal marco, también, en el que un puñado de militares —no todos peronistas— con alguna apoyatura civil deciden rebelarse contra la dictadura. El movimiento encabezado por el general Juan José Valle, detectado de antemano por los servicios de informaciones del gobierno, fue sofocado casi sin lucha. Tres bajas sufrieron las tropas gubernamentales y cuatro muertos los insurrectos. La posterior represión fue brutal: veintisiete fusilados. Fue la prensa nacionalista, en la ocasión, la única que salió a denunciar estos hechos, puesto que "los diarios se limitan a reproducir sucesivos comunicados de la secretaría de Prensa que ofrecen versiones fraccionadas".

"[Marcelo] Sánchez Sorondo", escribe Enrique Zuleta Álvarez, "fundó y dirigió uno de los periódicos más importantes en la historia del nacionalismo: *Azul y Blanco,* cuyo primer número apareció el día 6 de junio de 1956". Allí, pero exactamente una semana después, cuando aún no se había acallado el retumbar de los disparos, una pluma valiente condenó los hechos.

Marcelo Sánchez Sorondo, es natural, comienza su artículo con moderación, midiendo cada palabra y dirigiéndose directamente "a los Jefes de las Fuerzas Armadas [...] con plena conciencia de nuestra responsabilidad" y "con la franqueza que los soldados agradecen siempre y que, sobre todo, es menester se brinde a la opinión pública".

Continúa, reiterando la prudencia, con la aclaración de que "no nos mueve ningún afán opositor. Quisiéramos, por el contrario, coincidir con un gobierno que asume la causa de la Revolución Libertadora, en la que intervenimos para defender los derechos conculcados y la unidad nacional. Por eso podemos hoy hablar. No aceptamos que sea consigna patriótica el apoyo incondicional, es decir, la actitud de los secuaces". Por un camino lúcidamente profético continúa, después, el texto: "Cuidado con los arrebatos salvadores que cierran el debate y abren el juego de la violencia y la revancha. Cuidado con que el delito político muestre al sentimiento del pueblo su reverso de heroísmo. Cuidado con la seducción del triunfo fácil y pasajero, que lleva en su seno el desastre del porvenir".

Le toca, por fin, el turno a la denuncia y a la condena: "Ningún gobierno —y menos un gobierno surgido de las Fuerzas Armadas, bajo su directa responsabilidad— puede olvidar que su primera obligación es extender a todos los habitantes el amparo de su abrazo y la protección de la ley. Ningún gobierno puede quebrantar impunemente esa innata solidaridad que está en las cosas, en el ser de voluntades individuales. Una sola es la nación de los argentinos y por eso su gobierno es para todos. Porque habríamos aceptado la ley de la selva, si sólo la fuerza, el turno del más fuerte, tuviese razón suficiente para decidir y para gobernar. No desconocemos que en circunstancias críticas la salud del pueblo es la suprema ley. Pero negamos el derecho de acudir a la última instancia dictatorial para castigar una sedición interna. Y negamos, enérgicamente, que sea lícito aplicar a nuestros hermanos las fórmulas de necesidad y guerra destinadas a la defensa contra el enemigo exterior".

"Es demasiado serio", continúa Sánchez Sorondo, "esto de que nuestra política se colme con el veneno del odio y la abominación de la

sangre. Desde que fue consolidada nuestra organización, jamás hasta el presente en nuestras luchas internas se castigó con pena de la vida al adversario vencido".

El artículo, que por cierto no ahorra tampoco críticas a Perón, se encamina luego acertadamente a señalar a la porción de civilidad conteste con el accionar feroz de la dictadura de Aramburu: "Hoy, en efecto, contemplamos con asombro a los doctores liberales y a los viejos rábulas de la política partidista predicar, en nombre del estado de derecho y las libertades, el exterminio de una parte del país o aprovecharse de las horas de confusión para denunciar a mansalva, saciando acaso resentimientos personales".

El texto de Sánchez Sorondo, vale la pena resaltarlo, apareció en el número dos de *Azul y Blanco* el 13 de junio de 1956, es decir, a escasas horas de que fuera fusilado Juan José Valle. Conviene también recordar, claro, que al día siguiente, el 14, el dirigente socialista Américo Ghioldi escribió en *La Vanguardia:* "Es dato fundamental de los hechos acaecidos la absoluta y total determinación del gobierno de reprimir con energía todo intento de volver al pasado. Se acabó la leche de clemencia... Parece que en materia política los argentinos necesitan aprender que la letra con sangre entra".

Azul y Blanco, que seguiría saliendo con un tono cada vez más crítico hasta ser clausurado en 1957, era, de todas maneras, un periódico muy consultado en los ambientes politizados pero con una repercusión marcadamente menor en otros ámbitos. No puede extrañar, entonces, que otras personas accedieran a la información sobre los terribles sucesos por caminos, incluso, infrecuentes: "La primera noticia sobre los fusilamientos clandestinos de junio de 1956 me llegó en forma casual, a fines de ese año, en un café de La Plata donde se jugaba al ajedrez, se hablaba más de Keres o Nimzovitch que de Aramburu y Rojas, y la única maniobra militar que gozaba de algún renombre era el ataque a la bayoneta de Schlechter en la apertura siciliana. En ese mismo lugar, seis meses antes, nos había sorprendido una medianoche el cercano tiroteo con que empezó el asalto al comando de la segunda división y al departamento de policía, en la fracasada revolución de Valle".

Quien así habla, Rodolfo Walsh, agrega que de esa charla inicial "se desprendía que un presunto fusilado durante el motín peronista del 9 y 10 de junio de ese año sobrevivía y no estaba en la cárcel [...] en cuanto al fusilado sobreviviente, conseguí esa noche el primer dato concreto: se llamaba Juan Carlos Livraga. En la mañana del 20 de

diciembre tuve en mis manos la copia de la demanda judicial presentada por Livraga [...] Esa misma tarde la copia de la demanda estuvo en manos del señor Leónidas Barletta, director de *Propósitos;* Barletta habló poco y no prometió nada [...] Tres días más tarde, la noche del 23 de diciembre, la denuncia estaba en la calle, llevada por *Propósitos".*

Había cambiado aquel 18 de diciembre de la primera charla, y para siempre, el destino de Rodolfo Walsh. Su biografía, al menos en sus palabras, era hasta entonces más bien escueta. En un reportaje de 1958 señala que "empecé haciendo traducciones del inglés y del francés. Después comenzaron a publicarse algunas notas y cuentos. En fin, la historia usual. Periodismo para revistas quincenales, tranquilo y sin sobresaltos". En una entrevista de 1972, en cambio, recuerda un pasado menos sereno: "En 1945 adheria a la gesta popular, pero desde la derecha: era miembro de la Alianza Libertadora Nacionalista (...) Tomé, en la opción popular, la variante relativamente más reaccionaria. La ALN encerraba elementos muy contradictorios [...] La Alianza adhería al peronismo porque veía en él una fuerza nacionalista, pero su consigna era sencilla: cascar a los de la FUBA".

En 1957, empero, se siente obligado a aclarar que "como periodista, no me interesa demasiado la política". Agrega, tratando de completar su ubicación, que "no soy peronista, no lo he sido ni tengo intención de serlo (...) Tampoco soy ya un partidario de la revolución que —como tantos— creí libertadora".

Tras la crucial noche de La Plata, de todas formas, era también "otro": "Durante casi un año no pensaré en otra cosa, abandonaré mi casa y mi trabajo, me llamaré Francisco Freyre, tendré una cédula falsa con ese nombre, un amigo me prestará una casa en el Tigre, durante dos meses viviré en un helado rancho de Merlo, llevaré conmigo un revólver, y a cada momento las figuras del drama volverán obsesivamente".

Partes de esa investigación aparecerán entre el 15 de enero y marzo de 1957 en *Revolución Nacional,* entre ellos el primer artículo, "Yo también fui fusilado". Luis Benito Cerrutti Costa, ex ministro de Trabajo y Previsión del general Eduardo Lonardi, era el director de la citada publicación.

Lo que luego seria un libro, en cambio, aparecerá en *Mayoría* entre el 27 de mayo y el 29 de julio del mismo año. En la misma revista, pero el 11 de diciembre de 1958, Juan Bautista Brun relataría los pormenores del suceso: "Lo único que le interesaba saber era si el director de *Mayoría* estaba a su vez dispuesto a compartir el riesgo. El director de

Mayoría (Tulio Jacovella) se encontraba entonces en uno de sus periódicos exilios en un lugar de su propia patria, bajo la amenaza de un auto de prisión preventiva por infracción al decreto 4.161. Leído los originales y cerciorado de la responsabilidad del autor, inmediatamente dio la orden: «Anuncien en el próximo número la publicación de *Operación Masacre».* Así, en un ambiente de naturalidad y de temeridad que muchos tacharían de irresponsable, el escritor Walsh, que ya había comenzado a vivir plenamente la experiencia detectivesca, pasó a constituirse en la otra revelación periodística de los últimos años".

Brun, después de aclarar que la otra revelación había sido Mariano Montemayor en *Azul y Blanco,* se interroga: "¿Por qué acudió Walsh a *Mayoría,* que quizá no coincide con su línea ideológica...?".

La respuesta, en rigor, había sido escrita un año antes de la nota de Brun en el prólogo de la primera edición del texto ya con formato de libro. Tras hacer referencia a *Revolución Nacional* y a *Mayoría,* Walsh señala que "ahora el libro aparece publicado por Ediciones Sigla. Estos nombres podrían indicar, en mí, una excluyente preferencia por la aguerrida prensa nacionalista. No hay tal cosa. Escribí este libro para que fuese publicado, para que actuara, no para que se incorporase al vasto número de las ensoñaciones de ideólogos. Investigué y relaté estos hechos tremendos para darlos a conocer en la forma más amplia, para que inspiren espanto, para que no puedan jamás volver a repetirse. Quienquiera me ayude a difundirlos y divulgarlos, es para mí un aliado a quien no interrogo por su idea política. De este modo respondo a timoratos y pobres de espíritu que me preguntan por qué yo —que me considero un hombre de izquierda— colaboro periodísticamente con hombres y publicaciones de derecha. Contesto: porque ellos se atreven, y en este momento no reconozco ni acepto jerarquía más alta que la del coraje civil".

Entre junio de 1958 y enero de 1959 nuevamente aparecerán en *Mayoría* notas de Walsh que también se constituirán, después, en libro. Se trata del *Caso Satanowsky,* asesinado el 13 de junio de 1958 en un oscuro episodio relacionado con la disputa por la propiedad del diario *La Razón.* "La investigación", dirá Walsh en la oportunidad, "se decidió en conversaciones con Tulio Jacovella", agregando que "la iniciativa partió de él".

La gravedad de los fusilamientos de junio de 1956, que quedarían en la memoria colectiva como la "operación masacre", serían en verdad un bisagra en la historia argentina de este siglo o, al menos, de buena parte de su segunda mitad: la que tiene que ver con el pero-

nismo. Es interesante consignar, por eso, que los primeros dos testimonios fundamentales al respecto —la inmediata condena por parte de Marcelo Sánchez Sorondo y la prolija investigación de Rodolfo Walsh— partieron de plumas no peronistas. Habrá que esperar en tanto hasta 1964 para que un hombre de ese sector político abordara el tema. Salvador Feria, con *Mártires y verdugos,* salvaría esa omisión. Su libro, completísimo, aborda en toda su amplitud el movimiento de Valle y reflexiona sobre él. Sin el vuelo literario de Walsh, quien atrapa con su texto también por su calidad de escritor, Feria conmueve en cambio porque escribe desde los mismos ideales que motivaron a Valle y a sus hombres a sublevarse.

"El pueblo trabajador", sostiene Feria, "ha desarrollado en los años anteriores a 1945 su sentido de la solidaridad colectiva por la convivencia en las fábricas, y ha recibido el aporte solidificante de la emigración provinciana. Es decir, ha surgido el proletariado industrial y se ha argentinizado la clase obrera, dos hechos históricos que los petulantes pseudo intelectuales del régimen no perciben. Por eso tes toma de sorpresa cuando esa masa irrumpe impetuosa la tarde de aquel maravilloso 17 de octubre. La acción popular, en parte espontánea, en parte dirigida (lo cual no resta un ápice de su importancia como acontecimiento) se ve facilitada por el desconcierto que provoca el factor sorpresa, la cohibición temerosa que crea la repentina presencia popular, y el hecho de ser ésta una situación nueva frente a la cual no actúa el mecanismo de reacción automática que crea la experiencia reiterada. De todos modos, es necesario señalar el mérito de los jefes militares que en aquella circunstancia tuvieron la sensatez de acatar el pronunciamiento popular, y actuar como custodios del pueblo y no como fuerza de represión".

"Esta insólita intromisión en sus asuntos", continúa Feria en su línea de. análisis, "excita hasta el paroxismo la cólera oligárquica. Su ira no tiene límites. Los días subsiguientes al 17 hubiese asesinado de buena gana a cada uno de los manifestantes [...] Esta evocación del 17 de octubre ha sido necesaria para establecer la relación de causa a efecto que existe entre esa fecha histórica —aparición de la clase obrera como factor político— y el crimen del 9 de junio. La misma noche del 17 se la tienen jurada al pueblo. Esa misma noche la oligarquía empezará a soñar con la hora de la impunidad para la venganza".

La pasión con que expone Feria, aunque pueda mitigar el rigor del análisis, coincide sin embargo con la indignación que va causando en

los nuevos lectores el enterarse de la ferocidad de los hechos relatados. No son sólo, a esta altura, los contemporáneos al hecho los conmovidos. Las generaciones entonces niñas y que ahora se acercan a su mayoría de edad son las que más se indignan. Al iniciarse los 70 *Operación Masacre y Mártires y verdugos* agotarán sucesivas ediciones. Marcelo Sánchez Sorondo, incluso, deberá recopilar sus principales textos de *Azul y Blanco* en un volumen que, con el título de *Libertades prestadas,* editará Peña Lillo.

Mientras tanto, otros libros, menos dramáticos pero no menos polémicos, aparecerán en ese editorialmente trajinado quinquenio.

Referencias bibliográficas

AA.W., *Ocho escritores por ocho periodistas,* Buenos Aires, Timerman, 1976.
Baschetti, Roberto, *Rodolfo Walsh, vivo,* Buenos Aires, De la Flor, 1994.
Feria, Salvador, *Mártires y verdugos,* Buenos Aires, Revelación, 1972.
Galasso, Norberto, *Vida de Scalabrini Ortiz,* Buenos Aires, Del Mar Dulce, 1970.
Luna, Félix, *Breve historia de los argentinos,* Buenos Aires, Planeta, 1994.
Sánchez Sorondo, Marcelo, *Libertades prestadas,* Buenos Aires, Peña Lillo, 1970.
Scenna, Miguel Ángel, *Los militares,* Buenos Aires, De Belgrano, 1980.
Terragno, Rodolfo, *Contratapas, Cuestionario,* Buenos Aires, 1976. Walsh, Rodolfo, *Ese hombre y otros papeles personales,* Buenos Aires, Seix Banal, 1996.
—, *Operación Masacre,* Buenos Aires, De la Flor, 1974. Zuleta Álvarez, Enrique, £1 *nacionalismo argentino,* Buenos Aires, La Bastilla, 1975.

DE PIE ENTRE LOS RELÁMPAGOS

La aspereza del camino no se puede limpiar con escobas prestadas.

ATAHUALPA YUPANQUI

La dureza de la dictadura militar gobernante no consigue silenciar al peronismo. Es más: entre fusilamientos, exilios, cárceles y persecuciones, paradójicamente, surge con un ímpetu avasallador un pensamiento que —expresado en libros, periódicos y revistas— marcará a fuego el obrar de los años venideros. Arturo Peña Lillo, en sus *Memorias de papel,* reflejó así aquel momento: "Proscripto el peronismo, se crea el mito. Sus figuras más relevantes están presas. Sus intelectuales, poco menos que desconocidos para los mismos peronistas, son los llamados, a la hora de la verdad, a explicitar, tanto a «libertadores» como a los propios partidarios, qué fue el peronismo. Aja tesis de que era un estado emocional, era preciso oponerle la categoría racional de proyecto *de.* nación .'■joberana. había que repasar la historia social y económica. Es así como aparece una literatura política, lúcida e inédita en sus aportes a la comprensión de la realidad argentina".

Es en el clima referido, claro, que ciertas líneas parecen desconcertar: "El país ha vencido", escribe en su *Epüogo montevideano* un exiliado, "a pesar de todo, y lo ha salvado, permanentemente, el sentido realista de nuestros humildes y sus intérpretes. Pero, lo que fue intención es ahora inteligencia. Ahora los argentinos «saben» y tienen conciencia de su destino y cómo realizarlo".

El párrafo, lejos de reflejar el empecinamiento de alguien que se

niega a aceptar la derrota, ejemplifica, en rigor, una perspectiva distinta de análisis. Arturo Jauretche, curtido veterano de las batallas radicales de la década infame, de las tribunas forjistas y de su reciente refutación de Prebisch, prefiere optar por entender a fondo la cuestión. Por ello, soslayando el crítico momento táctico decide poner énfasis en ese río profundo y sólido que no alcanza a ser doblegado.

Los profetas del odio, que así se llama su libro, aparece promediando 1957. Una segunda edición, publicada dos meses después, completa los 25.000 ejemplares que atrapan a los lectores. "Éste constituye mi segundo trabajo después de la revolución de septiembre. En el primero", puntualiza, "he recurrido al lenguaje esquemático de las cifras para demostrar cómo se adulteraron éstas y cómo se deformó su interpretación, para preparar con el Informe Prebisch los fundamentos teóricos destinados a justificar la elaboración de un Plan Económico que es sólo parte de un plan más vasto, cuya finalidad última es la restauración y consolidación del coloniaje". En el nuevo libro "quiero poner en evidencia los factores culturales que se oponen a nuestro pleno desarrollo como Nación, a la prosperidad general y al bienestar de nuestro pueblo, y los instrumentos que preparan las condiciones intelectuales de indefensión del país. Me ha parecido el mejor método utilizar a los escritores que sirven a ese propósito, para ponerlos en evidencia en el comentario de sus propios libros".

Ezequiel Martínez Estrada, Julio Irazusta y Silvano Santander, ejemplificando un extendido espectro ideológico, serán los elegidos para la demostración. Su inclusión, lógico, no es arbitraria: es que acaban de publicar *¿Qué es esto?. Perón y la crisis argentinay Técnica de una traición,* respectivamente. El propio Jauretche es quien ha explicado, además, el contexto del libro y el porqué del tono con que lo ha escrito.

"Pido disculpas la lector", previene, "si encuentra agresividad en algunas partes del texto. Considere la actitud de los escritores a que me refiero: yo entré a su lectura de buena fe, conociéndolos adversarios, y prevenido sobre el pensamiento colonialista que representan. No esperé de ellos revelaciones sobre las raíces profundas de los males que nos afligen, pero soy un combatiente, y entre combatientes vivo y fui a su lectura esperando la crítica como el resultado de meditaciones hechas en la serenidad del laboratorio o del gabinete de investigación. Preveía conclusiones falsas, pero contaba con el aporte cierto de muchos datos y la corrección de los erróneos que pueden gravitar en mi pensamiento. Eran además vencedores, y si pude admitir su violencia

en el combate —que no fue mucha, cuando lo hicieron—, pude esperar que ésta se amenguara en la victoria. Esperaba balances, con su activo y pasivo, compulsa de errores y aciertos, y conclusiones fundadas y útiles para el futuro. Pero desde la torre de marfil del estilista puro al gabinete de trabajo del ensayista, sólo han salido a las puertas los tachos de los desperdicios. La injuria a personas y a íntegros estratos sociales".

Años después Jauretche agrega a este trabajo un agudo ensayo que da marco a su análisis y al que él considera, fiel a su lenguaje y a su sentir, sólo "la yapa". Es entonces cuando explica que "la superestructura cultural es la que da el espectáculo. *Los profetas del odio* es la crítica de algunos actores, vistos desde la platea; *La colonización pedagógica,* el análisis de la instrumentación vista de telones adentro".

Resume allí también, Jauretche, por qué eligió para su estudio a tales personajes. "Ezequiel Martínez Estrada y Jorge Luis Borges no son ejemplos tomados al acaso. Los dos son figuras máximas en las alas extremas de la aparente disparidad ideológica de la *tnteüigentsia.* Su actitud del momento que se analiza revela en qué medida esa divergencia es ajena a nuestras divergencias y coincidencias nacionales. En cambio, su coincidencia en un hecho concreto, cuando el país real expresado por el pueblo intenta definirse —y esto con reiteración histórica sin excepción— y contra el mismo, evidencia la comunidad que está en la base de sus supuestos culturales y sobre la que se apoya toda la arquitectura de la *intéüigentsia."*

"El tercer libro comentado", prosigue Jauretche, "es el de Julio Irazusta, cuya labor histórica ha sido tan útil a los esclarecimientos del pasado, pero cuyo despiste en la emergencia revela que no basta la visión histórica cuando no se la ha integrado con el conocimiento de los hechos económicos y sociales. Así puede ocurrir que quien está en lo cierto en 1840 se confunda en lo contemporáneo. Y lo que importa no es ser «federal melancólico» de 1840 para terminar en «unitario práctico» en 1955".

El tono punzante del libro se matiza, sin embargo, en una carta especialmente incluida en el volumen pero escrita en Montevideo en septiembre de 1956. En ella se rebate un reciente trabajo, *El otro rostro del peronismo,* escrito por el destinatario de la misiva a quien llama, ante todo, "estimado amigo". El escritor que en 1955 se había conmovido sucesivamente con el triunfo de la Revolución Libertadora y con las lágrimas de las indias de aquella cocina de Salta en las que vio reflejado el dolor del pueblo, Ernesto Sábato, intentaba en su texto

—en rigor una respuesta pública a Mario Amadeo— comprender algunos aspectos del peronismo sin por ello rebajar el duro tono de condena cuando el cuestionado es el propio Perón. Concluía así, por ejemplo, que "en el movimiento peronista no sólo hubo bajas pasiones y apetitos puramente materiales: hubo un genuino fervor espiritual, una fe pararreligiosa en un conductor que les hablaba como a seres humanos y no como a parias. Había en ese complejo movimiento —y lo sigue habiendo— algo mucho más potente y profundo que un mero deseo de bienes materiales: había una justificada ansia de justicia y de reconocimiento, frente a una sociedad egoísta y fría, que siempre los había tenido olvidados".

Era otra la frase, lógico, que había sacudido a Jauretche y que había inspirado su carta para corregir un error conceptual grave. "Perón", había escrito Sábato, "supo canalizar en su favor la más grande acumulación de resentimientos que registre la historia de nuestro país; y este origen es una de las razones que explican la persistencia del peronismo, ya que nada es más pertinaz que los sentimientos negativos".

Jauretche, calmo pero implacable, le responde: "No, amigo Sábato. Lo que movilizó las masas hacia Perón no fue el resentimiento, fue la esperanza. Recuerde usted aquellas multitudes de octubre del 45, dueñas de la ciudad durante dos días, que no rompieron una vidriera y cuyo mayor crimen fue lavarse los pies en la Plaza de Mayo, provocando la indignación de la señora de Oyuela, rodeada de artefactos sanitarios. Recuerde esas multitudes, aun en circunstancias trágicas, y las recordará siempre cantando en coro —cosa absolutamente inusitada entre nosotros— y tan cantores todavía, que les han tenido que prohibir el canto por decreto-ley. No eran resentidos. Eran criollos alegres porque podían tirar las alpargatas para comprar zapatos y hasta libros, discos fonográficos, veranear, concurrir a los restaurantes, tener seguro el pan y el techo y asomar siquiera a formas de vida «occidentales» que hasta entonces les habían sido negadas".

Es en el mismo año en que se edita *Los profetas del odio* cuando aparece un libro, también fundamental, que se interesa por similar temática: *Imperialismo y cultura.* Su génesis no fue sencilla. "Asistí", rememora Arturo Peña Lillo, "a la angustia vivida por Juan José Hernández Arregui que por entonces frecuentaba la compañía de Jorge Abelardo Ramos. A la gran vitalidad de éste, como a su permanente presencia de ánimo, se debe que Hernández Arregui realizara su pri-

mera importante obra como es *Imperialismo y cultura.* Fui testigo del exaltado espíritu que exhibía Ramos para que aquél concluyera lo que estimábamos un libro capital para el momento que vivía el país".

Es el propio Hernández Arregui, en la segunda edición, quien señala a su vez que "su elaboración se inició poco después de la caída del gobierno del general Perón en 1955. Estaba, justamente, el autor, enfrascado en la preparación de las notas, cuando inopinadamente fue encarcelado a raíz de la revolución el general Juan José Valle. La mayoría de los detenidos eran obreros. No los conocía. Asistí a las torturas de esos hombres humildes, incluso, a los brutales castigos a que fue sometida una joven mujer. Esas cosas no se olvidan. Unos quedaron en la cárcel. Otros —entre ellos yo— fuimos puestos en libertad, sin interrogatorios ni explicaciones. El reino de la «libertad» se había consolidado en la Argentina".

Es en la misma página, por otra parte, en donde aclara que "tan de circunstancias me pareció, por entonces, este libro, que pensé publicarlo con seudónimo". Quienes lo calificaron de otra manera fueron, en cambio, sus lectores, muchos de los cuales sufrieron una profunda conmoción tras recorrer sus capítulos.

Se encontraba, entre éstos, aquel joven que junto a su novia había escuchado en la Plaza de Mayo el discurso de Lonardi: "Relatar con precisión el acontecimiento que significó la lectura del libro", dirá Rodolfo Ortega Peña, "es muy difícil [...] Allí se ponía al desnudo, crudamente, todo el complejo sistema que me había «alimentado». Si el primer movimiento hacia el libro era sentirme identificado con la intelectualidad frustrada y colonial que aparecía descripta, el segundo era abrirme a la fundada comprensión de todo el mecanismo de alienación puesto en juego por el imperalismo, admirablemente conceptualizado por Hernández Arregui. Arrebatado por el entusiasmo vital, resultado desbordante del impacto del libro, preparé inmediatamente un comentario del mismo. Estaba destinado a la revista *Mar Dulce,* publicación paralela del Partido Comunista en la universidad, con cuyos directores me ligaba una amistad [...] Pero *Mar Dulce* no reproduciría el trabajo. Los argumentos fueron sibilinamente expuestos y tras muchas vueltas surgieron con evidencia: Hernández Arregui era demasiado peronista".

Una experiencia similar, que contará luego en la revista *Crisis,* vivía por entonces el crítico y ensayista Eduardo Romano, quien rescata a quienes "pusieron los cimientos —más allá de errores o debilidades circunstanciales— de una crítica descolonizadora acerca de

nuestra cultura [...] Muchos iniciamos con *Imperialismo y cultura* nuestra descolonización intelectual".

No eran los jóvenes, sin embargo, los únicos entusiasmados. Es el consagrado novelista Manuel Gálvez, nada menos, quien le escribe el 5 de junio de 1958: "He leído su libro con el mayor interés y muchas páginas con apasionamiento. Y al mismo tiempo con lentitud, pues he ido llenando los márgenes de notas y observaciones. Es un serio y sólido libro, bien meditado, vigoroso por su pensamiento y su forma {...] tiene usted frases magníficas y hace citas estupendas [...] lo felicito calurosamente por su obra —obra buena y obra de bien— y espero que venga pronto a comentarla".

El historiador Norberto Galasso contribuye, a su vez, a explicar a este escritor original que con su documentado trabajo presenta batalla a los intelectuales en su propio terreno: "En este primer gran libro de Hernández Arregui se manifiesta su peculiar posición. Aunque no explícitamente, a lo largo de la obra, resulta innegable el enfoque marxiste del autor, pero de un marxismo que nada tiene que ver con la teoría reseca y estéril que nutre las páginas de los periódicos del Partido Comunista, ni tampoco con el dogmatismo cerradamente antipopular de los viejos grupos trotskistas antinacionales. Su posición, en el orden ideológico, se coloca muy cerca de las posiciones de esa Izquierda Nacional que nació con *Frente Obrero,* en 1945, impulsada por Aurelio Narvaja, Adolfo Perelman y Enrique Rivera. Lo que no obsta para que Hernández Arregui se considere, en el plano político partidario, un integrante del movimiento nacional, es decir, peronista".

En una posición ideológica no demasiado alejada del anterior se encontraba Jorge Abelardo Ramos, quien también en 1957 da a las prensas un libro que será clave. "Las sucesivas ediciones de *Revolución y contrarrevolución en la Argentina",* sostendrá Alberto Methol Ferré, "configuraron una revolución copernicana en relación a la interpretación de la historia argentina hasta entonces vigente, presidida por [Domingo F.l Sarmiento y [Bartolomél Mitre. Ramos fue su contrafigura más completa y orgánica. Y no sólo rompe con la historia oficial de la vieja oligarquía comercial y terrateniente porteño-bonaerense, sino con su izquierda tanto socialdemócrata de [Juan B.] Justo como comunista de [Victorio] Codovilla y [Rodolfo] Ghioldi".

Las coincidencias entre Arturo Jauretche —peronista proveniente del forjismo radical— y Juan José Hernández Arregui y Jorge Abelardo Ramos —ambos de la izquierda nacional— se dan, en rigor, en la intención con la que priorizan los hechos y, a partir de éstos, por la

toma de posición a favor del gobierno del general Perón y lo que éste representaba. Es pues el propio Jauretche el que acierta al relegar las posturas ideológicas. Coinciden —recordando su ejemplo— porque son la contracara del nacionalista Julio Irazusta y del "progresista" Ezequiel Martínez Estrada que también, pese a sus diferencias doctrinarias, coincidían aunque lo hacían, claro, en oposición al justicialismo.

Conviene resaltar, sin embargo —y observando desde el privilegiado mirador que constituye el tiempo transcurrido—, que los textos citados de Jauretche y Hernández Arregui, más allá de matices y peculiaridades, influyeron decisivamente en los sectores intelectuales y políticos que se desempeñarán en el peronismo en los años siguientes. El libro de Ramos, en tanto, aunque de menor alcance y luego sujeto a reiteradas variaciones —"con el correr de los años", dirá Peña Lillo, "lo amplió y desgajó en distintos subtítulos, tornando irreconocible el libro original"— se consolidará especialmente en aquellos sectores que acompañarán al peronismo aunque no concordando con la perspectiva historiográfica que, a poco, este movimiento asumirá como propia: el revisionismo histórico.

En este tema estaba trabajando, precisamente en ese mismo año, José María Rosa: "Después de la Revolución Libertadora quedé incorporado al peronismo. Antes había quedado ajeno, aunque con simpatía al movimiento. Fui preso por esconder a un diputado peronista, con quien no tenía mucha relación, pero algunas veces había venido a mi casa a consultarme temas históricos, y yo a la suya a discutir historia con los antirrosistas. (Me refiero a John William Cooke.) En un momento, serían las dos de la mañana, tocaron el timbre de mi departamento. Yo vivía solo. Era Cooke que no podía entrar en el departamento que le facilitaron en ese mismo edificio porque le dieron una llave equivocada. Recordó que yo vivía allí y venía a pedirme asilo. Obré como debe obrar un criollo. Lo hubiera hecho aunque fuera mi enemigo, y Cooke no lo era. Puse la casa a su disposición, y a la mañana me fui a dictar mi cátedra a La Plata. Cuando vine, me metieron preso porque la presencia de Cooke había sido detectada por la policía [...] Cuando salí, encontré que me habían echado de todas mis cátedras. No me habían acusado de nada, ni siquiera podían hacerlo de peronista, porque no lo era todavía. Pero había estado preso... y bastaba. Me habían echado, y mi vida era la cátedra. Me disgusté tanto que salí a buscar la primera revolución disponible, y me incorporé. Era la del general Juan José Valle que me mandó a Entre

Ríos como delegado civil [...] Cuando aquéllo fracasó, no nos fusilaron porque el interventor en Entre Ríos no nos quiso fusilar, porque sabía perfectamente dónde estábamos y qué hacíamos. Los revolucionarios, al enterarse por radio del fracaso, de la ley marcial y de los primeros fusilamientos, escapamos por rumbos distintos. Yo con mi cédula fraguada, por Concepción del Uruguay; de allí, después de saber que no estaría seguro en Buenos Aires, me fui al Uruguay [...] Como no podía dárseme un puesto, por ser argentino y tener proceso abierto, me había buscado un trabajo de adicionista en un restaurante que me permitía comer y pagarme la pensión sin gran trabajo. Lo conseguí gracias a Luis Alberto de Herrera; el tiempo disponible lo pasaba en el Archivo Histórico trabajando mi libro sobre *La caída de Rosas".* Es evidente, claro, que José María Rosa supo ocupar bien su tiempo. Años después, al ser consultado sobre sus libros preferidos, alguien contestaría, sin vacilar, "la fundamental *Caída de Rosas,* de Pepe Rosa". Quien así respondiera, en su exilio madrileño, era nada menos que Juan Domingo Perón.

Referencias bibliográficas

Galasso, Norberto, J. *J. Hernández Arregló: del peronismo al socialismo,* Buenos Aires, Del Pensamiento Nacional, 1986.

Hernández, Pablo José, *Conversaciones con José María Rosa,* Buenos Aires, Colihue-Hachette, 1978.

Hernández Arregui, Juan José, *Imperialismo y cultura,* Buenos Aires, Plus Ultra, 1973.

Jauretche, Arturo, *Los profetas del odio y la yapa,* Buenos Aires, Peña Lillo, 1975.

Pavón Pereyra, Enrique, *Coloquios con Perón,* Madrid, Editores Internacionales Técnicos Reunidos, 1973.

Peña Lillo, Arturo, *Memorias de papel,* Buenos Aires, Galerna, 1988.

Ramos, Jorge Abelardo, *La nación inconclusa,* Montevideo, La Plaza, 1994.

Sábato, Ernesto, *El otro rostro del peronismo,* Buenos Aires, Imprenta López, 1956.

Tcherkasky, José, *Atahualpa Yupanqui - Cuchi Leguizamón,* Buenos Aires, Galerna, 1984.

AL MAESTRO CON CARIÑO

No existe ningún estado en el cual no se pueda pensar (por lo cual se hablará igualmente del trabajo intelectual en la fatiga y en la tristeza). •

JEAN GUITTON

Raúl Scalabrini Ortiz y Arturo Jauretche seguirán cumpliendo, por esos años, un papel fundamental en el complicado panorama de la época. Es el segundo de los nombrados, sin embargo, quien en carta del 18 de enero de 1957 conmueve a su amigo y los códigos de los ambientes intelectuales. Las disputas y competencias de capilla se hacen trizas ante la opción vital del autor de *Los profetas del odio* quien, profundo, es capaz de admirar y de demostrar su admiración: "Sigues cumpliendo", le dirá a Scalabrini Ortiz, "la única función docente que tiene la Argentina de los últimos treinta años y en la que los demás sólo somos discípulos aprovechados".

Los dos teñirán con su impronta a *Qué,* una revista que a su vez dejará su marca en la historia del periodismo. Según lo recordará más tarde Rogelio Frigerio, la publicación "encarnaba un proyecto al que pudieran converger las diversas corrientes ideológicas y políticas que coinciden objetivamente en la necesidad de desenvolver todas las potencialidades nacionales. Así llegaron a la redacción hombres, del socialismo, como Marcos Merchensky, o del nacionalismo católico, como Mariano Montemayor, y forjistas como Arturo Jauretche y Scalabrini Ortiz [...] Significó un auténtico crisol de corrientes y voluntades, unidas por lo nacional".

Scalabrini, contento con la posibilidad de expresarse sistemáticamente, el 5 de febrero de 1957 en una esquela dirigida a Luis Soler Cañas expresa su entusiasmo: "Le agradezco mucho su generosa carta en que exagera usted por amistad la tarea en que estoy empeñado. Hago lo que he hecho siempre. Los que son admirables son los hombres de *Qué* que me sostienen. ¿No le parece? En general, ellos provienen del izquierdismo y por ese camino han llegado al problema nacional. Hoy abominan de esa técnica porque se han dado cuenta de que era una maniobra para apartarlos del conocimiento del problema argentino. Ese fenómeno me reafirma en mi vieja idea de que lo principal es enseñar: enseñar los elementos de la fraternidad. Los verdaderamente pillos son muy pocos".

Scalabrini Ortiz, pese a la dureza epocal, en el pequeño texto reitera tozudamente, en verdad, ese secreto que había develado en 1931 en *El hombre que está solo y espera:* "Atreverse a erigir en creencia a los sentimientos arraigados en cada uno, por mucho que contraríen la rutina de creencias extintas, he allí todo el arte de la vida".

Quienes compartían su entusiasmo eran, por supuesto, los lectores. "Sus artículos de *Qué",* recordará Norberto Galasso, "siguen constituyendo la gran enseñanza nacional en esos meses de 1957. Los trabajadores argentinos, desmunidos de todo derecho y a quienes el decreto 4.161 les ha impedido hasta tararear la marcha peronista, encuentran en Scalabrini Ortiz la única voz amiga que condena a los usurpadores. «Su figura se agranda en la consideración y estima de sus conciudadanos, hasta darle la dimensión de un verdadero fiscal de la oligarquía», le escriben desde Santa Fe. «En el bar pueblerino, alrededor de una mesa, se arremolinan los muchachos para leer su revista que es un triunfo conseguirla. El comisario mandó despegar las páginas con sus verdades que pegamos en las paredes», le dicen desde una ciudad cordobesa. «Hemos recibido las cartas suyas y el espíritu combativo de los muchachos de nuestro grupo subió más alto que las acciones de Acindar», le comunica un amigo desde Rosario."

Se encontraba, también, entre esos lectores entusiastas, quien recibía su revista en el exilio de Caracas: "A usted le cabe el honor del precursor, el formador de una promoción que alimentó a la revolución nacional [...] Hoy, mi amigo, comprobamos con alegría que su popularidad es inmensa, porque su lenguaje y conceptos están en el pueblo y usted puede dialogar cómodamente con él. Su actitud ha sido invariable en muchos años pero, ¡qué hermoso es sentirse interpretado!

Está lejos el tiempo aquel en que clamaba, prácticamente en el desierto, ante la incomprensión de la masa y la indiferencia oligárquica. En un lapso maravillosamente corto se ha operado el cambio poútizador y usted ya podrá continuar ininterrumpidamente ese diálogo, porque los pueblos nunca abandonan a sus verdaderos amigos".

El 18 de marzo de 1958, ahora desde Ciudad Trujillo, le llegará una segunda carta del general Perón: "Usted es uno de los intelectuales argentinos que siempre vio claro y denunció al enemigo real, dando su ubicación y detallando los disfraces que adopta para predicar la desintegración del país [...] De tal manera que no soy yo, con una carta, quien lo hace entrar en la historia sino su obra incansable, su vocación patriótica y su sacrificada trayectoria. Nosotros siempre lo consideramos de los nuestros y cada una de sus líneas es un aporte al movimiento peronista que valoramos debidamente y apreciamos como parte de nuestro acervo".

Las exactas líneas del conductor del peronismo lo confortan en la tarea emprendida. No todos, claro, habían valorado adecuadamente su conducta al escribir en una revista que en las elecciones del 23 de febrero de 1958 apoyaba la candidatura del doctor Arturo Frondizi. Era esta actitud, sin embargo, y la carta de Perón lo confirmaba, la adecuada para esa etapa. Así como antes el líder exiliado había aconsejado votar en blanco, en la coyuntura consideraba más apropiado votar a un partido que, a más de llevar en su plataforma un programa nacional, impediría con su triunfo la consolidación del otro candidato que en la ocasión aparecía como el continuismo de la Revolución Libertadora.

Scalabrini, mientras tanto, en nueva misiva a Soler Cañas, describía su extenuante trabajo: "¡Son tantas las cosas que hay que leer! ¡Son tantos los asuntos que debo abordar, estudiar, denunciar y defender! Por desgracia estoy a trabajar solo. Todo lo hago personalmente. Buscar antecedentes, estudiar, hacer cuentas inacabables para estar seguro de mis números y de mis denuncias. Estoy un poco abrumado".

Completa, Rogelio Frigerio, la descripción de la actividad cotidiana en *Qué:* "El procedimiento de trabajo que empleábamos favorecía el mutuo enriquecimiento. Debatíamos los temas y luego cada columnista elaboraba su nota. Muchas veces el debate superaba las necesidades de cada edición y se convertía en un venero de investigación que merecía desarrollos más amplios. Así sucedió con el temaa de las Fuerzas Armadas, que indujo a Jauretche a exponer sus reflexiones

en un trabajo que apareció inicialmente como un folleto de la revista, y que posteriormente se publicó en forma de libro".

Se trata, en efecto, de *Ejército y política,* subtitulado *La patria grande y la patria chica,* con el cual, sumado a los anteriores *El plan Prebisch* y *Los profetas del odio,* trata de "integrar un panorama de la Argentina real y sus negaciones". "En el exilio montevideano", explica Jauretche, "habíamos proyectado, con el ensayista oriental Methol Ferré, un trabajo sobre geografía política mundial, desde el punto de vista del hemisferio sur, y particularmente del Río de la Plata. Excuso decir que el encarar las cosas del mundo desde un ángulo propio es extraño a los hábitos de nuestra *inteUigentsia,* que cree formar parte del «otro mundo» (...) La visión propia permite, en primer término —y aparte de las consideraciones de orden geopolítico— apreciar la importancia, ya definitiva, del papel que juegan los pueblos coloniales y semicoloniales, o subdesarrollados, que constituyen los tres quintos de la población humana y la mayor superficie terrestre. Ese factor es subestimado por los tratadistas habituales que no han podido liberarse de la concepción victoriana del mundo, cuando ya quedan pocos rastros de la *pax* británica que varias generaciones consideraron definitiva. Ese orden, internacional y social, que evocan nostálgicos ancianos clubmen, es causa, en los mismos Estados Unidos, de errores de apreciación que invalidan la eficacia de su política. La lectura del libro de Chester Bowles, *Las nuevas dimensiones de la paz,* cuya traducción al español acaba de llegar a mis manos, revelará al lector que la inteligencia norteamericana comienza a orientarse hacia la comprensión de un factor decisivo en el dramático problema (...) No se trata del abstracto condimento ideológico a que estamos habituados, sino de la determinación de las ideas que movilizan en función de la realidad a una parte del mundo que es ahora decisiva. Asesor técnico de la política exterior de los Estados Unidos y experto en el conocimiento de los países subdesarrollados, el ex gobernador de Connecticut replantea todo el problema desde el punto de vista norteamericano, que no puede ser el de la Europa Occidental, ligada al sostenimiento de un mundo perimido. Me permito sugerir la lectura de este libro, que demostrará que la aparente audacia de mis afirmaciones —completamente lógicas desde el ángulo en que me coloco— no es tal, ni aun para la visión desde el otro hemisferio, sino el resultado de una auténtica concepción global del problema en el que juegan todos los factores del globo y no sólo los que hasta ahora se han tenido por exclusivos".

También será primero una separata de *Qué* y luego un frondoso

libro de dos tomos *Bases para la reconstrucción nacional. Aquí se aprende a defender a la Patria,* de Raúl Scalabrini Ortiz: "Los trabajos que integran esta recopilación", dirá su autor, "fueron escritos en circunstancias especialmente angustiosas y precarias. Las publicaciones que las insertaban iban siendo sucesivamente clausuradas. Los periodistas desaparecían detenidos a «disposición del Ejecutivo» o huían al extranjero a tiempo. La arbitrariedad más absoluta era la única norma gubernamental. El poder público no tenía otra restricción que su deseo de parecer ante el extranjero como un gobierno «democrático». Por otra parte, bandas de delincuentes recorrían de noche la ciudad para violar domicilios y detener a las personas por cuenta propia. Por eso el lenguaje no es a veces tan concreto como debiera. Con frecuencia es más lo que se insinúa que lo que se dice. La inteligencia del lector debe llenar las lagunas".

Se permite luego, Scalabrini Ortiz, una serena ironía: "Si en la lectura de estas notas tropieza el lector con alguna dificultad de comprensión, achákueselo a mis defectos de expositor. Estos asuntos de economía y finanzas son tan simples que están al alcance de cualquier niño. Sólo requieren saber sumar y restar. Cuando usted no entiende una cosa, pregunte hasta que la entienda. Si no la entiende es que están tratando de robarlo. Cuando usted entienda eso, ya habrá aprendido a defender la patria en el orden inmaterial de los conceptos económicos y financieros".

La coincidencia con Jauretche, aun en lo metodológico, era plena. Decía por esos días, en *Ejército* y *política,* el otro gran maestro: "Rehuyo todo esoterismo, terminologías técnicas, y todo valor entendido para iniciados, que se utilizan generalmente para dar al profano alta idea del que escribe y ocultar el meollo de las cuestiones, induciendo a la creencia de que se trata de temas abstrusos. Y no es así: las cosas no son difíciles; las hacen difíciles los que quieren confundir para reservarse el monopolio de su manejo o para servir los intereses que medran en la oscuridad".

Aunque Scalabrini Ortiz llega a ocupar incluso, aunque brevemente, la dirección de *Qué,* el grueso de la tarea epocal ya está realizada. Ciertos aspectos del rumbo tomado por Frondizi no terminan de convencerlo. Decide por fin, aunque a través de un nota muy cordial que rescata el tramo recorrido en conjunto, abandonar la publicación. Un enemigo íntimo, sin embargo, es el que se ensaña con él en esta oportunidad: el cáncer es el ingrato precio de años y años de cigarrillo.

Norberto Galasso —su puntilloso biógrafo— relata esos momentos

finales: "Los días se suceden lentamente, en silencio, en la casa de la calle Alberdi [...] Desde la puerta de la biblioteca, los camaradas de toda una vida de pelea miran por última vez ese cuerpo empequeñecido por la enfermedad, esos brazos flacos, ese rostro enjuto. Y se resisten a reconocer en ese ser postrado y vencido al siempre fuerte y duro Raúl Scalabrini Ortiz. Los últimos días de mayo, entra en definitivo sopor. Junto a su lecho velan Mecha y sus cinco hijos: Raúl, Jorge, Pedro, Miguel y Matilde. Y cuando el alba de ese 30 de mayo de 1959 se empina sobre el jardín para asomarse por la ventana de la biblioteca, Raúl hace un leve movimiento con la cabeza y deja de respirar para siempre. La muerte lo ha vencido y en los barrios proletarios, en los boliches pueblerinos, en los sindicatos, en todo sitio donde vibren emociones argentinas, un pena muy honda se cuela corazón arriba haciéndose nudo en las gargantas. El pueblo sabe que ha perdido a un amigo, a un consejero, a uno de los más lúcidos pensadores de este siglo".

Cumplida su obra, su recuerdo se instala, nítido, entre los intelectuales argentinos. Norah Lange, por ejemplo, reflejó los días que junto a Oliverio Girondo pasaban con él: "Raúl Scalabrini Ortiz me enseñó a ser nacionalista en el sentido puro de la palabra. Llegaba a casa, los sábados naturalmente, y nos aleccionaba sobre ferrocarriles y Malvinas, sobre FORJA y la fe misma que los envolvía".

José María Rosa, por su parte, no es menos contundente: "Hace cuatrocientos años se echaba por los caminos de España, a redimir agravios ajenos, defender doncellas y enderezar entuertos, un hidalgo que si carecía de dinero, tenía en cambio sobrados los arrestos [...] Como su tatarabuelo manchego, Raúl Scalabrini Ortiz se lanzó, sin reparar en la consternación, la prudencia y la mofa, a una lucha que parecía imposible por la recuperación espiritual y material de la Argentina. Señaló al enemigo, que nadie veía, y contra el imperialismo arremetió montado en un escuálido jamelgo, enhiesto el lanzón y decidida la fe inquebrantable. Como su tatarabuelo, no pudo ser vencido. No venció tampoco, pero señaló el cambio invisible y acercó la victoria lejana".

Las palabras de Jauretche en tanto, tan sobrias como emotivas, lo pintan de cuerpo y alma enteros: "Nada de estridencias, nada de adjetivaciones. Su yo, su intimidad, era tesoro propio que no podían violar ni el afecto ni la frecuentación y que defendió, en la alegría del triunfo, prohibiéndose la exaltación, y en la amargura de la derrota, prohibiéndose la lágrima indiscreta o el desfallecimiento (...) Así era

Scalabrini Ortiz: nada de expresarse sonoramente, nada de ese declamatorio fervor de fiesta patria, bandera e himno. Ese amor, como el amor por la mujer, no se proclama sino que se esconde y se practica [...] Esencialmente Raúl Scalabrini Ortiz fue eso: un maestro, y su magisterio, un magisterio político, si se considera que la política es a las cosas de la sociedad, lo que la filosofía a las ciencias: la visió: unitaria e integradora".

Pese al acierto de quienes lo describen, son otras las palabras que configurarán el cuadro completo. Las pronunció, claro, Juan Domingo Perón: "Quiero detenerme ante un nombre símbolo, el de Raúl Scalabrini Ortiz, que personifica la mejor tradición civil de los argentinos. Entre las víctimas de este período de abdicación, de negación de los valores más sagrados de la nacionalidad, ninguno le aventajó en calidades morales, en civismo de la mejor ley. Él forjó el carácter de la Resistencia frente a Ins usurpadores, haciendo inteligible lo que todos trataban de interpretar como «causas de la derrota argentina». Era un luchador de raza y yo, particularmente, le soy acreedor de las ideas madres transcriptas en *La fuerza es el derecho de las bestias* y en *Los vendepatrias*. Ejerció, en cierto modo, la primera magistratura moral de la República".

Un agudo periodista, Rogelio García Lupo, comentando en *Marcha* el velatorio del escritor, en junio de 1959, había podido comprender la recíproca relación que se había establecido entre el intelectual nacional, el conductor político y sus respectivos seguidores: "Están los peronistas que fueron a Perón porque habían leído a Scalabrini Ortiz y también los que leyeron a Scalabrini Ortiz porque sabían que en una carta Juan Perón decía que Scalabrini Ortiz era el primero de los argentinos".

Referencias bibliográficas

De Nobile, Beatriz, *Palabras con Norah Lange,* Buenos Aires, Carlos Pérez, 1968.

Galasso, Norberto, *Vida de Scalabrini Ortiz,* Buenos Aires, Del Mar Dulce, 1970.

Jauretche, Arturo, *Ejército y política,* Buenos Aires, Peña Lulo, 1983. —, *Prosa de hacha* y *tiza,* Buenos Aires, Peña Lillo, 1974. Parcero, Daniel, *Cabalgando con Jauretche,* Buenos Aires, Roberto Vera, 1985. • Pavón Pereyra, Enrique, *Coloquios con Perón,* Madrid, Editores Internacionales

Técnicos Reunidos. 1973. Scalabrini Ortiz, Raúl, *Bases para la reconstrucción nacional. Aquí se aprende*

a *defender a la patria,* Buenos Aires, Plus Ultra, 1974. —, carta del 5 de febrero de 1957; archivo de Luis Soler Cañas. —, carta del 26 de enero de 1958; archivo de Luis Soler Cañas. —, *El hombre que está solo y espera,* Buenos Aires, Plus Ultra, 1971.

OTRAS INQUISICIONES

> Un intelectual debe estar siempre en condiciones de pensar, vale decir, de recibir una parte de la verdad que el mundo lleva.
>
> A. D. SERTILLANGES

El 1 de mayo de 1958 un nuevo presidente, Arturo Frondizi, asumió el gobierno. Lo acompañaba, claro, un vicio de origen: en las elecciones en que las triunfó —el 23 de febrero del mismo año— el peronismo estaba proscripto. Este sector político, sin embargo, fue el que lo acompañó masivamente el día de los comicios. Se había producido, en el plano electoral, la primera mutación táctica prevista por el exiliado conductor del justicialismo.

En efecto, como lo señalara José Luis Romero, "en las elecciones convencionales de 1957 los dos sectores del radicalismo demostraron una paridad de fuerzas mientras los votos en blanco, que reunían al electorado peronista, constituían la mayoría", en tanto que "para las elecciones presidenciales que se avecinaban, el candidato presidencial de la UCRI, Arturo Frondizi, gestionó y obtuvo el apoyo de los votos peronistas". "Dos semanas antes del comicio", confirma Félix Luna, "Perón ordenó, a través de diversos medios, que se votara por Frondizi."

El previsible incierto futuro de los puntos acordados en lo que se llamó el pacto Perón-Frondizi, que había permitido aquella orden y el posterior resultado electoral, logró sin embargo, al menos en los primeros meses, ciertos cambios que mejoraban la convivencia y disten-

dían los férreos controles que había implantado la dictadura militar surgida del golpe de septiembre de 1955. No era el menor de esos cambios, por cierto, la derogación por parte del Parlamento, el 26 de —junio de 1958, del tristemente célebre decreto 4.161, el de la antología del autoritarismo.

Fue así como surgió, aunque tal denominación no fuera por entonces todavía lenguaje de moda, un original autor de *best-sellers.* El acontecimiento editorial del año fue, según lo relata Arturo Peña Lillo, "la publicación de los libros que Juan Perón escribiera en el destierro. *Los vendepatrias* y *La fuerza es el derecho de las bestias,* más algunos folletos de dudosa autenticidad, cubrieron los quioscos de diarios y revistas. Estos libros habían sido impresos en cantidades inusuales —entre cincuenta mil y cien mil ejemplares— de manera secreta y almacenados a la espera de la fecha que se hicieran cargo las autoridades legítimamente consagradas. En la madrugada del día 2 de mayo de 1958, los libros estaban ya en las «playas» de la reventa, desde donde salieron, mezclados con los diarios y las revistas de la fecha, a cubrir las necesidades informativas de los porteños".

"La demanda de estos libros", continúa Peña Lillo, "hubieran arrebatado de gozo al más exigente autor que aspira al bestsellerismo. Las reimpresiones se sucedían semana a semana y el distribuidor, Hércules Di Cesare, ya fallecido, en la imposibilidad de guardar el dinero en sus bolsillos, lo amontonaba en la parte trasera del automóvil usado para trasladarse". Es en ese marco y en esa época —recordará también Peña Lillo— "cuando proyectamos la publicación de una colección de pequeños libros, folletos diría yo, que expresaran la problemática nacional y latinoamericana". "La Siringa" —nombre que adoptaría finalmente el proyecto, será clave en la formación del pensamiento de un sector de los argentinos. Conviene rescatar entonces los distantes —aunque no lejanos— orígenes.

Respondiendo a esa hermosa tradición argentina de sorprendernos, de vez en vez, con riquísimas paradojas, fue un militante anarquista el "partícipe necesario" de un libro fundamental del pensamiento nacional.

En aquel 1953 gobernaba aún Juan Domingo Perón quien, acosado por lo urgente de las marchas y contramarchas del ejercicio del poder, no había reparado en el hecho de que el pensamiento historiográfico tradicional no era acorde, ya, con los cambios que se habían producido en la nación. Un ex diputado nacional por su partido, relativamente marginado, estaba trabajando sin embargo, silenciosamente,

en un nuevo enfoque de nuestro pasado: "Hace quince años", escribirá Ernesto Palario "en una serie de artículos que tuvieron cierta repercusión, sostuve la necesidad de que se escribiera nuevamente la historia argentina, cuya versión «oficial» adolecía, en mi entender, de convencionalismo y falsedad. No sospechaba entonces que habría de ser yo mismo quien emprendiera la tarea. La vocación me señalaba otros rumbos. Seguí estudiando, no obstante, y manteniéndome al corriente de las investigaciones y publicaciones de los últimos tiempos, singularmente prolijas algunas y esclarecedoras. Pero mi curiosidad no era profesional sino patriótica. No leía para escribir después, sino para conocer mi tierra y a sus hombres [...] Así se fue elaborando en mi mente este libro, sin que yo mismo lo advirtiese. Un día descubrí que estaba maduro y que no tenía más remedio que escribirlo. Si afirmo que lo vi de pronto como una iluminación y como la expresión misma de la verdad, no exagero".

Fue entonces, claro, cuando el militante anarquista se cruzó en el camino del incipiente editor Arturo Peña Lillo, un chileno que, son sus palabras, se "había nutrido de lecturas de crítica social de autores como Roberto Mariani, [Elias] Castelnuovo, Pío Baroja, Henry Barbusse, Máximo Gorki, León Tolstoi y algunos textos de divulgación marxista", pero quien además fue "descubriendo que se dice lo mismo con distintas palabras. Las formas enfrentan a los hombres sin advertir infinidad de veces que los une el fondo".

El propio Peña Lillo es, también, quien recuerda aquella ocasión: "Dardo Cúneo me invitó a que lo acompañara a visitar a un amigo; se trataba de Diego Abad de Santillán [...J uno de los más destacados militantes del anarco-sindicalismo de la Argentina [...] En determinado momento, comentando mi actividad como editor, Santillán recordó que alguien estaba escribiendo un libro que supondría todo un acontecimiento cuando se publicara; se trataba de una historia argentina, que, dado los méritos de su autor como su militancia en el nacionalismo, concitaría el interés de un gran sector, tanto de simpatizantes como de estudiosos [...] La recomendación que me hiciera Diego Abad de Santillán sobre la potencial importancia de la historia que se había dado en escribir Palacio fue suficiente motivo para que me dispusiera a dar con él. Quiero destacar mi perplejidad ante el respeto intelectual que había manifestado don Diego por un escritor nacionalista. Acostumbrado a asistir a los celos, rivalidades y burlas entre pares y sangrientas referencias a los de signo opuesto, valoré ese rasgo de Santillán: su ecuanimidad y tolerancia. Y esa

tarde, en el pequeño departamento de Viamonte y Junín, sin advertirlo ninguno de los tres que ahí estábamos, señalamos un destino editorial de profundo destino nacional".

Tampoco advertía el fenómeno el propio autor del libro, pues en el prólogo de la primera edición, en mayo de 1954, agradecía "a mis editores Sergio y Alfredo Alonso y Arturo Peña Lillo, que acogieron con entusiasmo la idea de editar un libro de éxito inseguro —verdadera aventura— y, lo que es más raro entre editores argentinos, me pagaron por anticipado una parte de los dudosos derechos de autor que habrían de corresponderme".

Miguel Ángel Scenna, en *Los que escribieron nuestra historia,* considera que en el libro de Palacio está "brillantemente resumida" la que "en buena parte vino a ser la interpretación nacionalista de la historia", debiéndose destacar "además del excelente estilo de la obra, de lectura ágil y amena, la agudeza y penetración de este hombre que no es historiador profesional".

El autor, por su parte, remarca que "nuestra historia (tan corta) no adolece tanto de lagunas de información cuanto de fallas de interpretación", agregando que "basta aplicar a los hechos que se conocen con certidumbre un criterio razonable, fundado en buenos principios políticos y una ajustada psicología, para que nos revelen sus relaciones causales y se agrupen en un orden armónico". Por tal motivo, "mi tarea", continúa Palacio, "ha consistido simplemente en relatarlos de manera ordenada, sin mutilaciones ni escamoteos, de manera tal que unos a otros se expliquen y se aclaren. Creo haber logrado con ello un resultado coherente y satisfactorio, que si puede sorprender, será solamente por contraste con el galimatías habitual".

El libro, en verdad un apretado manual de divulgación, no dejaría de conquistar adeptos desde el mismo momento de su publicación, realizándose ya en 1957 una segunda edición. La obra, por otra parte, produjo efectos que excedieron lo estrictamente educativo para transformarse en un polo de atracción creado alrededor del propio editor. "Es así", escribe Arturo Peña Lillo, "como por una coincidencia de intereses ideológicos los autores «nacionales» se acercan a la editorial ante la viabilidad de expresarse y comunicarse con los canales tradicionales de comercialización. El éxito de librería de la *Historia argentina garantizaba* una exposición para el sello, signado por lo que se ha dado en llamar *best-seller":*

Un aluvión de intelectuales, poco antes de comenzar los 60, rodeaba al sorprendido Peña Lillo: "A partir de ahí, sin mediar una

voluntad mia, las circunstancias hacen que el nacionalismo de Ernesto Palacio me contagie en sus más variadas formas: el nacionalismo sin aditamento, la izquierda nacional, los «nacionales», los radicales con raíces resistas e yrigoyenistas, y peronistas en sus más diversas tendencias. Yo asistía confundido ante prejuicios ideológicos inevitables". Casi sin que lo notara, el libro de Palacio lo "había introducido en un ámbito político en el que se mezclaba la derecha con la izquierda, de manera amable pero sospechosa".

La izquierda nacional de Jorge Abelardo Ramos convivía respetuosamente con Marcelo Sánchez Sorondo, aunque socarronamente guiñaran el ojo en la crítica del quehacer nacional. Pero los unía una actitud que salvaba diferencias mayores: el cuestionamiento de la historia oficial.

No era este último punto, sin embargo, el único que facilitaba el aglutinamiento. Aunque menos visible, por lo menos para algunos de los protagonistas, era la posición ante el peronismo lo que estaba gestando nuevos realineamientos. Recuerda, el propio Peña Lillo, un acierto de Ramos: "La política es prisionera de la historia". En esta ocasión —¿simétrica o dialécticamente?—, la historia empezaba a ser prisionera de la política.

Llegamos, de esta manera, a esos meses finales de 1959 donde irrumpe esa nueva colección que se propone aparecer cada quince días en los quioscos de diarios a un precio realmente popular. La novedad se acentúa desde el inicio: el texto explicativo que aparece en la retiración de tapa de los pequeños volúmenes es menos un prosa publicitaria que un manifiesto. "Todos los títulos se proponen plantear", aseguran los editores, "al lector de ese vasto mundo hispanoamericano los problemas cardinales de su destino. Tribuna independiente de todo interés menor, la colección La Siringa dará a conocer ensayos acerca de la política argentina y latinoamericana, su historia, su economía y su arte, lo mismo que las de aquellos países de Europa o Asia que, de algún modo, algo pueden decir al público de habla castellana".

El final de tal presentación no es, por cierto, menos ambicioso: "Esta colección aspira a *abrazar* en sus ediciones la gigantesca incógnita de América latina, ese Nuevo Mundo que un día Hegel designó como la tierra del futuro".

Los propios libros de la colección se convirtieron, además, en el canal de comunicación con quienes la sostenían: los lectores. De esta manera, en el volumen número cinco se les pide que hagan "llegar su

impresión personal [...] como asimismo los títulos o temas que serían de su agrado que se publicaran. Piense", agregan con atrevimiento, "que toda publicación no es patrimonio de una empresa ni de un grupo de personas sino del grupo social o pueblo a quien va dirigido y quien es el que se expresa por su intermedio. En la seguridad que expresamos el pensar y sentir de una gran mayoría del país, pedimos su eco". En la misma tónica, pero en el número ocho, se informa que "hasta la fecha resistimos un precio que, si bien nos creaba dificultades con cada número que aparecía, nos compensaba ampliamente saber que poníamos al alcance del pueblo, tan castigado en la hora presente, una publicación económica, útil y al día en el quehacer nacional. Pero el dilema fue de hierro: o cesaba su aparición o aumentaba su precio de venta".

En la citada colección aparecieron por primera vez algunos de los títulos que se convertirían en clásicos del pensamiento nacional e influirían profundamente en los debates de la época, entre ellos, *Del anarquismo al peronismo,* de Alberto Belloni, y *Política nacional y revisionismo histórico,* de Arturo Jauretche.

El primero, obra de "un conocido dirigente sindical de la ATE (Asociación de Trabajadores del Estado) y, al mismo tiempo, un hombre ■ estudioso de la historia del movimiento obrero argentino", pasará a la historia no tanto por su minuciosidad pues es en rigor un resumen de divulgación, como por ser quizá el primero que intenta abordar la historia del movimiento obrero argentino desde una óptica afín a la del peronismo. Así, por ejemplo, tras glosar las etapas anteriores del sindicalismo e incluso el período que denomina "los últimos días del viejo país", pasa a referirse a la nueva realidad que se vive: "Ocurría que alrededor del coronel Perón se centraba toda una intensa actividad de contactos con dirigentes sindicales. Perón intuía un camino, y tendía a captarse la simpatía de los trabajadores para recorrerlo. El instinto de Perón suplirá la falta de experiencia política (...) El país nuevo se expresará través de los discursos de Perón, que en esa época hablará como nunca; lo mejor de su pensamiento está en ellos". "El peronismo", concluirá acertadamente Belloni, páginas más adelante, "es el primer gobierno nacional con apoyo masivo de los trabajadores. Es que coincide con la «nacionalización» (permítasenos este término) del proletariado y su irrupción en el escenario político del país. Perón tuvo la capacidad de imprimir a la Nación un derrotero popular, cuando todo parecía encerrarse en el dilema: «democracia o fascismo» [...] Desde entonces la clase obrera será la llave maestra de toda política nacional. Ningún gobierno podrá desconocerla".

El nuevo libro del viejo luchador forjista, en tanto, tal como él lo explicara, es en verdad un texto "construido con los apuntes de dos conferencias recientemente pronunciadas en la sede central del Instituto Juan Manuel de Rosas y en la filial Fuerte Federación de Junín, Provincia de Buenos Aires". Este dato complementa, además, el cuadro de la época: los ciclos de conferencias, cada vez más requeridas, testimonian el creciente interés por los temas que tienen que ver con la historia y la política encaradas desde una perspectiva nacional.

Jauretche se encarga, precisamente, "de señalar la estrecha vinculación entre lo histórico y lo político contemporáneo [...] La necesidad de vincular política e historia es además, en lo personal, producto de una experiencia. De mí puedo decir que sólo he integrado mi pensamiento nacional a través del revisionismo, al que llegué tarde. Sólo el conocimiento de la historia verdadera me ha permitido articular piezas que andaban dispersas y no formaban un todo".

Este descubrimiento es, en cierta forma, el que hace poner especial énfasis en el tema histórico, llevando en el caso específico de La Siringa a la reedición de un pequeño trabajo que, en 1938, había publicado Ernesto Palacio. En *La historia falsificada* —que así se llama el libro reeditado—, Palacio enfatiza que "no hay patria sin historia, que es la conciencia del propio ser. No hay nacionalidad sin una idea, siquiera aproximada y confusa, sobre su vocación y su destino. Pero así como en nuestra vida individual dicha conciencia supone un cotejo permanente entre los problemas que se nos plantean y la experiencia adquirida, que se va depurando y adecuando a las nuevas circunstancias, también la historia —experiencia colectiva al fin— exige un análogo proceso mental. Es decir que debe rehacerse continuamente, en la medida que lo requieran las necesidades actuales de la comunidad".

La historia —en verdad, la nueva versión de ella que se estaba escribiendo— era, ya, una historia politizada. Cumplía, en tal sentido, con la mejor tradición argentina. Desde Domingo Faustino Sarmiento con su *Facundo* hasta Bartolomé Mitre con sus sendas historias de San Martín y Belgrano, las páginas estaban cargadas de intencionalidad política. Perdían de esta forma, es cierto, rigor histórico. Pero la pasión era inevitable en quienes no sólo escribían la historia sino que también la hacían. Algo parecido, aunque con signo inverso, estaba volviendo a ocurrir. Una nueva pasión se instalaba —y, en algún grado, compensaba— a la anterior. Aunque el protagonismo era ahora colectivo, de todas formas quienes escribían eran además actores. El sindicalista Belloni, el ex diputado Palacio y el infatigable luchador

Jauretche, cada cual a su modo, hacían la historia que también escribían.

"Llegando a publicarse más de treinta títulos", rememora Peña Lillo, "estas publicaciones crean una singular expectativa en los lectores por su sistemática difusión de los nacionales".

No era La Siringa, de todas formas, la única colección de este tipo. A poco de andar compartiría el camino con Coyoacán, que publicaría volúmenes con temas parecidos, formato similar y, a veces, los mismos autores: Arturo Jauretche, Alberto Methol Ferré y Jorge Abelardo Ramos, por ejemplo, editaban sus trabajos en ambas colecciones.

El manifiesto, para no ser menos, también era característico de Coyoacán: "América latina ha sido siempre", aseguraban, "tributaria del mundo europeo; Estados Unidos se agregó más tarde a la constelación de las grandes potencias que veían en el Nuevo Mundo una gran reserva colonial. La subordinación indicada no fue solamente económica: las grandes fuerzas internacionales elaboraron cadenas más sutiles y efectivas. Para perpetuar su control económico y político se deformó la tradición histórica, se crearon centros políticos diversionistas, e ideologías sustitutivas se opusieron a la formación de una ver-.dadera ideología nacional latinoamericana [...] Se hizo necesario re-elaborar una visión totalizadora del pasado y del presente, en el orden de la economía, de la historia, de la política y la cultura, para que América latina readquiriera su conciencia perdida".

Alrededor de cuarenta fueron los títulos publicados por Coyoacán, algunos verdaderos hallazgos. El número cinco, por ejemplo, es *El paso de los libres,* aquel libro que en 1934 había publicado por primera vez Arturo Jauretche quien era, a esta altura de su vida, uno de los nexos históricos entre el radicalismo —una de cuyas "patriadas", al decir de Borges, era cantada en el libro— y el peronismo del que era, en 1960, uno de sus mayores intelectuales. El fascículo cuatro, en tanto, era una compilación de textos sobre *La izquierda nacional* que "critica la dogmática imitación de esquemas europeos en que incurrió la vieja izquierda socialista-comunista y su consiguiente incomprensión de nuestros movimientos de masas (federalismo, yrigoyenismo, peronismo)".

Conviene recordar, asimismo, que en esta colección publicaría en 1963 su primer libro Norberto Galasso, un historiador que en los años sucesivos, sistemáticamente, iría biografiando a los más importantes pensadores del pensamiento nacional. Su *opera prima,* mientras tanto, era *Mariano Moreno y la revolución nacional.*

Las palabras de Fermín Chávez, por otra parte, nos recuerdan otro texto que fue merecido suceso en la colección: "Hace ocho años, Luis Alberto Murray, revisando el quehacer militante y la obra de Alberdi, llegó a las letras nacionales revisionistas con un libro breve y brillante: *Pro y contra de Alberdi,* en cuyas páginas volcó su autor no sólo su vasta información sobre la historia de nuestro pos-Caseros, sino también su mejor estilo: incisivo, sabroso, y con el oportuno condimento lúdico. Lo más importante de esta obrita, sin embargo, es lo que ella comporta de un Alberdi humanizado y desnudo entre sus máximas y mínimas cotas de nacionalidad. El pro y contra que nos dan las luces y las sombras de este talentoso tucumano que, alternativamente, encontró y perdió su rumbo".

Eran estos los años en que, para recurrir a la síntesis de Arturo Peña Lillo, "el revisionismo comenzaba a ser un grupo de presión que con el correr de los años se convertiría en factor de poder".

Coyoacán, por último, igualando también en esto a La Siringa, tuvo como autor a un dirigente obrero. Se trataba, en este caso, de Ángel Perelman, fundador en 1943 de la Unión Obrera Metalúrgica, de la que fue su primer secretario general. Su libro, *Cómo hicimos el 17 de octubre,* "si no pretende ser una historia del año 45, al menos aspira a ofrecer a los hombres de la nueva generación obrera que no vivieron aquellas luchas un cuadro lo más fiel posible de su verdadero significado".

Perelman, quien asume su peronismo desde una perspectiva afín a la llamada izquierda nacional, critica duramente las posiciones de la ortodoxia comunista. Dos capítulos claves son prueba de ello: "Los cipayos soviéticos" y "Los comunistas traicionan la huelga metalúrgica". Glosando un discurso de Perón, describe, además, la nueva realidad gremial: "La clase trabajadora argentina que comenzó su vida política con el Perón de 1945, asimiló esos elementos programáticos que el nuevo caudillo nacional formulaba en esas horas decisivas [...] Para los miles de activistas, delegados y dirigentes de sindicatos, en su inayor parte procedentes del interior, que no habían actuado nunca en política ni en los sindicatos, era el verdadero descubrimiento de los problemas nacionales y mundiales".

Referencias bibliográficas

Belloni, Alberto, *Del anarquismo al peronismo,* Buenos Aires, Peña Lillo, 1960.
Del Río, Jorge, *Electricidad y liberación nacional* Buenos Aires, Peña Lillo, 1960. Galasso, Norberto, *Mariano Moreno y la revolución nacional,* Buenos Aires, Coyoacán, 1963.
Hernández, José, *Vida del Chacho,* Buenos Aires, Coyoacán, 1962. Jauretche, Arturo, *El paso de los libres,* Buenos Aires, Coyoacán, 1960. —, *Política nacional y revisionismo histórico,* Buenos Aires, Peña Lillo, 1959. Luna, Félix, *Breve historia de los argentinos,* Buenos Aires, Planeta, 1994. Methol Ferré, Alberto, *La izquierda nacional en la Argentina,* Buenos Aires, Coyoacán, 1960.
Murray, Luis Alberto, *Pro y contra de AVberdi,* Buenos Aires, Sudestada, 1969. Palacio, Ernesto, *Historia de la Argentina,* Buenos Aires, Peña Lillo, 1975. —, *La historiafalsificada,* Buenos Aires, Peña Lillo, 1960. Pandolfi, Rodolfo, *Frondizi por él mismo,* Buenos Aires, Galerna, 1968. Peña Lillo, Arturo, *Memorias de papel* Buenos Aires, Galerna, 1988. Perelman, Ángel, *Cómo hicimos el 17 de octubre,* Buenos Aires, Coyoacán, 1961. Romero, José Luis, *Breve historia de la Argentina,* Buenos Aires, Huemul, 1979. •Scenna, Miguel Ángel, *Los que escribieron nuestra historia,* Buenos Aires, La Bastilla, 1976.

CONFLICTOS Y ARMONÍAS

El trabajo literario hacia alternar tormentos y placeres.
JACQUES SUFFEL

Son, los 60, años de cambio en el mundo. A pesar de las rigideces políticas —no debe olvidarse que son los tiempos de la plenitud de la "guerra fría", de la "cortina de hierro", de la instalación del muro de Berlín, de la guerra de Vietnam y de la invasión rusa a Checoslovaquia— es en el interior de las sociedades donde se producen las principales mutaciones. Las llevan adelante, además, los jóvenes. María Elena Walsh, con su sagaz ironía, lo describe: "Se había inventado la juventud, que fue el gran descubrimiento de la década del 60".

Aunque inicialmente todavía con corbatas, el pelo largo y el flequillo de los Beatles junto a la minifalda que Mary Quant *lanzaría,* el 10 de julio de 1964, hablaban ya de serias fisuras en el acartonamiento que regía hasta entonces. Los hippies y su amor y paz constituían también una propuesta que, aun adaptada y morigerada, mostraba su potencia. Era, además, lógico reclamo de los jóvenes estadounidenses que no querían ir a morir a Vietnam.

Milán Kundera. en *La insoportable levedad del ser,* revelará a su vez que del otro lado de la "cortina" contradicción y propuesta también se parecían: "La invasión de Checoslovaquia en 1968 fue fotografiada y filmada por completo y está depositada en los archivos de todo el mundo. Los fotógrafos y los cámaras checos se dieron cuenta de que sólo ellos podían hacer lo único que todavía podía hacerse: conservar para un futuro lejano la imagen de la violencia [...] Muchas de aquellas

fotos aparecieron en los más diversos periódicos extranjeros: había tanques, puños amenazantes, casas semiderruidas, muertos cubiertos con la ensangrentada bandera roja, blanca y azul, jóvenes que iban en moto a una enloquecida velocidad alrededor de los tanques y agitaban banderas nacionales con largos mástiles, jovencitas con faldas increíblemente cortas que provocaban a los pobres soldados rusos, sexualmente hambrientos, besándose ante sus ojos con viandantes desconocidos".

Aunque los respectivos conservatismos recuperan después a su modo estos sucesos, el irreversible desenmohecimiento de las costumbres ya había ocurrido. Es cierto que los Beatles fueron nombrados caballeros del imperio británico y que su minifalda a Mary Quant "le valió el título de Oficial de la Orden del Imperio Británico, otorgado por el palacio de Buckingham, por su contribución a las exportaciones inglesas". Es verdad, también, el extraño destino de la fotógrafa checoslovaca: "Las fotos que ha hecho son muy interesantes. He notado que tiene un enorme sentido del cuerpo femenino. ¡Y sabe a lo que me refiero! ¡Esas jóvenes en posturas provocativas! —¿Las que se besan frente a los tanques rusos? —Sí. Sería usted una estupenda fotógrafa de moda". Pero el cambio, tan íntimo como extrovertido, había ocurrido.

En la Argentina, por supuesto, esa década será también la del pelo largo, la minifalda, el "amor y paz" y los besos frente a los tanques. El ciclo, de todas formas, se caracterizará por las propias peculiaridades nacionales y por unos tiempos que no serian, siempre, los de los países centrales. Un macizo volumen, por ejemplo, llegaría en ese inicial 1960 a las librerías para saldar cuestiones pendientes del país con su propia historia inmediata. El autor de *La formación de la conciencia nacional* —tal el título del libro— "hasta la caída de Perón en 1955", según afirma Enrique Zuleta Álvarez, "sólo había tenido una actuación política de importancia secundaria y fue profesor de historia en la Universidad Nacional de La Plata. La Revolución Libertadora lo dejó cesante, y a partir de ese momento asumió una actitud de crítica permanente desde el plano literario, virulenta y agresiva, aplicada especialmente a los temas de la realidad argentina contemporánea".

El tema, así planteado, si bien parece esconder motivos de fondo en la postura de Hernández Arregui, en verdad está contribuyendo a iluminar algunas de las más oscuras cuestiones inherentes a la dictadura militar que se instala en 1955.

La palabra "cesante", puesta de amarga moda en esos tiempos,

evidenciaba el desprecio del gobierno de facto por todas aquellas personas que no pensaban como ellos. Encerraba, ese vocablo, el drama de quienes se quedaban sin trabajo y el odio feroz y autoritario de quienes tomaban tal medida. No se despedía a la gente de las oficinas públicas por razones que, aunque debatibles, pudieran tener su sentido: demasiado personal, falta de idoneidad, necesidad de reordenamiento de la administración. La causa del despido era única y definitiva: se echaba a la gente por sus ideas. No era necesario, siquiera, expresarlas. El sólo tenerlas bastaba para la condena. Aunque sólo se hubiera tenido una "actuación política de importancia secundaria", como en el caso del citado escritor. O aunque no se tuviera ninguna. Contrariando al sanjuanino que decían admirar los libertadores, mataban ideas o, en su defecto, las dejaban cesantes.

Ese pueblo que, al decir de Jauretche, había adherido al peronismo por amor y no por resentimiento como entendía en su escrito Sábato, merced a la actitud drástica y desmedida de los dictadores de turno, pasaba ahora a incorporar a su sentir, también, ese resentimiento otrora inexistente. Las víctimas directas no serían las únicas que tomarían cuenta del nuevo dato. No pocos de los que habían compartido su alegría por el derrocamiento de Perón veían ahora estas injusticias y de diversas maneras, no siempre claras, las registraban en sus conciencias que también se estaban formando.

Hernández Arregui, de todas formas, pese a haber encarado su nuevo texto a partir de motivaciones que excedían su situación individual, no ignoraba el rigor del mismo: "Escrito entre 1958 y 1959 —apareció en 1960—, está recorrido por un hálito polémico que refleja la época en que nació. En su momento mera herramienta de lucha, desbordó, empero, mis intenciones y su influencia en medios políticos, universitarios e intelectuales no ha terminado, a juzgar por la demanda del mismo en las librerías".

Norberto Galasso, en su biografía del autor, dará su visión sobre este fenómeno: "Cercado desde su aparición por un silencio concertado, rechazado desde la vieja izquierda por sus planteos nacionales, repudiado desde el nacionalismo por su reivindicación izquierdista, el libro de Hernández Arregui logra, sin embargo, importante impacto en sectores de la pequeña burguesía. Jóvenes desilusionados del frondicismo, socialistas que no encuentran respuesta en los viejos maestros adheridos al juanbejustismo, peronistas que ansian consolidar ideológicamente las banderas del 17 de octubre y católicos progresistas encuentran en *La formación de la conciencia nacional* un arsenal

ideológico para nutrir sus posiciones revolucionarias. El libro circula, entonces, como lectura casi obligada, entre los mejores cuadros nacionales y en diversos sectores de la izquierda alcanzando difusión en el «mano a mano» con que los pueblos suplen la poderosa red de medios informativos".

Casi al finalizar ese año, el 2 de diciembre, Jorge Abelardo Ramos dará también su concluyente opinión sobre el trabajo: "Son quinientas páginas de las cuales no se podrá prescindir de ahora en más para evaluar ese período turbulento (1930-1960) de nuestra historia contemporánea [...] el libro de Juan José Hernández Arregui es una prueba certera de que los argentinos han entrado ya en la madurez. Un gran escritor vive entre nosotros y no necesitaremos de la posteridad para saberlo".

El libro, extenso y abigarrado, está destinado a los intelectuales. Cargado de información y reflexión, Hernández Arregui cuestiona conductas y sectores a partir de un elevado nivel de análisis. No es, el suyo, un texto de divulgación sino de minucioso debate sobre aspectos antes tocados sólo parcial o tangencialmente. "Ésta", escribe Hernández Arregui, "es la crítica inspirada en un profundo amor al país y fe en el destino racional de la humanidad, contra la izquierda argentina sin conciencia nacional y el nacionalismo de derecha, con conciencia nacional y sin amor al pueblo. Es también el desentrañamiento de una falacia reiterada durante treinta años, consistente en acusar de fascistas, totalitarios —y en los días actuales, de «nacionalistas», «marxistas» o «trotskistas»— [...la todas aquellas tendencias filiadas a la tierra argentina que han contribuido a la formación de la conciencia nacional. Tal el caso, durante el periodo posterior a 1930, de movimientos ideológicos como FORJA, cuya reivindicación histórica, fundada en documentos de primera mano, se verifica en este libro". Agrega Hernández Arregui —en su primera edición— que "semejante tema, que abarca treinta años de la vida histórica, se engrana a otras cuestiones sólo en apariencia desasidas, como el liberalismo, el imperialismo, la Iglesia, el Ejército, las premisas de la liberación nacional, etc. Todas estas materias son tratadas con independencia de criterio, pues el autor carece de compromisos políticos salvo con las masas argentinas depositarías del destino nacional. Esta multiplicidad de asuntos estrechamente relacionados entre sí está, por así decirlo, orquestada por un hecho histórico, la aparición del peronismo como etapa del movimiento emancipador en la Argentina".

Al tratar los diferentes temas el autor, sin renunciar a su fuerte

sentido critico, rescata sin embargo aquellas posiciones que, aun alejadas de su pensamiento, contribuyen a lograr esa conciencia nacional en la que centra su pensamiento. Dirá así, por ejemplo, que "detrás de la confusión ideológica, comprobable en los materiales utilizados, se percibe la certera intuición del país y el arranque de una conciencia nacional que empieza cuestionando primero, e invalidando después, la historia oficial de la oligarquía. Tal fue la tarea original e innegable del nacionalismo de derecha, cuyos resultados parciales pero fecundos hoy se sienten remozados por puntos de vista teóricos enteramente distintos".

Ciertas descripciones de los personajes considerados suelen, a veces, incluso conmover: "Leopoldo Lugones tiene todos los lastres del nacionalismo de la época, pero también una visión grandiosa de la Argentina y sobre todo, comprende la esencia de la nacionalidad, el espíritu nacional que late en las hondonadas de lo colectivo. Alcanzó a su pueblo por vía poética. Su grandeza está en ello. En su amor a lo propio. Amor que en Lugones, alma trágica, fue una pasión mutilada. [...] Es la suya una obra desesperada [...] Pero Lugones es algo más. Es el crepúsculo de la oligarquía tanto como el ascenso de las masas a un historia nacional que Lugones cifró en la espada sin atinar a vincularla al pueblo".

En este rescate de personas y momentos claves del nacionalismo argentino, Hernández Arregui no vacilará, incluso, en provocar a la izquierda: "En Marcelo Sánchez Sorondo es comprobable la influencia de Leopoldo Lugones, de Leonardo Castellani y de Ch. Maurras. Es un escritor ardoroso [...] Este ensayista es, quizá, el único que toma posición abiertamente antiimperialista a pesar de su conservatismo. En tal sentido, es en el orden temperamental —e incluso ideológico— más avanzado que los charlatanes de la izquierda tradicional".

El rescate de la Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina, asimismo, es otro de los momentos claves del libro, a punto tal que Arturo Jauretche, cuando dos años después publica su *FORJA* y *la década infame,* recurre a ese texto para tomarlo como introducción en un capítulo al que titula "El significado histórico de FORJA".

Es profunda y aguda, también, su descripción de la importancia del autor de *Política británica en el Rio de la Plata:* "Detrás de las ideas de FORJA actuaba la inteligencia de un patriota. Raúl Scalabrini Ortiz quemó su vida al servicio del país. A él se deben los análisis económicos sobre el imperialismo británico, y la intuición primero, y comprobación después, de la apretada textura de intereses materiales y reía-

ciones invisibles que ha condicionado la existencia histórica de la Argentina y la lucha de su pueblo por la emancipación nacional. Raúl Scalabrini Ortiz es uno de los grandes Constructores de la conciencia histórica de los argentinos y el símbolo perdurable de la inteligencia nacional concentrada en sí misma como una obsesión flja y luminosa [...] Tuvo conciencia del poder de lo colectivo y a lo colectivo dedicó su vida *[…]* La generación patriótica de Raúl Scalabrini Ortiz debió auscultarlo todo, investigarlo todo, descubrirlo todo. Y además, experimentar el hostigamiento combinado y anudado como una potestad gigantesca de los que sabían todo y que en el despertar de la conciencia nacional asistían al desciframiento de su propia infidencia".

Definitorio para el momento fue también el capítulo dedicado al peronismo, de notable influencia en los lectores pese a las limitaciones que el propio Hernández Arregui señala: "Aunque útil en su momento —aún hoy parece serlo, ya que fue el primer intento de una valoración global de la obra de gobierno realizada en una década de gobierno popular—, es manifiesto que esa obra es mucho más importante que el mero resumen, incompleto por lo demás, que aquí se hace de la misma". Explica, a su vez, que "las causas de esta limitación en el enfoque del peronismo en el poder" se deben a que "fue escrito poco después de la caída de Perón, en un momento de odios furiosos desatados por la antipatria sin igual en la historia argentina, cuando las fuentes estadísticas estaban cerradas, la campaña difamatoria en pleno apogeo, y los mismos peronistas que habían ocupado altos cargos como ministros o funcionarios se mostraban poco dispuestos, amedrentados como estaban, a suministrar informaciones. Es ingrato decirlo, pero por entonces consulté a varios ex colaboradores del gobierno del general Perón que eludieron el compromiso".

Es también en *Laformación de la conciencia nacional* donde Juan José Hernández Arregui hace referencia a Leonardo Castellani, "otro nacionalista dotado de méritos intelectuales y sentido critico, que ha influido mucho, en su trato personal, sobre la generación más joven".

El padre Castellani, en efecto, tenía tras de sí a esa altura una obra impresionante que incluía narraciones como las que integran *Camperas* e *Historias del norte bravo,* ensayos como *La reforma de la enseñanza,* cuentos policiales como *Las nueve muertes del padre Metri* y textos de carácter religioso como *Cristo ¿vuelve o no vuelve? y El libro de las oraciones.* Es sin embargo un pequeño trabajo, surgido de una conferencia pronunciada en 1960, el que logra un éxito que en pocos años exige sucesivas ediciones.

Castellani, en efecto, atrapaba por su profundidad pero también por su estilo: "Castellano", decía el padre Hernán Benitez, "búsquelo en Borges. Él no escribe en castellano; escribe Castellani, un idioma propio donde no hay que buscar la gramática". Su estilo, vale aclararlo, no se limitaba a sus textos. Incluía la potencia de sus conferencias y la admiración que su conducta sin dobleces despertaba: "Era un hombre alto, de pelo blanquísimo, de perfil aquilinio y austero. En su expresión había una intrincada combinación de bondad, ironía, inteligencia, modestia y orgullo. El departamento era muy pobre, colmado de libros. Cuando llegaron, al lado de los papeles y una máquina de escribir había restos de pan y de queso. Con timidez, con disimulo, [...] trató de quitarlos. —Sólo les puedo ofrecer un vaso de vino de Cafayate". La descripción, certera, es de Ernesto Sábato y forma parte de su novela *Sobre héroes y tumbas.* Lo muestra en su integridad.

Aquella conferencia, publicada en 1961 en un pequeño volumen, era *Esencia del liberalismo* y arremetía desde el inicio: "La República Argentina no es una nación sino un problema. El problema es: ¿qué va a salir de esta desintegración del liberalismo argentino? ¿Qué se puede hacer para que no se desintegre el país?". Seguía, líneas adelante, autointerrogándose: "¿Me quieren decir lo que significa aquí ya la palabra democracia? ¿O la palabra cultura? ¿O la palabra libertad? Esas palabras significan confusión; o bien, si ustedes quieren: «el presupuesto siempre subiendo, y el decoro siempre bajando»".

Desenmascaraba, por fin, el doble mensaje que desde 1955 se había impuesto en la Argentina: "Los liberales dicen que el pueblo argentino es corrompido, que es badulaque, que hay que educarlo todavía para la democracia y con eso prohiben al Partido Peronista; y por otro lado, la Dictadura para ellos es una mala palabra; en lo cual se contradicen brutalmente, pero por de fuera solamente; porque en el fondo lo que ellos quieren es la dictadura para ellos; la dictadura con la cara de libertad; y los que son corrompidos no es el pueblo argentino, sino ellos —y la parte del pueblo que los sigue y no los ha vomitado todavía".

El simultáneo éxito de Juan José Hernández Arregui y de Leonardo Castellani no demostraba, simplemente, la existencia de dos públicos. Si bien en parte esto era cierto, no era menos verdad que no pocos lectores lo eran de los dos escritores. Ocurría, simplemente, que —más allá de las diferentes posturas ideológicas de ambos— una posición en común frente a la realidad permitía la convergencia de

/ adeptos. Era el peronismo y su posición ante él, y no las diversidades ideológicas, lo que marcaba la divisoria de aguas. Volvía a comprobarse —cada vez en un plano más amplio— lo que había sorprendido a Arturo Peña Lillo: con miradas a veces recelosas, pero usualmente respetuosas y francas, hombres de formaciones muy distintas empezaban a transitar por caminos parecidos.

El caso del primer desaparecido de la historia moderna argentina mostraría otra de esas confluencias.

El 23 de agosto de 1962, en efecto, habrían de ser secuestrados Felipe Valiese, Mercedes Cervino de Adaro, Elvia Raquel de la Peña, Rosa Cándida Salas, ítalo Américo Valiese y Agustín Adaro. Varios de los nombrados aparecerán después, algunos torturados, en manos de la Policía de la Provincia de Buenos Aires. Nunca aparecerá, en cambio, el cuerpo de ese humilde trabajador metalúrgico que había nacido el 14 de abril de 1940. *Carne de perro,* una novela escrita por Irma Cairoli que se publicará en 1971, dejará plasmados estos hechos en el campo de la narrativa. Un libro de 1965, en tanto, se ocupará del suceso y de su significación. *Felipe Valiese, proceso al sistema* es su título. La Unión Obrera Metalúrgica, su editor. Aquel joven que tras escuchar con su novia el discurso de Lonardi en 1955 y conmoverse , años después con ese *Imperialismo y cultura* de Hernández Arregui era, en 1965, uno de los dos abogados que "tuvieron a su cargo la preparación y redacción de la presente obra", tal como lo estampaba en el agradecimiento de esa primera edición la entidad gremial.

El libro de Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde, tan apasionado como documentado, si bien se inicia con una cita de Juan Perón, continúa con algunas otras infrecuentes en los ámbitos metalúrgicos. "Sería inútil indignarse; protestar hoy en nombre de la moral contra «excesos» o «abusos» es una aberración que se parece a la complicidad. En ninguna parte hay abuso o exceso; lo que reina en todas partes es un sistema." Un segundo párrafo, páginas adelante, acompaña al presente: "Un hombre es torturado; sucumbe, o lo rematan, o se suicida; se escamotea su cadáver; no hay cadáver, por consiguiente no hay crimen. A veces un padre, una esposa pregunta; se le responde: «desaparecido», y el silencio vuelve a cerrarse". Pertenecen, ambas, a Simone de Beauvoir. No toda la sociedad reparará lo suficientemente en ellas y alguna de las palabras utilizadas reaparecerá, macabramente multiplicada, en las décadas posteriores.

Otros sectores, aunque por entonces pequeños, sí darán importancia al tema: "La Juventud Peronista", narra el libro citado, "gritará

con todo su corazón en los actos del Movimiento: «Un grito que estremece: ¡Dónde está Valiese!» [...] Numerosas agrupaciones, ateneos, etc., llevarán el nombre de Felipe Valiese".

Entre los sectores del poder, en tanto, no todos comparten la aberración y se abren, aunque tenues, algunos hilos investigativos: "El doctor Mariano Grondona, subsecretario de Interior del gabinete «azul», que ordena la frustrada investigación, es reporteado por *La Razón,* produciéndose el siguiente diálogo: «P.: ¿Qué sabe usted del caso del obrero Valiese? R.: Un asesor del ministerio está estudiando este caso que, más que político, es moral. Estamos decididos a establecer la verdad. Quizás el país ni llegue a creer esto»".

"Felipe el patriota" es el subtítulo de los párrafos finales del texto que, en el lenguaje acalorado de la etapa y recurriendo al abuso de mayúsculas en trance de enfatización, sostiene que "Felipe Valiese quería ver esa Patria. El Sistema se lo impidió. Ya no está con nosotros. Pero nosotros estamos con él. Luchamos para destruir todo aquello que Felipe descubrió en las trágicas noches de agosto de 1962. Tres años han pasado. «El enigma» Valiese está ya resuelto: no hay terceros caminos. O con Valiese o con los torturadores. O con el Pueblo o con el Sistema. Nadie, realmente, puede ignorar lo ocurrido, salvo que quiera constituirse conscientemente en cómplice. El asesinato de Felipe Valiese, de «proceso al Sistema» se convierte así, por la acción el pueblo trabajador, en «clave para patriotas». Clave de un destino nacional, del cual Felipe será siempre mártir y símbolo".

El libro, fechado el 23 de agosto de 1965, aunque al inicio hace referencia a los redactores, es expresamente firmado por la Unión Obrera Metalúrgica. Este hecho y su contexto deben ser tenidos en cuenta pues demuestran la compleja trama de una historia mucho menos lineal de lo que suele suponerse.

Al momento de esa edición, ya había ocurrido el frustrado intento de regreso del general Perón de 1964, una de cuyas piezas claves había sido, precisamente, la figura dominante del gremialismo argentino y de la propia Unión Obrera Metalúrgica: Augusto Timoteo Vandor. Faltaba tiempo aún para que los protagonistas imitaran el trato de "compañeros" por dos adjetivos usados recíprocamente como punzantes estiletes: "infiltrados" y "burócratas sindicales".

Es de esos tiempos, exactamente 1964, la primera edición de *Mártires y verdugos* de Salvador Feria. La "dedicatoria múltiple" la comparten "Susana Valle, para que sepa por qué murió su padre y la vinculación entre su drama personal y el drama argentino"; "José Luis

Torres, inolvidable patriota, verdadero héroe civil que durante años libró un duelo personal con la oligarquía" y "Rodolfo Walsch" (así aparece escrito), "por su valentía, honradez y auténtica vocación democrática. Haber denunciado la masacre de José León Suárez, con riesgo para su persona y sin compartir las ideas de los insurrectos, es un título de honor y un ejemplo de virtud incomparable". Cuando en 1972 aparezca la tercera edición, en cambio, la dedicatoria estará ausente.

Juan José Hernández Arregui, mientras tanto, ha acometido con un nuevo libro: ha publicado, en 1963, *¿Qué es el ser nacional?*

Una conferencia pronunciada en 1961 en la ciudad de Resistencia, ampliada luego en otras charlas dadas en el interior del país, fue el inicio de ese libro. En el prólogo destaca, sin embargo, su no conformidad con el texto final: Tuve la intención de olvidar un poco a mi país y hacer un libro iberoamericano", pero "lo que en los comienzos era un proyecto ambicioso, quedó en un libro común, casi diría un largo ensayo". Muestra allí, también, cierta distancia con sus trabajos anteriores: "Debo pedir disculpas a los lectores que han leído mis libros anteriores. *Imperialismo y cultura y La formación de la conciencia nacional* pues están agotados y no pienso, por ahora, reeditarlos. Los considero de circunstancias, hijos de la discusión que sacude la país, empequeñecidos por la mención de personas vivas, y, en lo esencial, carentes de permanencia. Han cumplido una misión".

Confiesa sin embargo, en referencia a su nuevo libro, que "no he podido dejar de lado la polémica".

Los elogios, no obstante, no tardan en llegar. Recuerda, Galasso, los de Alfredo Terzaga: "En los primeros capítulos no cabe sino aplaudir la nitidez y agudeza del análisis, cuando el autor relativiza toda proyección intemporal o metafísica del concepto «ser nacional». Con respecto al tema español: oportunos, osados y eficaces son los capítulos dedicados a la revaloración y defensa de España en el proceso del Nuevo Mundo, lleno de ideas y observaciones agudas".

La consagración del libro, sin embargo, llegaría recién años después. Consultado por Enrique Pavón Pereyra sobre sus libros predilectos dirá, concluyente, Juan Domingo Perón: "Me bastaría conservar dos o tres libros [...] Entre las plumas argentinas, los de Scalabrini Ortiz, la fundamental *Caída de Rosas,* de Pepe Rosa, y este último que Hernández Arregui acaba de enviarme sobre *él ser nacionaV.*

Referencias bibliográficas

Cairoli, Irma, *Come de perro,* Buenos Aires, Plus Ultra, 1971.
Castellani, Leonardo, *Esencia del liberalismo,* Buenos Aires, Dictio, 1976.
Cichero, Marta, "Chesterton y Castellani", en *La Caja,* 8, Buenos Aires, julio de 1994.
Dujovne, Alicia, *María Elena Walsh,* Madrid, Júcar, 1982.
Feria, Salvador, *Mártires y verdugos,* Buenos Aires, El Manantial, 1964.
Galasso, Norberto, J. *J. Hernández ArreguL del peronismo al socialismo,* Buenos Aires, Del Pensamiento Nacional, 1986.
Hernández Arregui, Juan José, *Laformación de la conciencia nacional,* Buenos Aires, Plus Ultra, 1973.
—, *¿Qué es el ser nacional?,* Buenos Aires, Plus Ultra, 1973.
Jauretche, Arturo, *FORJA* y *la década infame,* Buenos Aires, Peña Lillo, 1974.
Kundera, Milán, *La insoportable levedad del ser,* Madrid, RBA, 1993.
Ortega Peña, Rodolfo, y Duhalde, Eduardo Luis, *Felipe Valiese, proceso al sistema,* Buenos Aires, Unión Obrera Metalúrgica, 1965.
Pavón Pereyra, Enrique, *Coloquios con Perón,* Madrid, Editores Internacionales Técnicos Reunidos, 1973.
Sábato, Ernesto, *Sobre héroes y tumbas,* Madrid, Círculo de Lectores, 1973.
Zuleta Álvarez, Enrique, *El nacionalismo argentino,* Buenos Aires, La Bastilla, 1975.

LA VIDA COLOR DE ROSA

> La historia es la política del pasado y la política la historia del presente.
>
> GEORGE WINTER

En mayo de 1967 aparece, por primera vez, *Todo es Historia.* Lejos está su director, Félix Luna, de embanderarse con alguna de las corrientes historiográficas que, con ímpetu, se disputaban un espacio cercano —o, en algún modo, sustitutivo— de la política. Acierta pues, en su conclusión, Luis Alberto Romero: "Si *Todo es Historia* recogía muchas de las tendencias que por entonces predominaban en el público lector, desde el punto de vista más estricto de la profesión se definía por el eclecticismo", el cual "se traducía en un intento verdaderamente amplio y generoso de reconstruir la unidad del campo de los historiadores: *Todo es Historia* se traducía, así, en todos somos historiadores, y podemos coexistir en una misma revista". En la tapa del número inicial aparece, sin embargo, Juan Manuel de Rosas.

Polémicas aparte, no era extraño, naturalmente, que una figura del siglo pasado ocupara la primera plana de una publicación dedicada a la historia. En el número 133 de la revista *Panorama,* el que corresponde a la semana que va del 11 al 17 de noviembre de 1969, ocurre, en tanto, un suceso más llamativo. *Panorama,* que se califica a sí misma como "testigo de nuestro tiempo", tiene también en su portada, a toda página, el retrato de Juan Manuel de Rosas. No traicionaba, el semanario, su lema: la figura del llamado Restaurador de las Leyes estaba presente en los debates cotidianos o, como lo escribiría

algo después José María Rosa, el brigadier nacional era "nuestro contemporáneo".

Diversas causas convergentes, generalmente políticas pero no siempre inmediatas, habían llevado a una situación que, vista desde la actualidad resulta, al menos, curiosa.

El análisis de la situación institucional cambiante, por de pronto, sirve como marco. La etapa frondicista, ya tronchada, es ironizada por Perón: "Frondia no respondió a ninguno de los compromisos contraídos con el pueblo, porque jamás pensó en cumplirlos [...] No hubo más remedio que organizarle una derrota, así como le organizamos una victoria". Lo de José María Guido, breve, no es más que un opaco interregno. La etapa siguiente, la de Arturo Illia, es, para la certera pluma de Rodolfo Terragno, una "ficción republicana, protagonizada por un gobierno surgido de elecciones fraudulentas (porque la proscripción es una forma del fraude)". Las cúpulas militares, por fin, decidieron reasumir gobierno y poder. Mandaba en la Argentina, otra vez, una dictadura: la arbitrariedad y el pesado oscurantismo serian su característica principal. El adusto Juan Carlos Onganía, en la etapa inicial, se soñaba en el poder por los siguientes veinte años e imaginaba, a la vez, que podría preferir por cada uno de los argentinos hasta en las cuestiones más íntimas. En el cénit de su desubicación no entendía que precisamente en esos años era el hipócrita acartonamiento lo que caía a manos de jóvenes con pelo largo y pibas con pollera corta. Otros compatriotas, en tanto, buscaban atajos para expresarse.

"El gobierno", recuerda uno de ellos, "había prohibido la actividad política. Aunque esta medida fuera de relativa eficacia, era evidente que durante un tiempo mucha gente no tendría cauces para sus preocupaciones políticas. ¿Qué era, entonces, lo más aproximado a la política? La historia". Félix Luna, al terminar sus palabras, sabía que "la mitad de la batalla estaba ganada". Convencidos los editores, tras la apresurada búsqueda de eficaces colaboradores, sólo era cuestión de dedicarse al trabajo para que apareciera el número uno de *Todo es Historia.* Algo similar parece pensar Fermín Chávez pues es también en ese 1967 cuando editará *Ahguna,* una publicación menos afortunada que sucumbirá al año siguiente. Lo cierto es, en definitiva, que la historia había encontrado su momento, un momento que era, también, el del revisionismo, "una corriente", son palabras de Luis Alberto Romero, "con una formidable capacidad para moldear la conciencia histórica de nuestra sociedad, particularmente notable en esos años".

Hay que retroceder algunos lustros, en rigor, para encontrar los

inicios de la corriente triunfante en los 60, cabiéndole incluso una prehistoria que se limita a los autores que, aunque parcialmente, disienten de la llamada historia oficial. José María Rosa, en *Historia del revisionismo,* da en 1968 su versión. Reseña brevemente, ante todo, lo hecho por los hasta entonces consagrados: "Vicente Fidel López [...] era la evocación literaria llevada a sus últimas consecuencias: con el solo caudal de la memoria frágil de su padre, venerable testigo de todo lo ocurrido en todos los gobiernos, y algunos recortes periodísticos, reconstruía con trazos magistrales a los hombres y las cosas del pasado íntegro; no necesitaba documentos, le bastaba la imaginación (él la llamaba "filosofía") para evocar y comprender todo lo ocurrido. Era sin duda un escritor de gran estilo, que sabía dar vida, colorido y movimiento a sus personajes. Solamente que nada tenían de reales".

Con Bartolomé Mitre, en tanto, es menos drástico: "Con el *Belgrano.* Mitre iniciaba la historia objetiva, documentada, científica, de los tiempos argentinos [...] No puede decirse que el *Belqxano* fue un modelo de historia objetiva: tiene insalvables lagunas de información y fallas gravísimas de interpretación [...] porque Mitre no era un historiador sino un político, o un general, o un poeta, o un periodista, en sus múltiples actividades; cada una de cuyas deformaciones profesionales deja su huella en el libro. Pero, con todo, era el primer ensayo serio de hacer historia critica".

Llega, así, a Adolfo Saldías y su *Historia de la Confederación Argentina,* obra escrita por el entusiasmo que en tal autor despertó el *San Martin* de Mitre y que tan agriamente fuera tratado por éste al recibir el tomo inicial que, escrito sobre la base de documentos, no coincidía con los odios que se querían mantener.

Entra, por último, Rosa en su tema central: "El 15 de junio de 1938, centenario de Estanislao López, se fundaba en Santa Fe, al llamado de Alfredo Bello, el Instituto de Estudios Federalistas «para luchar por una ya impostergable revisión histórica». El «grito de Santa Fe» iba a encontrar eco por toda la república; el primero fue la fundación —el 5 de agosto de ese año— del Instituto Juan Manuel de Rosas de Investigaciones Históricas de Buenos Aires con la presidencia del general Iturbide. Nacía el «revisionismo histórico», el movimiento intelectual más auténtico, de mayor trascendencia —y el único de resonancia popular— habido en la Argentina. Su propósito no era, solamente, reivindicar la persona y el gobierno de Rosas en un debate académico [...] Era reivindicar a la patria y al pueblo —la «tierra y los

hombres»— recobrando la auténtica historia de los argentinos".

Valen, por de pronto, los datos aportados por Rosa pues permiten más de una conclusión. Evidencian, ante todo, que el fenómeno está lejos de ser sólo rosista y porteño. El evento de Santa Fe en homenaje a Estanislao López precede, aunque sólo por meses, a la creación del Instituto Rosas. Sé desprende también con claridad que, aunque enfatizando en la investigación histórica, el movimiento tiene también motivaciones políticas pues se impone como tarea también "reivindicar a la patria y al pueblo".

Sin descuidar lo dicho, pues demuestra un hilo conductor que enlaza los diferentes momentos, vale tener en cuenta la puntualización de Luis Alberto Romero: "El revisionismo, que emerge con vigor al principio de los 60, no era exactamente el revisionismo tradicional, que de algún modo ya había.sido digerido por las instituciones". Ocurre, sin embargo, un fenómeno aún más complejo: el propio "revisionismo tradicional" no era exactamente el mismo desde la llegada del peronismo décadas atrás. Diana Quattrocchi-Woisson, en su interesantísimo *Los males de la memoria,* tiene sabrosas páginas al respecto.

"Pese a un oposición significativa pero minoritaria, la mayoría de los revisionistas se reconocerán en los propósitos del movimiento que comienza a llamarse «peronista». Los dirigentes del nuevo partido utilizan muchos términos y fórmulas revisionistas, pero lo hacen casi sin tomar conciencia, o creyendo que están inventando fórmulas ingeniosas. Perón, por su parte, trata de no pronunciarse en la querella sobre los muertos ilustres, refugiándose detrás de un argumento pragmático: «Bastantes problemas tengo con los vivos para ocuparme además de las historias de los muertos». Pero, puesto que la oposición utiliza como arma de propaganda la identificación de Rosas con Perón, los peronistas aprovecharán la amalgama para hacer de su líder el héroe moderno de la argentinidad recuperada".

La inicial minoría revisionista dentro del peronismo sostiene, pese a ello, sus convicciones con firmeza: "La verdadera clave para la historia argentina", dirá John William Cooke en el Parlamento, "está precisamente en el conocimiento de nuestro pasado histórico [...] Creemos que únicamente destruyendo esa historia maliciosamente falseada, esa concepción completamente incoherente con la realidad nacional, podremos encarar el problema. Es un planteo que supera a los hombres, es un problema de ajuste de valores, de ser o no ser, un problema de esencialidad nativa y nacional".

Quattrocchi atrapa, en su libro, la significación de estas palabras:

"He ahi la síntesis más clara que lleva a una parte de los peronistas a una lectura «revisionista» del pasado argentino. El lazo establecido entre unos y otros evolucionará al ritmo de los hechos que siguen afectando tanto el campo político como el cultural. Todavía quedan batallas por librar, pero la visión revisionista del pasado argentino ya ha encontrado su lugar en el imaginario histórico de un grupo activo de militantes peronistas".

Desalojado el peronismo del poder, será Arturo Jauretche, también en esta materia, pieza clave de la evolución. *Política nacional* y *revisionismo histórico* será, en tal sentido, fundamental.

No es éste, claro, un trabajo de investigación histórica sino, complementariamente, una explicación de la utilidad de comprender aquellas tareas de eruditos. "La necesidad de vincular política e historia es además, en lo personal, producto de una experiencia. De mí puedo decir que sólo he integrado mi pensamiento nacional a través del revisionismo, al que llegué tarde. Sólo el conocimiento de la historia verdadera me ha permitido articular piezas que andaban dispersas y no formaban un todo. De tal manera, pensar una política nacional, sobre todo ejecutarla, requiere conocimiento de la historia verdadera que es el objeto del revisionismo histórico por encima de las discrepancias ideológicas que dentro del panorama general puedan tener los revisionistas".

El texto, pequeño y provocador, hunde su estilete a fondo: "Una escuela histórica no puede organizar todo un mecanismo de la prensa, del libro, de la cátedra, de la escuela, de todos los medios de formación del pensamiento, simplemente obedeciendo al capricho del fundador. Tampoco puede reprimir y silenciar las contradicciones que se originan en su seno, y menos las versiones opuestas que surgen de los que demandan la revisión. Seria pueril creerlo, y sobre todo antihistórico. No es, pues, un problema de historiografía, sino de política: lo que se nos ha presentado como historia es una política de la historia, en que ésta es sólo un instrumento de planes más vastos destinados precisamente a impedir que la historia, la historia verdadera, contribuya a la formación de una conciencia histórica nacional que es la base necesaria de toda política de la Nación".

Rebate además Jauretche, con decisión, un argumento por demás remanido: "Es muy frecuente oír impugnar el revisionismo, en razón de que discutir el pasado es abrir sin objeto viejas heridas. Podría contestarse a esta razón que nada hay más peligroso para la salud que el cierre en falso de las mismas, con el pus dentro".

Las diferentes ediciones del libro de Jauretche, por otra parte, son un testimonio fiel de la evolución del revisionismo en estos años posteriores a 1955.

La publicación inicial incluida en 1959 en la colección La Siringa, por ejemplo, está acompañada por un pequeño apéndice de Alberto A. Mondragón, "El revisionismo histórico argentino", síntesis crítica de su historiografía, en verdad un aporte limitado en antecedentes, nombres y explicaciones que no condice con tan ampuloso título.

La versión corregida y aumentada de 1970, publicada por Peña Lillo en su colección "El ensayo americano" viene flanqueada en cambio por un trabajo de Norberto D'Atri, que empieza, como Rosa, refiriéndose a Vicente Fidel López y Bartolomé Mitre y que se detiene en las distintas etapas marcando características peculiares y evolución. La división de los listados de autores anteriores y posteriores a 1955 remarcan, con justeza, un elemento diferencial importante. Estas nóminas, a veces limitadas a los títulos publicados por cada escritor, pero en no pocas ocasiones acompañados por reducidos pero certeros análisis, van creando un panorama que, a la vez que sintetiza, se abre en posibilidades para que profundice el lector interesado en la materia.

La figura clave de la época fue, sin competencias pero no sin discusiones, José María Rosa. Esta afirmación no elude, desde ya, el registrar la existencia de otros autores de primerísimo nivel. Desde el punto de vista estrictamente historiográfico, incluso, no son pocos los que sostienen la primacía de estudiosos como Vicente Sierra, premiado por la revista *Todo es Historia,* o Julio Irazusta, autor de una copiosa obra revisionista que logró acceder sin embargo a la Academia Nacional de la Historia, aunque este galardón, como lo expresara Quattrocchi, "se debe tanto a sus cualidades de historiador como a su consecuente antiperonismo".

El mérito de Rosa consiste, en cambio, en la amplia popularización de esta materia y de la perspectiva con que la encaró. A él, como a ningún otro, le caben quizá estas palabras de Luis Alberto Romero: "En los años 60, el revisionismo alcanzó éxitos editoriales verdaderamente notables. Prendió en forma asombrosa en el sentido común de la gente: lo poco que se sabe de historia argentina está generalmente acuñado en clave revisionista". El juicio de Quattrocchi complementa notablemente lo dicho por Romero: "Si en el campo cultural los triunfos de los revisionistas son limitados, es en el nivel de la memoria colectiva donde lograrán instalarse perdurablemente".

No pueden extrañar, en este marco, los conceptos laudatorios:

"En él se reúnen", escribe Norberto D'Atri, "la fecundia del escritor polemista con la seriedad del investigador, el acopio documental con la interpretación certera, la palabra fácil y la pluma ágil, la amplitud de juicio con la firmeza en las convicciones, la conjunción de la pasión nacional con el fervor popular". Miguel Ángel Scenna, por su parte, tampoco es reticente en el elogio: "Posee una pluma excepcional, que se expresa a través de una prosa diestra, elegante, mordaz, de gran calidad literaria, que convierte en verdadero placer la lectura de sus obras. Y no es el menor de sus méritos el haber demostrado que el humor en la exposición no está reñido con la seriedad en la información, y que la sonrisa puede ayudar a comprender la historia tan bien como un documento".

Numerosos son, por cierto, los libros publicados por José María Rosa siendo también variable, es lógico, la intención de cada obra. *La caída de Rosas,* contundente, es fruto de una maciza investigación. *El cóndor ciego,* en cambio, aunque también riguroso en la parte estrictamente histórica, prefiere abrir posibilidades menos certeras en tren del rescate moral del último Lavalle. *Nos, los representantes y La guerra del Paraguay y* las *montoneras argentinas* sirven para clarificar sendos momentos dé láffiistoria argentina. El primero de los nombrados, sin embargo, es también, en parte, una excelente demostración de humor.

Dos obras claves, aunque también muy distintas, complementan la descripción. Es de esta década buena parte de su *Historia argentina:* en 1963 aparecen los tres primeros tomos, los siguen otros dos en 1965 y tres más en 1969. Oriente, la editorial de la obra, comprueba el éxito sin precedentes de la misma. Un pequeño volumen, editado por La Candelaria en 1970, será a su vez muy popular sobre todo entre los lectores jóvenes. Rosa cuenta así la génesis de su texto: "El semanario *Panorama* publicó entre el 19 de enero y el 17 de marzo del corriente año [19701 diez notas que un académicoíáíé la historia, por una parte, y yo, por la otra, entregamos respondiendo a un cuestionario de la revista [...] Voces amigas me alientan a reproducirlas, atribuyéndoles valor docente por la obligada brevedad de las notas periodísticas. Cedo, previo algunos retoques, y un título que surge de la opinión que vierto sobre Rosas al hacer el balance de su gobierno".

Se trataba, claro, de *Rosas, nuestro contemporáneo,* el título que cobraba vida en la cotidianeidad en conferencias, volantes, discos, libros y, también, en la urgente tapa de una revista de actualidad.

Años después, el 3 de julio de 1991, José Pable Feinmann recor-

dará que "al peronismo, Rosa le añade la historia". Estaba, nos parece, en lo cierto. Aquel presidente que durante su gobierno había eludido una opinión definitiva al ironizar que tenía bastantes problemas con los vivos para meterse con los muertos, en su exilio de Madrid tenía, en 1971, una posición tajantemente distinta: "Por primera vez", le decía Perón a los jóvenes cineastas que filmaban *Actualización política y doctrinaria para la toma del poder,* "con los federales cristaliza algo fuerte: ya no es la línea masónica, sino la nacional que corresponde a la linea hispánica, porque siempre hubo una resistencia contra Inglatérra. En ella militaron Rosas, Yrigoyen y yo".

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Chávez, Fermín, *Perón y el peronismo,* Buenos Aires, Oriente, 1975.
Feinmann, José Pablo, "Parte de nuestros errores y desmesuras", en *Página/ 12,* Buenos Aires, 3 de julio de 1991.
Graham-Yool, Andrew, *Tiempo de tragedia,* Buenos Aires, De la Flor, 1972. Jauretche, Arturo, *Política nacional y revisionismo histórico,* Buenos Aires, Peña Lillo, 1959.
Luna, Félix, en *La Opinión,* Buenos Aires, 24 de abril de 1977¿ *Panorama,* 133, Buenos Aires, 11 al 17 de noviembre de 1969.
Pavón Pereyra, Enrique, *Coloquios con Perón,* Madrid, Editores Internacionales Técnicos Reunidos, 1973. Quattrocchi-Woisson, Diana, *Los males de la memoria,* Buenos Aires, Erñecé, 1995. Romero, Luis Alberto, "La historiografía: de la historia social al revisionismo", en *Todo es Historia.* Rosa, José María, *Historia del revisionismo y otros ensayos,* Buenos Aires, Merlín, 1968.
—, *Rosas, nuestro contemporáneo,* Buenos Aires, La Candelaria, 1970. Scenna, Miguel Ángel, *Los que escribieron nuestra historia,* Buenos Aires, La Bastilla, 1976.

EL SILENCIO PRIMORDIAL

> Entendí que no era yo un simple mirón del saínete humano, sino que me hallaba comprendido en él hasta la verija, como un actor más.
>
> LEOPOLDO MARECHAL

Transcurridos diez años desde el golpe de Estado que pretendió suprimirlo, el peronismo no pierde su vigor. Es más, por diversos caminos, no siempre frontales, parece revitalizarse e ir ganando espacios en la sociedad.

El plan de lucha de la Confederación General del Trabajo, cuya segunda etapa comenzó el 1 de mayo de 1964, había sido particularmente agitado en el Gran Buenos Aires y en Rosario aunque de alcance nacional: "En este período se ocuparon en todo el país once mil establecimientos fabriles".

Los trabajadores, sin embargo, también reservaban su espacio para la diversión. Los más jóvenes, por ejemplo, ya habían consagrado a un callado muchacho tucumano —otrora cañero y vendedor ambulante de café— que con sus canciones sencillas y alegres estaba llevando adelante el sueño de progreso social e integración a la sociedad pregonado, a su manera, por el peronismo. Palito Ortega, en efecto, batía records de ventas superando, incluso, a quienes en "El club del clan", inicialmente, habían tenido mucha más promoción que él. Esto era posible, entre otras causas no desdeñables como su magnetismo personal, porque su sueño era también el de quienes lo escuchaban. Entre ellos, claro, los continuadores de esa multitud que sorprendió el

17 de octubre de 1945 siendo estigmatizada como "aluvión zoológico" o "cabecita negra" y que ahora, al menos en cierta forma, había conseguido insertarse despertando, incluso, francas simpatías en otros sectores. Germán Rozenmacher, joven y talentoso cuentista y dramaturgo, por ejemplo, ya en 1962 había publicado su libro *Cabecita negra.*

Otro muchacho del interior, en este caso mendocino, también se había aparecido por la ciudad de Buenos Aires. Quena acercarse al fascinante mundo de quienes deslumbran desde un escenario o desde una pantalla. Logrado mínimamente ese objetivo, una piba de ese mundo lo deslumhraría aún más: "Cuando conocí a la Vaner me gustó mucho y percibí que era una intelectual. Como yo siempre me sentí un semianalfabeto, un inseguro, pensé que si no me hacía el intelectual me la iban a robar. Y entonces inventé que estudiaba cine, que dirigía. Pero de mentira en mentira terminé dirigiendo un corto, *El amigo".* Un segundo juicio, de todas formas, complementará el porqué de la elección: "Si después me puse detrás de las cámaras fue para no verme detrás de las rejas".

No era extraño, naturalmente, que el peronismo tuviera a uno de los suyos como "rey" de la canción popular. Más sorpresivo, sin embargo, fue lo de Leonardo Favio. Le bastó filmar *Crónica de un niño solo* para ser el número uno de la vanguardia cinematográfica de la época, desplazando a los creadores de la clase media que en los cafés y en los cine clubes venían rumiando su introspección. Su primera película, estrenada en 1965, adelanta lo que sería una constante: "Todas las películas de Favio sobre la gente humilde [...] carecen de una visión dulcificada de la pobreza. Los personajes tienen rasgos de crueldad y de miseria, son mültidimensionales: están retratados en claroscuro, con sus bordes más sombríos y más luminosos. Nunca se los juzga moralmente. La pobreza no es un estado de gracia sino un estado de violencia. El protagonista de *Crónica de un niño solo* no es el niño inmaculado que está pervertido por el medio, sino que Favio lo hace formar parte de él, así como la película se involucra con lo que cuenta. Nunca se habla sobre los pobres, no es un «rico» que filma sobre la pobreza con una mirada ajena", dice Alberto Fariña.

No era ostensible por entonces, pues el ambiente en el que triunfaban no era propicio para ello, el genuino peronismo de Palito Ortega y de Leonardo Favio. Cumplían, a su modo, con aquella verdad cotidiana forjada en tiempos de persecuciones y silencios que, años más tarde, Osvaldo Soriano inmortalizará en No *habrá mas penas ni olvido:* "Yo siempre fui peronista..., nunca me metí en política".

Desde la poesía, en cambio, ese 1965 se mostraba provocador. Un joven poeta, en efecto, irreverente, "profanaba" desde el título territorios supuestamente "sagrados". *Las patas en la fuente* se llamará el poemario de Leónidas Lamborghini. Un consagrado del oficio, en cambio, reaparecerá tras años de ostracismo, aunque en su carácter de novelista, cuando *Primera Plana,* quizá la revista política y cultural más importante de la década, le dedique su tapa. Habían sido muy duros, sin embargo, los años anteriores para Leopoldo Marechal.

El "poeta depuesto", como se autocalificaría sin renunciar al humor, es quien cuenta esa etapa: "Casi desde «mi caída», empecé a sentir el gran vacío que se fabricaba en torno de mí: rostros amigos me negaron el saludo en la calle, se me cerraron todas las puertas vitales y literarias, en una especie de «muerte civil» o asesinato colectivo. Entonces Elbia y yo tomamos una decisión tan heroica como alegre: encerrarnos en nuestra casa y practicar un «robinsonismo» amoroso, literario y metafísico", situación que vivieron "durante una década: la que va desde 1955 a 1965. Sólo nos visitaban cuatro fieles de la amistad".

El 20 de julio de 1978, durante un homenaje realizado en la Universidad de Belgrano, Ernesto Sábato recordó aquella etapa: "Se lo calificó de resentido, de vanidoso que pretendía ser genio, de engreído y hasta de tomista; como si compartir ideas de Santo Tomás pudiese ser motivo de desprecio. Un eminente hombre de letras lo calificó, para colmar la horrenda medida, de delincuente. Casi solo, pero apoyado en ese puntal de acero y ternura que fue su compañera, en su pequeño y pobre departamento de la calle Rivadavia, se aguantó aquel durísimo exilio en su propia patria, esa patria que quería hasta la agonía. Modesto, pero también con la conciencia de su grandeza —ya que se puede ser modesto frente a los valores supremos y arrogante frente a los idiotas— en momentos de extrema amargura llegó por fin a quejarse, milrmurando: —¿Cuándo mis compatriotas dejarán de orinarme encima?".

Desde otra generaciórf, Horacio Salas rememora también aquellos instantes a partir de "una reunión de la revista *El Barrilete,* en 1963. Buscábamos un nombre representativo de esa literatura nacional que tratábamos de descubrir a tientas. Comenzamos a citar nombres para un posible reportaje y alguien mencionó a Marechal. Otro se opuso diciendo que Leopoldo debía haber muerto porque nadie lo mencionaba en diarios y revistas desde hacía varios años. Cuando finalmente lo entrevistamos y se publicó la nota, no faltó quien dijera que debía

tratarse de un diálogo apócrifo al estilo de los que —con escritores muertos— aparecían de tanto en tanto en los suplementos de Buenos Aires. Tal era el silencio al que se lo había sometido desde comienzos de los años 50".

La fecha brindada por Salas, aunque disonante a medias con la referida por Marechal, es en rigor cierta al menos desde un punto de vista: si bien el silenciamiento político se da a partir de 1955, durante el decenio peronista los propios intelectuales justicialistas —o afines— no habían dejado de tener inconvenientes. Marechal, en tal sentido, sufrió el mismo marginamiento, a partir del "reordenamiento" de la Subsecretaría de Cultura el 3 de agosto de 1950, que habían padecido Raúl Scalabrini Ortiz, Arturo Jauretche, Luis Soler Cañas y Jorge Abelardo Ramos, los dos últimos temporalmente censurados o cuestionados. Marechal, en 1967, no eludiría el tema: "El movimiento me ignoró. Y lo justifico, porque estaba sobre todo preocupado por solucionar problemas económicos más perentorios. No creo, desde luego, que se deba hacer eso; una revolución debe solucionar todos los problemas paralelamente", pero "los peronistas prácticamente ignoraron mi existencia: ponían el acento sobre los aspectos populistas de la cultura. Así, produjeron factores irritantes que había que evitar".

Graciela Maturo, en tanto, en referencia a la publicación del *Adán Buenosayres* al finalizar los años 40, recuerda que en aquel tiempo "la primera novela de Leopoldo Marechal era recibida con cierto escándalo, y pronto rodeada de un adverso silencio" sólo raramente roto por excepcionales: "Lluvia de setecientos espejos la llamó Julio Cortázar, nada despreciable lector, en la revista *Realidad".* Todavía el 1 de julio de 1964, desde París, Julio Cortázar en una carta recordará la reacción del antiperonismo ante su digna actitud: hay un serie-de anécdotas divertidas en torno de esa reseña. "La primera es la serie de insultos telefónicos que me tocó escuchar cuando se publicó. Las razones políticas del momento cegaban a los mejor pensantes, y aun hoy no entiendo bien cómo *Realidad* se animó a publicar esa nota; creo que la personalidad de Francisco Ayala se impuso contra el escándalo y hasta la cólera de otros miembros del comité de redacción".

Con 1965 llega *El banquete de Severo Arcángelo y* con él —lo hemos adelantado— los elogios: "La primera, la irresistible, la necesaria tentación, es comparar *El banquete de Severo Arcángelo* con el *Adán Buenosayres* que Leopoldo Marechal publicó en 1948 y que de tan poco leído acabó por volverse famoso. Las dos son grandes novelas, pero tan escasamente parecidas entre si como una fogata y su humo:

eso quiere decir que, sin embargo, se complementan. *Adán Buenosayres* se identifica con el Caos; *El banquete* es, deliberadamente, una gigantesca metáfora del orden".

"Pero la clave", continúa Tomás Eloy Martínez en el número 155 de *Primera Plana,* el que el 26 de octubre de 1965 provocó la "resurrección"—, "está en el lenguaje, como se ha dicho, y es allí, en ese territorio hasta hace poco tan arisco para los argentinos, donde Marechal se revela como un maestro. Su idioma es el que puede oírse en cualquier esquina de Buenos Aires: está teñido de giros zumbones, de invenciones lunfardas, del barullo, la torpeza y la calidez que crecen en las conversaciones cotidianas. Pero este idioma está elaborado también a partir de un hecho que no puede perderse de vista: quien lo recrea es un poeta, uno de los líricos más formidables que haya tenido la Argentina y, además, un humorista con la suficiente humildad como para farsarse de si mismo. Esas dos napas estilísticas resaltan muy claramente cuando Marechal quiebra un discurso solemne y almidonado con un chiste, con un giro grotesco: «El Monstruo Humano», ensaya Papagiorgiou en el Primer Concilio, «es un animal omnívoro que traga y asimila todo su mundo con el aparato digestivo de su cuerpo mortal y el aparato digestivo de su alma inmortal. Cierto mediodía se lo dije a Quinquela, y lloró de ternura; se lo dije a Filiberto, y me llamó colifato»".

Tomás Eloy Martínez, decidido, completa un elogio que demuestra el cambio que se viene produciendo en la sociedad, aun en las capas intelectuales que empiezan a cuestionar a sus supuestos consagrados: "No es fácil escribir novelas que exijan la complicidad del lector, que apelen a su inteligencia recreadora. Que quien se entregue a semejante tarea de experimentación sea un poeta de 65 años es algo a lo que las cómodas letras argentinas están poco acostumbradas".

Los años de proscripción, que estaban finalizando para el escritor Marechal, habían sido bien utilizados. Escribió, por entonces, no sólo la novela que se acababa de publicar sino que "trabajé además en los siete días poéticos del *Heptamerón:* en edición de amigos y a sus expensas, José María Castiñeira de Dios publicó *La Patrióticas* {Rafael! Squirru y Demaria publicaron igualmente *La Poética y La Alegropeya* También escribí *El mesias,* una tragicomedia sobre la Pasión de Jesucristo, y los trabajos del *Cuaderno de navegación,* uno de los cuales, la *Autopsia de Creso,* publicaron los jóvenes escritores de *Barrilete".*

La *Autopsia de Creso,* pequeño, cuidado y hermoso texto de Marechal, define como ningún otro su filosofía política. Sin caer en la

frontalidad del panfleto y recurriendo a la metáfora y a lo mejor de su lenguaje, el comprometido autor desgrana uno a uno a los protagonistas del drama argentino empezando, claro, por el "hombrecito económico": "Debo recordarle ante todo que la innoble figura de Creso no hace fluir ahora por vez primera la tinta ecuánime de mi estilográfica: ya la describí hace años en mi *Adán Buenosayres y* en su *Infierno de la violencia,* donde Creso aparece junto a los ladrones y como responsable del «robo universal» más tremendo que haya soportado el ciclo. En estas páginas estudiaré la magnitud y naturaleza de tan formidable asalto, y sobre todo sus consecuencias desastrosas, ya que nuestro buen hombrecito, detrás de sus fines, utilizó como armas la mistificación y la corrupción, de tal modo que, bajo su férula, no quedó ninguna institución, arte o saber humano que sea reconocible hoy en su nobleza original".

No es extraño, pues, que al ser entrevistado por Alfredo Andrés en 1968, al solicitársele una síntesis sobre el movimiento político al que pertenece, tras vertir su opinión haga referencia a este texto: "Cada vez que me lo piden, hago primero la distinción entre la «doctrina justicialista» o su planteo teórico, y lo que fue la primera encarnación de esa doctrina. Como sistema político, económico, social, yo diría que el justicialismo es perfecto: se basa en una doctrina de «tercera posición», ubicada entre un «capitalismo» agonizante y un «socialismo» extremo que lucha todavía, creo que inútilmente, por adaptar el rigor abstracto de sus teorías a las contingencias de un mundo real y concreto, y que se desdice y agota en esa lucha estéril. Por el contrario, el «justicialismo», lejos de fomentar una «lucha de clases» en verdad suicida, trata de armonizar y jerarquizar las «clases» entre sí, para que cada un cumpla la «función» que le es propia en el organismo social, porque cada «clase social» no es un conjunto de hombres agrupados arbitrariamente, sino una función necesaria e inalienable que debe jugar con las otras en armonía y sólo teniendo en cuenta la salud del organismo social. ¿Qué dirías, Andrés, si un fisiólogo loco intentara lograr la salud del cuerpo humano suprimiéndole el estómago, el corazón o el cerebro? Andrés, todo esto lo expliqué con el rigor de un teorema en mi *Autopsia de Creso, y* no me llevaron el apunte".

Palabras con Leopoldo Marechal, el libro en donde está incluida la anterior respuesta, es también una muestra de los cambios que, en el plano de la cultura, se venían dando. Lo edita Carlos Pérez en 1968 en una colección que, al año siguiente, publicaría un volumen similar dedicado a Elias Castelnuovo, entrevistado en la ocasión por Lubrano

zas. El fenómeno comenzaba a resultar evidente: las clases medias se estaban acercando no sólo a los escritores argentinos sino también, y especialmente, a aquellos que expresamente sostuvieran posiciones ligadas al pensamiento nacional, esa corriente que aunque de límites difusos ponía especial énfasis en los temas y en los problemas argentinos.

La editorial Jorge Álvarez era otra prueba de que los lectores iban por esa dirección. Julia Constenla, al prologar una antología de 1965, aporta datos curiosos al respecto: "La historia sólo parece tentar a los argentinos como pantalla para avivar enconos. La mayoría de los representantes de esta cultura de aluvión, que es nuestra cultura, suele dedicarse a menesteres menos riesgosos que bucear un pasado lleno de bárbaros estruendos, algunas históricas injusticias, crímenes que no nos atrevemos aún a señalar y, lo que es sin duda más trágico, olvidos". Por eso, quizá, había adelantado su conformidad con lo recopilado en *Crónicas del pasado:* "Entendemos haber conseguido recopilar un material casi inexistente".

Se encontraba, entre los cuentos incluidos, uno que alcanzaría una fama inusual. "Esa mujer", se llamaba. Y Rodolfo Walsh —aquel de *Operación Masacre*— era su autor.

El cuento, compacto, aborda una de las mayores iniquidades de la historia argentina: el secuestro del cadáver de Eva Perón producido tras el golpe de 1955. El deleznable hecho, fruto del miedo y del odio, es abordado aquí a partir del diálogo del periodista con uno de los protagonistas del rapto que irá exhibiendo su rencor y su locura. Con su texto Walsh recupera, desde la literatura, a esa figura que aún por muchos años será ocultada en un cementerio de Milán.

"El caso de la casa de gobierno", otro de los cuentos incluidos, es, en tanto, obra de un escritor que sin hacer concesiones de ningún tipo sigue atrapando a los lectores de la más variada ideología. Así, el autor del cuento que relata la caída del gobierno del general Eduardo Lonardi es presentado por la prologuista: "Nacido un año antes que el siglo, partícipe del movimiento nacionalista, un sector de cuya juventud aún orienta, inventor de un cura detective y muchos versos, erudito, políglota que por distracción y entre batalla y batalla, libro y libro, traduce cinco tomos de la *Sumiría teológica* de Santo Tomás de Aquino, el padre Castellani, siempre en la palestra, no frecuenta los rencores ni se tienta con pequeneces [...) Juez o reo, Leonardo Castellani nunca cometió el grave delito de desinteresarse por los problemas de su país y de este tiempo. Sus reconvenciones, su ardorosa pasión

cívica, su incorruptible inteligencia no siempre contribuyeron a facilitarle la vidaV

Una prueba más de ese interés de Castellani por el país estaría dada además, en agosto de 1968, ponía publicación de *Decíamos ayer* por Sudestada.

El nombre de la casa editorial, originalmente puesto por José María Rosa a su finca de Maldonado, en el Uruguay, como homenaje a aquella sudestada que tanto había ayudado a Santiago de Liniers durante las invasiones inglesas del siglo pasado, había sido tomado ahora por Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde para identificar su proyecto.

Ortega Peña, según parece, quizá por aquello de la fe de los conversos, no se conformaba ya con editar a escritores peronistas sino que incluía entre sus autores a plumas nacionalistas, algunas de ellas muy talentosas y otras, simplemente, extremas.

Entre las de esta última clase estaba, claro, la de Enrique P. Oses, del cual publica *Medios y fines del nacionalismo,* un recopilación de artículos que en los años 40 habían aparecido en *El Pampero,* de los cuales el propio autor, en el prólogo fechado en 1941, marca no pocas carencias: "Hay que «construir», ya lo sé, el libro nacionalista por antonomasia. Pero éste requiere más que meditación y reposo intelectual, algo de lo que no podemos disponer voluntariamente: tiempo. Cuando se lucha día a día, en todos los terrenos, no es posible tener la mente concentrada en una sola preocupación. Ya aparecerá ese libro. Por ahora, más urgente que todo, es la acción, la militancia nacionalista, de la cual éstos que se van a leer son como gritos." Tamaña excitación, producida incluso 28 años atrás, lleva al interrogante de por qué se incluía este tipo de libros en la editorial. Los demás títulos de la colección Dinámica Nacional, sin embargo, serían mejores.

Entre ellos, claro, el del padre Castellani aunque éste, más riguroso, prefiere limitar en sus alcances: "Esta colección de ensayos hubo de haberse publicado en 1946 y fue detenida por obstáculos imprevisibles y extraños. Algunos de estos artículos el autor no los escribiría ahora; otros los escribiría diversamente. Algo ha variado en su ánimo. Pero los escritos tienen su fecha; y creemos conservan algún interés, por lo menos de crónica".

La tremenda fuerza de Castellani logra, sin embargo, seguir conmoviendo a pesar del tiempo transcurrido desde la publicación original. Muchas de sus verdades, por otra parte, siguen vigentes en ese 1968 enmarcado por hechos y años simbólicos: no hacía demasiado

tiempo desde que Juan Carlos Onganía entrara a la exposición de la Sociedad Rural a bordo de una carroza; no faltaba demasiado tiempo para que, en mayo de 1969, sucediera lo que se dio en llamar el "cordobazo". Era actual, pues, la frase de Castellani: "Amar a la Argentina de hoy, si se habla de amor verdadero, no puede rendir más que sacrificios, porque es amar a una enferma". Tampoco había perdido vigencia, claro, su diagnóstico de la educación: "En realidad de verdad, y si queremos ver las cosas filosóficamente, no es posible ninguna reforma de la enseñanza en la Argentina, porque la enseñanza argentina no tiene forma". Exhibía también, lógico, las consecuencias: "El bachiller actual (hablo del argentino) no sabe hacer absolutamente nada, fuera de vomitar el día del examen una ensalada rusa de nociones inconexas, de gramática francesa mezclada con teoremas matemáticos y trozos de historia falsificada, que tanto pueden demostrar madurez intelectual como la más pavorosa destrucción del intelecto por hipertrofia de memoria y facilidad de cotorreo".

Castellani, sacerdote amante de su Iglesia, no omite, de todas formas, las críticas que cree necesarias: "El defecto de los sacerdotes argentinos, por lo menos de esos más conocidos, que son los que yo conozco, me parece que no es tanto hablar de cosas que no están en la Escritura, sino callarse algunas cosas que están".

Un último párrafo vaya, como ejemplo, del porqué de la actualidad de Castellani reeditado en 1968 y del porqué conmovía a los jóvenes de entonces: "Andamos mal. Creo que los tínicos que pueden salvarnos son los Estados Unidos. Los grandes servicios, ¿quiénes nos los hacen sino aquellos que nos quieren embromar? ¡Esos Estados Unidos van a conseguir al fin unirnos y hasta santificarnosi Van a hacer que acabemos por encontrarnos a nosotros mismos. Si no fuera por ellos, seriamos capaces de volvernos iguales a ellos".

La contratapa de *Allá lejos y aquí mismo,* editado en diciembre de 1968, era lo suficientemente explícita, a su vez, del acierto de publicar a Ignacio B. Anzoátegui: "Aunque suele —y sabe— escribir con una belleza clara y majestuosa, su entretenimiento favorito es escandalizar a enemigos y amigos tibios o medio amigos. Así nacidas de un mismo ingenio, en su obra conviven, por ejemplo, las inmortales caricaturas de Vidas *de muertos* con los melodiosos poemas de *GeorginaAmhem y yo.* La obra que presenta [...] es un eslabón más en esta línea de verdad con humor y sin pelos en la lengua".

Anzoátegui, en un prólogo que titula "Fe de erratas", explica que "mis personajes, así, desfilan ante mis ojos, más quizá que como son

en verdad, como yo los veo en mi verdad, que es lo único que interesa. Los tomo, sí, de la vida, pero al hacerlos míos los hago ficticios. Cabria aquí, pues, la resabida aclaración: «Cualquier parecido con algún personaje de la vida real es mera coincidencia»; pero no quiero ampararme en esa fórmula porque es demasiado mendicante, demasiado prima hermana del «perdóneme» con que uno intenta disculparse ante su prójimo después de haberle propinado un pisotón".

Hecha la aclaración, empiezan, aunque arbitrarios, los aciertos. Dice así, reflexionando sobre Teodoro Roosevelt: "No hay pueblos subdesarrollados: hay pueblos arrollados". Chateaubriand, en tanto, lo lleva a concluir que "la cocina francesa tiene una autoridad infinitamente superior a la Academia". A partir de Cristina de Suecia concluye, en cambio, que "hay dignísimos eufemismos, como ese de llamar «mujer de gran temperamento» a la mujer de gran temperatura". Aunque católico, al igual que Castellani no se queda atrás a la hora de los cuestionamientos. Dice, pues, que Pablo vi, "en la medida de sus fuerzas, arremete a las tinieblas. Y, llorando, nos pide que recemos por la conversión del clero al catolicismo".

La biografía de contratapa antes citada lo define, por otra parte, como "católico ultramontano y ultranacionalista, admirador convicto y confeso de Juan Manuel de Rosas". Tales definiciones, sin embargo, por aquellos años no solían espantar. Al contrario. Una cierta superficialidad en el análisis de las definiciones, o quizá una conjunción apresurada y algo frivola de quienes se oponían a los que indistintamente se empezaba a llamar "cipayos" o "gorilas", lo real es que la contundencia producía acercamientos en otras situaciones, acaso, inentendibles. Ernesto Goldar, por ejemplo, un joven ensayista que "plantea una lectura ideológica del proceso peronista en la literatura argentina", cuya "propuesta define una actitud militante", no vacila en poner entre las citas que apadrinan su libro —precisamente *El peronismo en la literatura argentinar-* una de Ignacio B. Anzoátegui: "Basta ya de mariconerías ilustradas".

Ignacio B. Anzoátegui, además, venía reiterando sus éxitos a partir de su estilo aguerrido y zumbón. *Vidas de muertos* iba ya hacia 1965 por su tercera edición, mientras que al año siguiente vuelve a sorprender con la agudeza de su *De tumbo en tumba* "Hay en estas páginas más de un motivo de meditación, más de un juicio que hará enarcar las cejas del lector y llevarlo a enojarse contra quien arremete metódicamente contra cuanto le parece ridículo, reprochable o digno de quevedesca ironía. Más quien se enoje con Anzoátegui o con lo que

él dice, debe tener noción clara de que en estas páginas no hay ni odio ni rencor", previene en la solapa Theoría, otra de las editoriales que desarrolla su tarea haciendo hincapié en la historia y, particularmente, en la versión revisionista de ésta.

Esta editorial, precisamente, es la que publica gran parte de la obra de Fermín Chávez, a quien Norberto D'Atri considera "el más importante historiador de la «generación intermedia» del revisionismo". Chávez, complementa Miguel Ángel Scenna, "ha dedicado una serie de biografías a esos hombres que lucharon por lo federal, y por su pluma han desfilado Ricardo López Jordán, Ángel Vicente Peñaloza, José Hernández y el admirable José Luis Busaniche. En *Civilización y barbarie en la historia de la cultura argentina* ha cumplido un trabajo de demolición del viejo mito sarmientino, y también se le debe una *Historia del país de los argentinos",* publicada en 1967.

"Procedente del nacionalismo", clarifica Scenna, "su sangre entrerriana es de la estirpe de Pancho Ramírez, no de la de don Justo José, por eso su federalismo es del viejo tronco artiguista, y como revisionista no se emociona mucho con Rosas". Esto último, con ser cierto, exige de todas formas mayores precisiones y las da, claro, el mismo Fermín Chávez: "A mi juicio, la humanización de la figura de Rosas, que resulta como la coronación de un proceso aún no cerrado, es algo más que el fruto de un tarea cultural tendiente a derretir el mito liberal [...] Yo veo en este proceso una muestra de madurez de la Argentina, al trasponer los tiempos de su total alienación espiritual. Si fue Rosas la figura elegida para librar una batalla contra esa alienación rigurosamente colonial, es porque ella constituía el centro y el nudo del teorema iluminista que sustenta a nuestra República Liberal y Mercantil. Rosas, el Gran Antiiluminista de nuestra historia... Por ahí vamos a dar en el clavo. Rosas, el estanciero pampeano, que se aferra a un historicismo de medios, cuando la Europa salida de la revolución industrial reclamaba en el Río de la Plata una política de medios iluministas [...] Cuando Juan Bautista Alberdi, en su poco estudiado *Fragmento preliminar,* de 1837, plantea la vigencia, y la legitimidad, del historicismo rosista (y en esto coincide con sus pares Marcos Paz y Marco A. de Avellaneda), no hace otra cosa que reelaborar las ideas esenciales de la histórica «carta de la hacienda de Figueroa», que Facundo Quiroga recibió en vísperas de su sacrificio en Barranca Yaco. Rosas no estaba solo en esa Argentina posterior a 1830".

El debate en torno de la figura de Rosas no es, como se ve, gratuito. Lejos de ser un divertimento de historiadores, la discusión se

inserta en la actualidad porque es el mismo presente, en cierto grado, el que depende de cómo se entienda el pasado. Félix Luna, equidistante entre liberales y revisionistas, ve a fondo —y en el momento— la cuestión. Señala, así, entrando en tema, que en la polémica "se entreveraban presupuestos políticos militantes con valoraciones de tipo histórico, que ante todo requieren objetividad para elaborarse correctamente". No se le escapa, sin embargo, el meollo de la cuestión: "Estas deformaciones eran —digámoslo en honor de quienes las provocaron, de uno y otro bando— bastante comprensibles: los valores que se debatieron en tiempo de Rosas y con su directa participación siguen convocando el fervor de los argentinos, continúan siendo sustancia de enfrentamientos políticos e ideológicos".

Era esto tan cierto que las anteriores palabras de Chávez y de Luna están incluidas, junto a las de otros pensadores, en el libro *32 escritores con Rosas o contra Rosas* que en 1968 publicara Freeland, otra editorial que había comprendido que tales temas eran seguro éxito de librería.

Las formas de entrar en el debate eran, a veces, paradójicas. Existían, por ejemplo, aquellos que participaban en la polémica tratando de prohibir la polémica. Carlos Sánchez Viamonte, una de las figuras estrechamente ligadas al general Aramburu y considerado por la revista *Panorama* como un "luchador socialista", sostiene en esa publicación que "no se puede remover el tema de la repatriación porque promoverá una división más entre los argentinos". Ejemplo prístino del autoritarismo en boga, Sánchez Viamonte pregona como método de evitar discusiones el no permitir la palabra a quienes no piensan como él. Arturo Jauretche, en tanto, en la misma revista, desnuda el verdadero motivo de los prohibicionistas: "La repatriación tiene un sentido, responde a una exigencia histórica: ver reparado ese crimen que es la persecución del vencedor al vencido [...JA los cipayos no se les escapa que la reivindicación del pasado federal tiene un sentido contemporáneo".

Consciente de esta realidad, en el variopinto libro antes mencionado, Jauretche analiza a fondo la política resista pero también la actitud de quienes, desde orillas no tradicionales, lo vuelven a cuestionar.

Don Juan Manuel y el revisionismo "tímido" se llama el trabajo en el que arremete remarcando que "quedan, sin embargo, algunos remanentes de la mitología mitrista que todavía se sienten en ciertos sectores de la izquierda o de provincias que andan en busca de lo nacional".

"Me estoy refiriendo", continúa Jauretche, "a una curiosa actitud que al practicar el revisionismo histórico y reivindicar al movimiento federal lo hace con beneficio de inventario. Separa a Rosas, que es su máxima expresión y su definición más congruente, de los caudillos del interior, revalorizando éstos como contrafiguras de don Juan Manuel. Así los caudillos serían los depositarios de los intereses y el pensamiento nacional que rechaza las imposiciones unitarias del puerto de Buenos Aires, ahora, en este revisionismo expresado por Rosas con máscara federal. Rosas sería así los unitarios vestido de colorado. Lavados de su reciente mitrismo, estos revisionistas no se atreven a dar el paso decisivo en cuanto la revisión importa romper con los esquemas tradicionales de la *inteüigentsia,* que dan el status que permite pertenecer a la misma".

Jauretche, profundizando en su análisis, avanza sobre el modo de pensar de los que llama, con ironía, "tímidos": "Razonan así: Facundo, López, Ibarra, etc., pueden revalorizarse, pero no revaloricemos la política general que está representada por Rosas, porque Rosas es el puerto y el unitarismo bajo máscara federal. Los caudillos se dejaron engañar porque no eran inteligentes como nosotros, ya que eran simples caudillos. Siguiendo su razonamiento, habrá que sacar la consecuencia lógica: si ellos hubieran sido los caudillos hubieran estado contra Rosas. Pero no las deducen porque llegarían a esto: si hubieran estado contra Rosas hubieran estado con los unitarios, como estos intelectuales que estuvieron contra Yrigoyen y contra Perón. Porque la política práctica elige alternativas y compromiso con la realidad".

Convertida ya la historia en contemporánea, Jauretche incursiona a fondo en.otro de los matices que se encuentran en el debate "rosista", aquel que tiene que ver con el comportamiento de los intelectuales en su respectiva actualidad. Dice así, buscando que la comprensión sea profunda y a la vez útil, que "con una actitud muy típica de nuestros intelectuales, siguen mirando la política concreta argentina como un quehacer de gente por debajo de su nivel [...] Se equivocaron con Yrigoyen y con Perón. A posteriori de Yrigoyen y de Perón, reconocen que se equivocaron y hasta los reivindican. Pero esta revisión no los lleva a la lógica conclusión que es: parece que los intelectuales nos equivocamos más que los políticos, y es bueno que aprendamos de su sentido práctico. No. Por el contrario, al día siguiente de reconocer su error, y error grueso y definitivo en el quehacer político argentino, empiezan a dictar cátedra como si nunca se hubieran equivocado".

Arturo Jauretche, con la agudeza interpretativa que caracteriza a

su prosa, estaba inaugurando, en verdad, un nuevo debate. Del análisis del rosismo y de quienes participaban en tal discusión, Jauretche revela aristas insospechadas. Es mucho —y fundamental— lo que aún le queda por decir al viejo luchador forjista.

Referencias bibliográficas

AA.W., *Con Rosas o contra Rosas,* Buenos Aires, Freeland, 1974.
AA.W., *Crónicas del pasado,* Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1965.
AA.W., *Leopoldo Marechál: homenaje,* Buenos Aires, Corregidor, 1995.
Andrés, Alfredo, *Palabras con Leopoldo Marechál, Buenos Aires, Carlos Pérez, 1968.*
Anzoátegui, Ignacio B., Vidas *de muertos,* Buenos Aires, Theoría, 1965.
—, *De tumbo en tumba,* Buenos Aires, Theoría, 1966.
—, *Allá lejos y aquí mismo, Buenos Aires,* Sudestada, 1968.
Boletín de la Asociación Amigos de Leopoldo Marechál, 1978.
Capítulo, 103, Buenos Aires, 1981.
Castellani, Leonardo, *Decíamos ayer...,* Buenos Aires, Sudestada, 1968.
Fariña, Alberto, *Leonardo Favio,* Buenos Aires, CEAL, 1993.
Goldar, Ernesto, *El peronismo en la literatura argentina,* Buenos Aires, Freeland, 1971.
Jauretche, Arturo, *Política nacional y revisionismo histórico,* Buenos Aires, Peña Lillo, 1970.
Marechál, Leopoldo, *El banquete de Severo Arcángelo,* Buenos Aires, Sudamericana, 1966.
—, *Cuaderno de navegación,* Buenos Aires, Sudamericana, 1974.
Orgambide, Pedro, y Yahni, Roberto, *Enciclopedia de la literatura argentina,* Buenos Aires, Sudamericana, 1970.
Oses, Enrique, *Medios y fines del nacionalismo,* Buenos Aires, Sudestada, 1968.
Panorama, 133, Buenos Aires, 11 al 17 de noviembre de 1969.
Scenna, Miguel Ángel, *Los que escribieron nuestra historia,* Buenos Aires, La Bastilla, 1976.
Soriano, Osvaldo, No *habrá más penas ni olvido,* Barcelona, Bruguera, 1983.

LA LECCIÓN DEL MAESTRO

Conozco a los hombres y los reconozco por su conducta, el conjunto de sus actos, las consecuencias que su paso suscita en la vida.

ALBERT CAMUS

Lo dijo, refiriéndose a aquellos autores marginados por el prestigio oficial, en su prólogo a *La traición de la oligarquía:* "Armando Cascella es uno de los malditos. Maldito, como Marechal que acaba de romper el conjuro para reaparecer, seráfico y con espada; como Arturo Cancela, uno de nuestros más grandes humoristas cuyo recuerdo continúa sepultado y es ignorado por las nuevas generaciones. Maldito, como lo sería yo de haber nacido antes de los sesenta años".

Jauretche, según parece, en cuestiones de humor tampoco cedía. Su ironía reflejaba, claro, un proceso que había estallado en la mitad de los 60: "Es que estamos en presencia del «boom» del libro argentino, porque sólo se manifiesta en el libro nacional. La literatura cipaya no experimenta el fenómeno. Es que el fenómeno no es literario; es político. Es el producto de la maduración de la conciencia argentina que, liberada del aparato de la colonización pedagógica, se busca por sus propios caminos y se reconoce sin necesidad de los mentores que antes le desviaban la ruta".

Estaba, el prologuista, en lo cierto. Los libros afines al pensamiento nacional iniciaban su mejor momento y Jauretche era, aunque él lógicamente no lo diga, figura clave en ese boom.

El otrora forjista, apasionado de la política, la había priorizado

aunque sin descuidar totalmente su actividad literaria: "Como escritor tuve una existencia secreta que sólo conocían los iniciados analfabetos". Aquella pasión, sin embargo, tras el golpe de 1955, lo había llevado de regreso al libro y al periodismo. Ambos, a veces, también se combinaban. La recuperación de sus notas, especialmente las aparecidas originariamente en revistas de incierto destino, se plasmarían en tres libros de discusión y polémica editados en esos años.

El inicial *Prosa de hacha y tiza,* seguido en 1964 por *Filo, contrqfilo y punta.de* la editorial Pampa y Cielo, sumado al *Mano a mano entre nosotros* publicado por Juárez en 1969 tras reeditar los dos anteriores, demuestran "el valor permanente que Jauretche logra dar a cosa tan transitoria como la nota periodística. Es que en el periódico", se aclara en la "Advertencia al lector" del mencionado volumen, "como en el libro, este autor practica una empírea que consiste en inducir del hecho que ésta le proporciona —a veces de la simple anécdota— consecuencias generales que permiten explicar lo general desde lo particular, a la inversa de lo que el mismo sostiene hace la *intelligentsia,* que primero enuncia las reglas generales y después ubica los hechos dentro de las mismas aunque haya que meterlos, como él dice en su vernáculo lenguaje, «con calzador». [...] Así es como el lector entra en el tema por lo episódico y lo incidental que sólo es la puerta del mismo y a poco leer lo olvida porque su interés es captado por la nota en sí cuyo contenido rebasa totalmente el episodio que le sirve de pretexto. Claro está que lograrlo importa una aptitud en la pluma que logran pocos con los sencillos medios del periodismo".

La extendida lista de temas abordados —generalmente elegidos a partir de urgencias de la cambiante cotidianeidad— cobra unidad a través de la coherencia interpretativa. Lejos dé toda pedantería, además, no vacilaba en contar sus propios errores juveniles y la forma en que los fue corrigiendo. En esta elección, sin embargo, no entraba el azar: era a los jóvenes a quienes se dirigía pues los sabía imprescindibles en todos los futuros. Pero no había, en sus palabras, demagogia. Sí paternalismo y genuina docencia.

Recuerda así, en *Filo, contrqfilo y punta,* que "fui antiimperialista al estilo de la época, y le comía los hígados al águila norteamericana, que andaba volando por el Caribe. Los maestros nos tenían buscando el plato volador en el cielo, mientras el león británico comía a dos carrillos sobre la tierra nuestra". Es en el ejercicio de esa militancia universitaria como un día, mientras escuchaba un encendido discur-

so de Alfredo Palacios, se topó con unos anarquistas que "interferían en todos los actos públicos con un orador que se subía a un árbol o a una reja de ventana, y allí se ataba de la pierna con una cadena y su candado, cuya llave tiraba para que la recogiese un compañero [...] No había forma de silenciar al anarquista y se me ocurrió prenderle fuego a un periódico y arrimárselo al orador, confiado en que el compañero que tenía la llave, ante el peligro del fuego, abriría el candado. No fue así. Recibí en ese momento la más formidable patada en el traste que puede recibir un mozalbete, propinada por el compañero de la llave quien, tomándome del brazo, me llevó aparte, me invitó a un café y me descubrió un mundo nuevo".

"Él me enseñó", continúa Jauretche en su nota "Otras palabras para fubistas", "esa complicidad colonial entre las dos alas de la *inteüigentsia,* y me dio los primeros indicios sobre la realidad argentina. Se reía de mi reformismo universitario y me explicaba esta aparente contradicción, de que fuera Yrigoyen quien les hubiera abierto las cátedras a los Maestros de la Juventud, y que los Maestros de la Juventud trabajaran a la par de la oligarquía contra Yrigoyen [...] Él fue quien me mostró que al margen de la sociedad ideal que ellos buscaban había una realidad contingente, en la que había que decidirse en cada oportunidad, y que la opción de todos los días no era entre la teoría abstracta y el hecho concreto, sino entre los hechos concretos [...1 Su experiencia social se había hecho en la lucha entre el sindicato y los directorios. ¡Y en los directorios no estaban precisamente los representantes del Águila sino los del León que nadie veía!".

Agrega a la relatada, Jauretche, una segunda experiencia, la que le brindan en un "interna", cuando era precandidato a diputado, sus correligionarios de la circunscripción 14: "Te vamos a votar a vos porque no la vas de intelectual, sos reo como nosotros", le dijeron en la ocasión. "Fue un golpe terrible, casi como la patada en el traste, pero fue una magnífica lección. Siendo como ellos, siendo uno de ellos, la presuntiva ciencia me podía ser perdonada, porque estaba al servicio del país sobre la base de la comprensión. El intelectual reo podía comprender. El intelectual puro, no."

Es entonces, recién, cuando, tras explicar su historia personal, Arturo Jauretche revela el meollo de su conducta como escritor y polemista. Allí, como con referencia a los peronistas se lo había explicado a Ernesto Sábato en memorable carta, estaba el amor: "Tal vez los fubistas comprendan ahora por qué con frecuencia les doy patadas en el traste, como aquella que me dieron a mí. Es algo como el «porque

te quiero te aporreo». Parece odio, y es amor. Hasta cuando ataco a un hombre concreto no es que lo malquiera; es que quiero a mis paisanos y por amor a ellos tengo que cumplir esta labor ingrata que me cierra todas las puertas y me junta enemigos, en un arte como el de la política que consiste en hacer amigos".

Se complementa lo dicho con aquella medulosa declaración de principios dicha como al pasar el 19 de enero de 1960 en *Santo y seña* y que ahora recupera en *Prosa de hacha y tiza.*

Explica allí, primero, su rigor: "Parece duro pero es mucho menos que lo que ellos dicen de nuestro pueblo, y, sobre todo, que lo que hacen. Sólo que ellos tienen la piel delicada y nosotros estamos curtidos". Viene, luego, la entraña de su posición política: "Y conste que lo dice uno que está marcado por los peronistas por su falta de ortodoxia, o porque, demasiado ortodoxo, sabe que primero está la Nación, después el movimiento y después los hombres".

Es en noviembre de 1966, en tanto, cuando aparecerá el que es, quizá, su libro más orgánico: *El medio pelo* en *la sociedad argentina.* Es este volumen, también, el de la consagración: "Ensayista, bruloteador, panfletista o sociólogo", dirá la revista *Confirmado* el 24 de ese mes, "Jauretche es un fenómeno casi único en la Argentina, uno de los pocos capaces de vincular los datos económicos, históricos y políticos con la realidad cotidiana de un país, con el rostro de sus habitantes". Curtido, como había dicho, Jauretche no se conmueve ni afloja. "Fíjese si esto no es asombroso", le dirá a Norberto Galasso, *"best-seller* a los sesenta y cinco años... Quiere decir que si me hubiera muerto el año pasado, muy pocos habrían sabido de mi labor".

El título de su libro, genuinamente provocativo, lo lleva páginas adentro a explicitar su alcance: "Decir que un individuo o un grupo es de medio pelo implica señalar una posición equívoca en la sociedad; la situación forzada de quien trata de aparentar un status superior al que en realidad posee". Delimita, sin embargo, para evitar equívocos, la composición del sector social al que se referirá luego de comprobar que incurre en tal desfase: "Cuando en la Argentina cambia la estructura de la sociedad tradicional por una configuración moderna que redistribuye las clases, el medio pelo está constituido por aquella que intente fugar de su situación real en el remedo de un sector que no es el suyo y que considera superior. Esta situación por razones obvias no se da en la alta clase porteña que es el objeto de la imitación; tampoco en los trabajadores ni en el grueso de la clase media. El equívoco se produce a un nivel intermedio entre la clase media y la

clase alta, en el ambiguo perfil de una burguesía en ascenso y sectores ya desclasados de la alta sociedad".

Algo después, tras reseñar brevemente la evolución social de la Argentina y sus respectivos perfiles económicos, al analizar los comportamientos que se dan a partir del acceso del peronismo remarca que "a la sombra de esa expansión del mercado interno y el correlativo desarrollo industrial surgió una nueva promoción de ricos, distinta a la de los propietarios de la tierra que venían de las clases medias, y aun del rango de los trabajadores manuales, y se complementaba con una inmigración reciente de individuos con aptitud técnica para el capitalismo. Pero esta burguesía recorrió el mismo camino que los propietarios de la tierra, pero con minúscula. Bajo la presión de una superestructura cultural que sólo da las satisfacciones complementarias del éxito social según los cánones de la vieja clase, buscó ávidamente la figuración, el prestigio y el buen tono. No lo fue a buscar, como los modelos propuestos lo habían hecho, a París o a Londres. Creyó encontrarlo en la *boite* de lujo, en los departamentos de Barrio Norte, en los clubes supuestamente aristocráticos, y malbarató su posición burguesa a cambio de una simulada situación social. No quiso ser guaranga, como corresponde a una burguesía en ascenso, y fue tilinga, como corresponde a la imitación de una aristocracia".

"Esta nueva burguesía", infiere Jauretche, "fue incapaz de comprender que su lucha con el sindicato era a su vez la garantía del mercado que su industria estaba abasteciendo y que todo el sistema económico que le molestaba, en cuanto significaba trabas a su libre disposición, era el que le permitía generar los bienes de que estaba disponiendo. Pero, ¿cómo iba a comprenderlo si no fue *capaz* de comprender que los chismes, las injurias y los dicterios que repetía contra los «nuevos» de la política o del gremio eran también dirigidos a su propia existencia?"

Lo que lo preocupa, sin embargo, no es tanto estos comportamientos como su posible extensión: "El tema del «medio pelo» es un filón inagotable para humoristas del lápiz y de la pluma", aunque "si este grupo social estuviera aislado no tendría importancia y hasta podríamos agradecerle la diversión que nos proporciona su espectáculo; pero lo grave es que ejerce magisterio y se extiende hasta ir absorbiendo la nueva burguesía y parte de la clase media con sus pautas de imitación, con su calcomanía de un supuesta aristocracia, y esto perjudica al país en el momento que reclama una urgente transformación".

Jauretche llegaba así, pues, al tema que era, en rigor, el central de

todos sus libros: el del destino de su patria y de su gente. Magistralmente, con pluma incisiva y corrosivo humor, paso a paso va poniendo en evidencia comportamientos y actitudes negativas no tanto por su superficialidad como por las consecuencias profundas y negativas que vienen indefectiblemente unidas. Recurre para sus comprobaciones tanto a la historia como a la literatura, tanto al esporádico recuadro con cifras como a los reiterados ejemplos que corporizan sus tesis.

Rescata, por otra parte, los comportamientos acertados de determinados grupos sociales que supieron entender su circunstancia histórica. Lo hace, siempre, en clave de país, ejemplificando con hechos lo que tan acertadamente describiera Leopoldo Marechal en la explicación doctrinaria antes mencionada. Dice, entonces, en referencia al comportamiento de los trabajadores, que "son el sector obrero de una sociedad en ascenso, pero sin las inhibiciones ideológicas de la antigua conducción sindical, comprenden que su ascenso está ligado al ascenso general de la sociedad [...) Porque se trata otra vez de un sociedad en ascenso, su signo no es la lucha de clases según lo exigen los partidos marxistas: sus conflictos empujan a las otras clases porque sus exigencias crean mercado y oportunidades [...] De tal manera, la cuestión social es para ellos la cuestión nacional y su prosperidad, la continuidad de su ascenso, se liga inseparablemente con la grandeza de la Nación".

La crítica a los comportamientos del medio pelo, lo dijimos, es implacable, alcanzando momentos memorables como cuando analiza a la escritora Beatriz Guido y su libro *El incendio y las vísperas.* No es menos dura, sin embargo, cuando debe referirse a los errores cometidos por la parcialidad política que él integra.

Así, al analizar a las clases medias, señala que "cierto es que el peronismo cometió indiscutibles torpezas en sus relaciones con ella. Por un lado lesionó, más allá de lo que era inevitable, conceptos éticos y estéticos incorporados a las modalidades adquiridas por las clases medias en su lenta decantación. Por otro, las agobió con una propaganda masiva que, si podía ser eficaz respecto de los trabajadores, era negativa respecto de ellas porque no supo destacar en qué medida eran beneficiarías del proceso que se estaba cumpliendo".

Continúa después, ahondando en la crítica al peronismo gubernamental, que "no supo tampoco comprender el individualismo de esas clases constituidas por sujetos celosos de su ego, proponiéndoles una estructura política burocrática, organizada verticalmente de arriba a abajo y en la que la personalidad de los militantes no contaba; así se

convirtió la doctrina nacional, cuya amplitud permitía la colaboración, o por lo menos el sentimiento desde el margen del hecho político, en una doctrina de partido que exigía la sumisión ortodoxa y la disciplina de la obediencia más allá del pensamiento, a la consigna y hasta el slogan".

Dando muestras una vez más de su independencia de criterio y de su valentía intelectual, este "heterodoxo de la ortodoxia" no minimiza responsabilidades ni responsables: "Es necesario hablar de errores de conducción. Otra cosa sería si el propósito deliberado hubiera sido establecer una estructura fundada en un gobierno clasista. Pero eso no estaba ni estuvo, aun después de la caída, en el ánimo de la conducción que tenía clara conciencia de las necesidades policlasistas del movimiento nacional que expresaba, y ni siquiera estaba en los mismos sectores del trabajo que lo acompañaron. El movimiento era, y no pretendió nunca ser otra cosa, un frente nacional para la formación de una Argentina moderna retomando el camino de la Patria Grande y abierto a la coincidencia de todos los grupos sociales no ligados a la situación de dependencia de la Patria Chica y sus intereses".

El libro, editado en noviembre y que antes de finalizar el año iba por su tercera edición, alcanzando la décima al entrar a los 70, era preferentemente leído por los sectores medios. A ellos, especialmente a los estudiantes, a los futuros dirigentes y profesionales, es a quien Jauretche había ido a buscar. Y los había encontrado. Lo que luego se llamaría "nacionalización de las clases medias" tuvo que ver, y mucho, con la aparición de El *medio pelo en la sociedad argentina. El manual de zonceras argentinas,* publicado en 1968, completaría este proceso.

El nuevo libro, reeditado con asiduidad desde su aparición, comienza sin embargo con cierto escepticismo. Así se desprende, al menos, del poema que abre sus páginas: "Les he dicho todo esto / pero pienso que pa'nada, / porque a la gente azonzada / no la curan los consejos: / cuando muere el zonzo viejo / queda la zonza preñada".

Los versos pertenecientes a *El paso de los libres,* aquél que escribió durante su prisión de 1933 luego de participar en una revolución radical, son de todas formas contradichos en la introducción: "Descubrir las zonceras que llevamos dentro es un acto de liberación: es como sacar un entripado valiéndose de un antiácido, pues hay cierta analogía entre la indigestión alimenticia y la intelectual. Es algo así como confesarse o someterse al psicoanálisis —que son modos de vomitar entripados—, y siendo uno el propio confesor o psicoanalista. Para hacerlo sólo se requiere no ser zonzo por naturaleza, con la

connotación que hace Amado Alonso —«escasez de inteligencia, cierta dejadez y debilidad»—; simplemente estar solamente azonzado, que así viene a ser cosa transitoria, como lo señala el verbo".

Jauretche, decidido, entra en el tema de a poco pero con profundidad, descifrando ante todo la supuesta incompatibilidad entre la "viveza criolla" y las "zonceras" al uso al señalar que "paralelamente somos inteligentes para las cosas de corto alcance, pequeñas, individuales y no cuando se trata de las cosas de todos, las comunes, las que hacen a la colectividad y de las cuales en definitiva resulta que sea útil o no aquella viveza de ojo".

Explica luego, ya en tema, que "las zonceras de que voy a tratar consisten en principios introducidos en nuestra formación intelectual desde la más tierna infancia —y en dosis para adultos— con la apariencia de axiomas, para impedirnos pensar las cosas del país por la simple aplicación del buen sentido. Hay zonceras políticas, históricas, geográficas, económicas, culturales, la mar en coche. Algunas son recientes, pero las más tienen raíz lejana y generalmente un procer que las respalda. A medida que usted vaya leyendo algunas, se irá sorprendiendo, como yo oportunamente, de haberlas oído, y hasta repetido innumerables veces, sin reflexionar sobre ellas y, lo que es peor, pensando desde ellas".

Recurre, en busca de antecedentes para su "categoría" de análisis, a Jeremías Bentham, un filósofo que en su *Tratado de los sofismas políticos* "establece la diferencia entre error, simple opinión falsa, y sofisma, con que designa la introducción en el razonamiento de una premisa extraña a la cuestión, que lo falsea". Concluye, luego, que "las zonceras de que estoy hablando cumplen las mismas funciones de su sofisma, pero más que un medio falaz para argumentar son la conclusión del sofisma, hecha sentencia. Su fuerza", prosigue, "no está en el arte de la argumentación. Simplemente excluyen la argumentación actuando dogmáticamente mediante un axioma introducido en la inteligencia —que sirve de premisa— y su eficacia no depende, por lo tanto, de la habilidad en la discusión como de que no haya discusión. Porque en cuanto el zonzo analiza la zoncera —como se ha dicho— deja de ser zonzo".

Las zonceras eran, en verdad, al menos a esa altura de la historia, sencillamente lugares comunes del pensamiento cotidiano. No habían alcanzado tal jerarquía, de todas formas, respondiendo a las indescifrables leyes el azar. Todo un sistema de pensamiento —respaldado por personas con supuesta autoridad, aunque ésta les viniera de

materias ajenas a la aludida y sobre la cual pontificaban— convergía en la sintética afirmación que no era, como lo señalaba Jauretche, inocente. Leopoldo Marechal, por su parte, en sus dos "Apólogos chinos", incluidos en *Cuaderno de navegación,* había reflexionado también, con su lenguaje sencillo y exquisito, sobre tal peligrosidad. La conclusión, puesta en boca del emperador Yao, es contundente: "¡Maestro, gracias! Me has enseñado que, por culpa de un lugar común, podrían demolerse las bases de mi reino".

Jauretche, en su libro, analiza cuarenta y cuatro, comenzando, es lógico, por "la madre que las parió a todas", "Civilización y barbarie", a la que siguen "El mal que aqueja a la Argentina es la extensión" y otras que tienen que ver con el territorio o con las políticas institucionales, demográficas, educacionales y económicas. Recurriendo siempre a las enseñanzas de la historia y a las de la realidad, Jauretche desmenuza y desarma con rigurosidad y humor cada una de estas zonceras. Sabiendo que su tarea es naturalmente incompleta, invita a que "vayamos identificando las zonceras que sirven de premisas a todos los razonamientos que el aparato de la superestructura cultural maneja". Siempre actualizado, repara ahora, atento, en un detalle esencial. Esta influencia se da hoy, más "que con la escuela, con los progresos técnicos de los medios de comunicación".

Arturo Jauretche, amigo cuando joven de Jorge Luis Borges, infatigable batallador forjista después; inclaudicable compañero de Raúl Scalabrini Ortiz luego del golpe de 1955, seguía al finalizar los 60 con plena firmeza en su tarea. Mucha era ya, a esa altura, la maleza que había ayudado a desbrozar. Los temas más variopintos habían pasado por su gabinete —a veces un escritorio, en otra ocasión la mesa de un bar o un local político— para ser sometidos a su análisis a partir del "estaño como método del conocimiento". Tener estaño", aclaraba, "es una expresión sucedánea de otra tal vez más gráfica pero menos presentable, y se refiere al estaño de los mostradores". Metaforizaba, claro, como lo había hecho Enrique Santos Discépolo con su "Cafetín de Buenos Aires". Es allí, en la cruda cotidianeidad, en donde estaban los elementos que permitían corregir el desfase del puro pensamiento. "La rectificación por la experiencia del dato aparentemente científico", había escrito en su *Manual de zonceras argentinas,* "exige haberse graduado en la universidad de la vida; por lo menos tener algunas carreras corridas en esa cancha, sin perjuicio de la bastante Salamanca para ayudar a Natura. Porque si el ratón de biblioteca, de hábitos sedentarios y anteojos gruesos, no es el más indicado para corregir el

dato con las observaciones, tampoco basta con mirar para ver".

Era, ése, su aporte fundamental. El que explicaba todas sus explicaciones. Había encontrado, y lo enseñaba, el método apropiado para entender al mundo desde la Argentina. Había cumplido, a la vez, con Raúl Scalabrini Ortiz, aquél que había escrito en *Tierra sin nada, tierra de projetas:* "Comprendí que nosotros éramos más fértiles y posibles, porque estábamos más cerca de lo elemental [...] Cada creencia implica una concepción propia e integral del mundo, y la mía, naciente, presuponía un imperativo de primordialidad, una virginidad mantenida a toda costa. Era preciso mirar como si todo lo anterior a lo nuestro hubiera sido extirpado. La única probabilidad de inferir lo venidero yacía, bajo espesas capas de tradición, en el fondo de la más desesperante ingenuidad".

Referencias bibliográficas

Cascella, Armando, *Latraición dela oligarquía,* Buenos Aires, Sudestada, 1969.

Galasso, Norberto, *Dos Argentinas,* Buenos Aires, Homo Sapiens, 1996.

Jauretche, Arturo, Mío, *contrafilo y punta,* Buenos Aires, Pampa y Cielo, 1964.

—, *Mano a mano entre nosotros,* Buenos Aires, Juárez, 1969.

—, *El medio pelo en la sociedad argentina,* Buenos Aires, Peña Lillo, 1971.

—, *Manual de zonceras argentinas,* Buenos Aires, Peña Lillo, 1972.

—, *Prosa de hacha* y *tiza,* Buenos Aires, Peña Lillo, 1974.

Marechal. Leopoldo, *Cuaderno de navegación,* a Buenos Aires, Sudamericana, 1974.

Scalabrini Ortiz, Raúl, *Tierra sin nada, tierra de profetas,* Buenos Aires, Reconquista, 1946.

LA VIDA INTELECTUAL

En el ensayo un hombre traza siempre la biografía de sus más íntimas oscilaciones.

SANTIAGO KOVADLOFF

Los intelectuales del peronismo, e incluso aquellos que sin sentirse plenamente identificados con este movimiento lo rescataban al menos parcialmente, no fueron los únicos atraídos por éste como tema. Acierta pues Luis Alberto Romero cuando dice que "un campo temático que el revisionismo no pudo cubrir totalmente fue, paradójicamente, el del peronismo, un lugar donde podían convivir, polémica pero armónicamente, quienes habitaban en mundos intelectuales cada vez más diferenciados e inconexos. La discusión, que se prolongó en los primeros años de la década siguiente, fue naturalmente intensa: la antigua controversia sobre el fascismo se trasladó al bonapartismo o, inclusive, al socialismo de Perón. El tema de la alianza de clases llevó a la discusión sobre la burguesía industrial y su presunto carácter antiimperialista. La participación del sindicalismo en el peronismo planteó la cuestión de la incorporación de los trabajadores a la vida política, y el debate fue particularmente rico".

Entre las "caras extrañas" que ingresaban a la controversia interpretativa estaba Juan José Sebreli, que irrumpía con su *Eva Perón, ¿aventurera o militante?,* pero laureado ya con el prestigio de haber escrito *Buenos Aires, vida cotidiana* y *alienación,* un libro aparecido en 1964 que se transformó inmediatamente en un éxito de ventas y, algo después, también en un clásico sobre la ciudad y sus habitantes.

La llegada de Sebreli, es natural, no era absolutamente casual y él mismo se ha encargado de contar esta trayectoria: "Mi cultura literaria, más que política", dice al ser entrevistado por Orfilia Polemann en *Las señales de la memoria,* "me llevó a confundir la crítica a una clase social y a un sistema económico injusto con la repugnancia moral y estética por el filisteísmo burgués que representaba cierto antiperonismo de entonces. Como suele ocurrirle a los jóvenes intelectuales pequeñoburgueses, yo buscaba en la política un juego divertido y excitante; la democracia política que propugnaba la oposición al peronismo era gris y tediosa; en cambio el peronismo no daba tiempo para aburrimientos ya que, como todo movimiento totalitario, necesita vivir en la movilización permanente, en el dinamismo más desenfrenado [...] La sed de revolución es insaciable en un joven intelectual de izquierda, y cuando no encuentra a mano un revolución auténtica cualquier remedo grotesco de la misma basta para calmar su ansiedad. Las multitudes en la calle y la fraternidad de llamarse «compañero» con un desconocido eran embriagantes". La agresiva distancia que trata de imponer este Sebreli del 87 con el joven que era antaño no empaña sin embargo la agudeza de su visión sobre el clima reinante y la consecuente fascinación que lo impulsa a recorrer curiosos itinerarios.

Al ser inquirido por Polemann sobre cómo compatibilizaba el peronismo con la izquierda en aquellos años, nos brinda los datos sobre su recorrido: "Es difícil explicar cómo lograba esa conciliación en aquel tiempo, ya que algo así como un «peronismo de izquierda» tal como se dio en la década del 60 y del 70 era inimaginable en los 50. No obstante, había algunos pequeños grupúsculos, o mejor algunos individuos, que esbozaban esta corriente, y a ellos me dirigí. Se había producido una escisión en el viejo Partido Socialista, fomentada por el ministro del Interior, Ángel Borlenghi, de la que surgió el Partido Socialista de la Revolución Nacional, en el que anduve merodeando hasta que fue disuelto por el gobierno de Aramburu. Buceador de rarezas, de credos esotéricos, no podía dejar de sentir cierta atracción por lo más bizarro que existía en la política argentina de aquellos años, el trotskismo, y me dediqué con la misma actitud que lo había hecho con las sectas teosóficas o espiritistas a recorrer el espinel de esa fauna exótica. Con [Osear] Masotta fuimos a ver a Silvio Frondizi en su estudio, a Jorge Abelardo Ramos en un comité de la calle Austria, quien nos recibió y desplegó todas sus dotes histriónicas ante esos jóvenes incautos. A los trotskistas se sumaron también algunos

heterodoxos del Partido Comunista, ex estalinistas también captados por Borlenghi. Durante algún tiempo visitábamos con Masotta los domingos por la mañana a Rodolfo Puiggrós en su casa de Palermo".

No serían los nombrados, sin embargo, quienes lo convencieran. En *Los deseos imaginarios del peronismo* revela, por fin, la clave de la cuestión: "Evita fue, tal vez, el ingrediente decisivo de mi mito personal del peronismo. Ahí se encontraban otros mitos de la infancia, el melodrama, las letras de tango, las páginas sepias de *Radiolandia,* el radioteatro de las tardes, el cine de los años 30 y 40, con sus heroínas que ascendían estrepitosamente desde la oscuridad hasta la fiesta deslumbrante del poder y la fortuna. No debe olvidarse que nací al mismo tiempo que la radio y el cine sonoro, y es difícil imaginar el encanto mágico que ese mundo de fantasmas tenía para la gente de aquellos años, más aún para un niño. Esas tempranas experiencias me permitieron ser el primero en ver el aspecto *camp* de Evita".

El curioso itinerario transitado desemboca en *Eva Perón, ¿aventurera o militante?* El revuelo que causa su publicación no es menor. La contratapa de una edición posterior aún lo recuerda: "Cuando este libro de Sebreli se publicó por primera vez en 1966, el tema Eva Perón era un verdadero tabú intelectual. No es de extrañar que mientras se lo leía ávidamente, nadie se animaba a defenderlo ni a hablar de él, o se lo encaraba en una forma tan agresiva que mostraba el rechazo emocional hacia todo tipo de esclarecimiento racional sobre la figura de Eva Perón".

El Sebreli posterior, en tanto, hace a su manera su rescate: "Hay una parte del libro que sigo rescatando parcialmente, la que se refiere a la personalidad de Eva. Para interpretarla, igual que lo hice con Gardel, me basaba en la teoría sartreana del bastardo. Casualmente, ambos eran no solamente bastardos psicológicos o morales, sino además hijos naturales *stricto sensu.* La condición marginal de Eva Duarte, fijada por el traumático recuerdo infantil de la discriminación por parte de la familia legal en el velorio del padre, la llevó al rechazo de la vida convencional, al deseo de ser otra que ella misma, transformándose sucesiva o alternativamente en tres personajes distintos: la actriz Eva Duarte, la señora María Eva Duarte de Perón y la compañera Evita".

Tal interpretación no era absolutamente original. Se emparentaba, incluso, con alguna de las partes más flojas de *El otro rostro del peronismo* de Ernesto Sábato, precisamente aquella en la que el futuro autor de *Sobre héroes y tumbas* pretendía explicar por la misma causa

la actuación de Juan Domingo Perón. La tesis parecía, en verdad, más propia de conservadoras "señoras gordas" como las de aquella Sociedad de Beneficencia que habían vivido un altercado con Evita, que de revolucionarios intelectuales de izquierda como el joven Sebreli. La distancia entre ambos prototipos, sin embargo, no era siempre extrema. Ya se lo había explicado al joven Jauretche, años atrás, el dirigente anarquista de la trascendente patada en el traste.

No impide el método elegido para el análisis, sin embargo, más de un acierto del escritor. "Aquella mediocre actriz", dice Sebreli, "a quien había que disimular las fallas de dicción con telones musicales, se convierte de pronto en una fogosa oradora que apasiona a las multitudes y condena definitivamente al Panteón a la florida retórica de nuestros políticos finiseculares. Como ocurre con todos los grandes oradores, lo mejor de sus discursos ha quedado encerrado para siempre en su voz, desapareciendo junto a ella. La lectura de sus discursos no refleja sus audaces desafíos, sus arrancadas y aceleraciones progresivas del ritmo, sus súbitos arrebatos de ira, los momentos dramáticos en que su voz se sobrepasa y empieza a gritar, sus sollozos entrecortados, sus vacilaciones, sus momentos de cansancio y amargura. Aun la teatralidad de sus gestos no chocaba, porque era lo que más convenía a la intensidad de su dramatismo. En sus discursos más logrados, cuando improvisaba frente a las mujeres o a los obreros, en realidad dialogaba con el público, adivinaba lo que éste quería expresar a través de su voz, y lo decía como en un trance mediúmnico".

Es un hallazgo, por otra parte, la lúcida lectura que aquel Sebreli realiza del periplo a Europa relizado por Eva Perón en el que ve "el viaje político difundiendo la «tercera posición», cuando ésta significaba una verdadera audacia. No debemos olvidar que en 1947 el mundo era completamente distinto de lo que sería unos años más tarde: se acababa de salir de la guerra, el imperialismo yanqui dominaba por todas partes sin resistencia, era el año del Plan Marshall, aún vivía Stalin, las «democracias populares» de Europa central no habían terminado de instaurarse y faltaba un año para que Tito rompiera con la URSS, aún no había triunfado la revolución china, la India acababa de independizarse, no había subido Nasser, casi toda Asia y África seguían en estado de colonia, Fidel Castro era un joven desconocido, y [Charles] De Gaulle no pensaba aún encabezar en Europa una política de oposición a Norteamérica: el «tercer mundo» aún no había hecho su entrada en la historia. No debe extrañarnos pues que, en esas circunstancias, la tercera posición de Perón llegara hasta merecer el elogio de

(Jean-Paul] Sartre, y que durante muchos años las figuras de Perón y de Evita encarnaran la lucha antiimperialista para los pueblos de América latina".

Más allá de los aciertos o de las deficiencias interpretativas, importa resaltar la actitud con la que el libro es leído en diferentes sectores. Así, el rescate que hace Sebreli de los comportamientos transgresores de Eva Perón es compartido por aquellos jóvenes de la clase media que están buscando también su camino de transgresión. No debe obviarse tampoco, sin embargo, una cuestión que aparece fundamental: son muchos los argentinos que leen el libro en clave peronista. Han pasado, en efecto, los años más duros de la resistencia en la que prohibiciones tajantes castigaban incluso el mencionar a Perón o a Eva. Pero han pasado, también y conjuntamente, los años en que aun desde el pensamiento los intelectuales peronistas obraron a la defensiva, rescatando pasados logros o tratando de demostrar que el peronismo no era culpable de los pecados que se le atribuían. Mediando los 60, en cambio, y a pesar de la dictadura militar que a partir del 28 de junio de 1966 está en el gobierno, el peronismo empieza a transitar un cSsilno que piensa más en el futuro. Es más: el peronismo, aunque lentamente, comienza a verse futuro. La comparación con los sucesivos gobiernos que lo sucedieron a partir de 1955 empieza a serle favorable. Es, entonces, cuando un sector de la sociedad torna a actuar —y por supuesto a leer— en lo que llamamos clave peronista, es decir, tomando de la realidad y de los textos los datos que le sirvan para construir ese futuro en el que ya comienza a verse, aunque será recién en los años finales de la década cuando esta sensación se vivirá con mayor plenitud y masividad.

Desde esta perspectiva, aunque aún tenue, fue leído por muchos *Eva Perón, ¿aventurera o militante?* Desde esta perspectiva se leerá también en no pocos lugares, más allá de las intenciones de su autor, un próximo *best-seller* que aparecerá en 1969: *El 45,* de Félix Luna.

Este autor, algo antes, ya había sabido del éxito. "A mediados de 1966", escribirá a propósito de una edición de *Los caudillos,* "apareció la primera edición de este libro, reiterada a principios de 1968 y a mediados de 1969. Estas sucesivas duplicaciones de ejemplares me eximen de aludir al éxito de público que conoció la obra". Años después, en *Encuentros,* aclarará que "mi propósito no fue la reivindicación de estos personajes pues, aunque representativos de un rostro determinado del país, éste en el que vivimos no es el que ellos pensaron o intuyeron sino el que construyeron, y con indudable acierto, sus enemigos".

El libro se ocupa de José Artigas, Francisco Ramírez, Juan Facundo Quiroga, Ángel Vicente Peñaloza y Felipe Várela a partir de "una somera semblanza biográfica" completada con una selección de documentos que "contribuyan a dar una idea cabal de su personalidad, precedidos por una breve explicación sobre las circunstancias de su origen" y otros que "den idea de sus últimas peripecias". "A todo este material", explicará Luna, "había que darle cierta coherencia: intenté hacerlo en el prólogo, titulado provocativamente «Los bárbaros y nosotros» [...] Lo que yo postulaba era que la corriente histórica de la barbarie —usando la palabra sarmientina— tenía que confluir en la otra línea, la del progreso y la cultura, si queríamos que los argentinos dejáramos atrás enfrentamientos inútiles y encaráramos la tarea de ser Nación".

Este libro —mejor dicho, su éxito— y la buena acogida de *Todo es Historia,* revista cuyo primer número había aparecido en mayo de 1967, iban tornando evidente una nueva realidad: "Aunque yo tardé un poco en advertirlo, en ese momento el pasado empezaba a ser materia de interés de los lectores argentinos".

También atrapaba la atención de los lectores —y Luna, sagaz, no demoró en darse cuenta— el pasado inmediato: "En los primeros meses de 1968, cuando *Todo es Historia* tenía ya un año de vida, sentí súbitamente la necesidad de escribir un nuevo libro. He tratado de recordar cómo se fue instalando en mi espíritu esta urgencia, y creo que ella llegó después de haber leído lo que se dijo sobre los comienzos del peronismo en una mesa redonda. En ese momento, algunos círculos intelectuales y universitarios trataban de reflexionar sobre el fenómeno peronista, que ya no podía explicarse con las simplistas ideas que eran el lejano legado de la Revolución Libertadora. No me acuerdo lo que se dijo ni tampoco quiénes participaron en la discusión, que fue publicada, si no me equivoco, por Jorge Álvarez, pero tengo muy claro, en cambio, que las exageraciones e inexactitudes que allí se dijeron provocaron en mí una reacción. Fue como si de pronto quedara preñado de ese libro, cuyo contenido me apareció nítidamente en la imaginación. Una tarde de mayo o junio de aquel año puse un papel en el rodillo de mi máquina de escribir, en mi casa de la calle Arroyo, adonde nos habíamos mudado el año anterior, escribí mi nombre y abajo, *El 45".*

"Por fin", señala Luna tras reseñar las peripecias de su búsqueda de información, "en mayo o junio de 1969 apareció *El 45.* Tuvo un éxito inmediato y sostenido. Frondizi me dijo, meses más tarde, que ningún argentino culto había dejado de leerlo. El Instituto Argentino

de la Opinión Pública la premió como el libro más vendido del año y la critica fue, en general, muy favorable".

No era extraña, vista objetivamente, la repercusión alcanzada por la obra. Impecablemente escrita en lenguaje periodístico, se alejaba, claro, de la pesadez con la que los historiadores no pocas veces solían espantar a sus posibles públicos aun con libros de valor. Los pequeños textos en bastardilla que acompañaron los finales de cada capítulo, en los cuales el autor contaba sus propias vivencias de la época, fueron un atractivo especial. No escribía, solamente, un sesudo investigador. Estaba también, en esas carillas, el cronista que había estado "en vivo y en directo" en el lugar de los hechos. Y lo contaba, además, de manera cómplice. No ocultando su opinión, tomándose a veces un poco el pelo. En síntesis: generando la confianza que los lectores necesitaban.

La información que brindaba, aunque superada en detalles que irían surgiendo con el tiempo, era importante como documentación historiográfica pero también como material urgente de consulta. Los nuevos lectores, aquellos que en el momento de los hechos eran "los únicos privilegiados", necesitaban saber lo que había pasado. Venían, algunos, de familias antiperonistas. Otros, sin embargo, si bien eran de hogares de partidarios del justicialismo no contaban con suficientes datos sobre aquel proceso. Y los necesitaban quizá más que nadie: estaban ahora, a pesar de provenir de familias económicamente humildes, gracias a ese peronismo, en la facultad o en los colegios secundarios. Y no les alcanzaba, ya, con los relatos familiares ni con el entusiasmo sentimental. Necesitaban datos concretos y contundentes para discutir en las clases de Educación Democrática en donde sumisos profesores bombardeaban con una propaganda simplista e ineficaz pero, sobre todo, agresiva: el desprecio por quienes no pensaban como ellos es lo que surgía, nítido, de la mediocridad de tales textos. Se leía *El 45,* entonces, en clave peronista. Pero se leía, también, en clave joven. Félix Luna, como Arturo Jauretche, no se escondía tras su título de abogado o su inquietante erudición. Contaba en cambio, a los titubeantes, sus propios titubeos: "Instintivamente sabíamos que en la lucha contra la dictadura caminábamos en malas compañías. Y entonces nos íbamos al «Pepe Arias» o al «Mare Nostrum» a hablar mal de los figurones y a lamentar que Pueyrredón se estuviera muriendo. A veces nos dejábamos arrastrar por las manifestaciones. Tomábamos una manifestación que nos dejaba en Florida y Corrientes y después nos embarcábamos en otra para descender en la facultad... Volvíamos

roncos y felices de habernos desahogado. Pero (muy en el fondo) algo nos decía que las chicas que habían ido del brazo con nosotros por un cuarto de hora, desatadas y audaces, los caballeros de rostros enrojecidos por el placer de putear a Perón, los niños bien que habíamos descubierto entre la multitud, no eran precisamente el pueblo que buscábamos. Faltaban curdas; sobraban voces que sabían cantar «La Marsellesa» demasiado correctamente".

En esas carillas que completaban los capítulos, en una época sin transmisiones vía satélite —recién vendrían meses después con la emisión de la llegada del hombre a la luna— estaba también, con inmediatez, el Perón de carne y hueso de la actualidad: "Enero de 1969. El invierno madrileño se estira en largas cintas de niebla. Es día de Reyes y la ciudad, en la mañana temprano, todavía duerme. Estoy con Perón, en su casa de Puerta de Hierro. Mesa por medio, ese rostro que fue una pesadilla para tantos como yo: el rostro que abominamos con tanto fervor y sobre el cual disparamos imaginariamente tantos tiros, tantas bombas, tantos escupitajos; el rostro que sonreía desde su retrato oficial, en aquella pieza de la comisaría donde me picanearon [...] Lo observo mientras sigue relatando sus andanzas de aquella época frente al voraz micrófono de mi grabador. Su rostro está más ajado y hace una rara impresión al contrastarse con su pelo renegrido. Sigue siendo el tipo bien plantado, robusto, fortachón, que ha sido toda su vida. Le brota una auténtica cordialidad: es de esos hombres que ya están ofreciendo fuego cuando uno ha sacado a medias el cigarrillo o se preocupan que el sillón en que uno se sienta no esté expuesto a ninguna corriente de aire. Es fácil hablar con Perón, establecer una inmediata relación humana con él. Pero es muy difícil —advierto— penetrar en su estructura mental, en su cerrado e invariable mundo".

Es el final del libro, sin embargo, lo que conmueve. Allí está, regalado, el secreto buscado, el que explica el núcleo central de lo abordado en centenares de páginas: "Creo que lo estoy envidiando. Porque muchos hombres y mujeres de la Argentina sintieron que sus vidas eran más ricas y plenas cuando lo tenían al lado... Madrid está allá lejos, resplandeciente bajo el sol de su invierno. Pienso que daría diez años de la vida de Félix Luna a cambio de un día, un solo día de Juan Perón. A cambio, por ejemplo, de aquella jornada de octubre, cuando se asomó a la Plaza de Mayo y recibió, en un bramido inolvidable, lo más limpio y hermoso que puede ambicionar un hombre con vocación política: el amor de su pueblo".

Es de 1969 también un libro que, desde otra óptica, aportará

también lo suyo al conocimiento del pasado cercano. *El peronismo: sus causas* es el título de la obra de Rodolfo Puiggrós, escritor con una historia también peculiar que se remonta a su militancia en el Partido Comunista en los años anteriores a 1945, años en que publicó también textos decididamente enfrentados a la visión revisionista de la historia, entre ellos uno que adelanta su posición desde el título: *Rosas, el pequeño.* Su destino variaría, sin embargo, luego de la reunión que a fines de ese año realizara el Partido Comunista que había permanecido hasta entonces en la ilegalidad. La reunión —según se señala en *La izquierda nacional en la Argentina*— transcurrió en un ambiente de absoluta confianza en la victoria de la Unión Democrática en los comicios del 24 de febrero de 1946. "Los delegados aseguraron que el partido dominaba en los sindicatos y que, en consecuencia, la UD batiría al candidato profascista, el coronel Perón. Una sola voz en contra de esta tesis se hizo oír en esa asamblea. Fue la de Rodolfo Puiggrós, quien sometió a la «línea» de [Victoriol Codovilla a una dura crítica. Un año más tarde era expulsado de la agrupación junto con una decena de militantes. Los excluidos fundaron el Movimiento Obrero Comunista que se lanzó en apoyo de Perón. Tal fue desde ese momento la posición de Puiggrós."

Estos cambios, por supuesto, se reflejaron en sus libros aunque sin excesivo rigor historiográfico. Así se desprende, al menos, de lo expresado por Luis Alberto Romero, quien señala que "quien en los años cuarenta escribió *Rosas, el pequeño* o *De la colonia a la revolución,* reescribe en los años sesenta su *Historia crítica de los partidos políticos* en clave nacional, fundando la existencia de una línea popular que unía a Rosas con Yrigoyen y Perón. No necesitó para ello realizar nuevas investigaciones o reunir evidencia distinta; bastaba con reformar el sentido de la ya disponible".

El libro de 1969, de todas formas, era un aporte al conocimiento de esos momentos previos al acceso de Perón al gobierno. Así, en carta del 10 de abril de 1971 incluida en posteriores ediciones, lo señala el propio Perón: "Yo era uno de tantos a quien las circunstancias me convirtieron, producida lo que se llamó la «revolución del 4 de junio», en ideólogo de esa revolución y finalmente en el encargado de la preparación humana y técnica de la revolución proyectada. Lo demás está explicado por Puiggrós en su libro: se hizo la preparación humana desde la Secretaría de Trabajo y Previsión que fue creada a tal fin y la preparación técnica desde el Consejo Nacional de Posguerra, creado al propio efecto en circunstancias semejantes".

Otra misiva del general Perón, pero ésta dirigida a Juan José Hernández Arregui, daría cuenta de otro libro también publicado en 1969: "De acuerdo con una costumbre, que he estimulado de viejo, considero que hay dos clases de libros: los que sólo se deben leer y los que nos sirven para estudiar. El suyo, *Nacionalismo y liberación,* es de los segundos y, como tal, me he tomado el tiempo necesario para utilizarlo en mi provecho antes de agradecérselo como corresponde al libro y al amigo. Mi juicio es que ningún argentino debía dejar de leerlo y que toda la juventud de nuestro país debía tenerlo en la cabecera y estudiarlo profundamente [...] Tanto *La formación de la conciencia nacional* como *Nacionalismo y liberación* son dos fuentes de inspiración doctrinaria para la juventud de América latina, tan necesitada en las circunstancias actuales de una palabra rectora como la suya".

Hernández Arregui había recurrido, en esta oportunidad, a la recopilación de algunas de las disertaciones que continuaba dando ante variados auditorios: "En este libro el lector advertirá, quizá, ciertas diferencias de estilo entre los diversos capítulos y algunas repeticiones. Las causas se deben a que en esos capítulos figuran, sin variantes, conferencias pronunciadas en diversas provincias argentinas que sirvieron, más tarde, a la estructura general del trabajo [...] Este libro estaba acabado en 1965. Razones de salud me llevaron a abandonarlo en un cajón, hasta que un día comprendí que el trabajo es la mejor terapia y que, cuando la misión del escritor nacional es más grande que la fugacidad de la existencia individual, la vida sólo tiene sentido como lucha al servicio del país".

Desde una perspectiva diferente está escrito, claro, *Desafío a la Revolución Argentina,* un libro culminado en 1969 pero que fuera editado por Nueva Era recién en noviembre del año siguiente. Su autor, el coronel Federico A. Gentiluomo, es quien recuerda "el nacionalismo que abrazamos en la juventud". Una pequeña reseña biográfica, editada paralelamente a su libro y en recuerdo a su persona —pues había fallecido el 5 de junio de 1970—, agrega interesantes datos sobre su trayectoria: "El 21 de septiembre de 1955, al ser derrocado el gobierno peronista, decide dar por terminada su carrera militar [...] Al efecto envía tres telegramas: el primero, al comandante en jefe del Ejército, para solicitar su retiro; en el segundo explica las causas del pedido («no estar de acuerdo con los postulados de la revolución»); el tercero va dirigido al presidente del Partido Peronista y en él solicita su afiliación. ¡En el momento en que tantos desertaban, él abordaba el barco para luchar y tratar de salvar lo salvable!".

Una intensa militancia, jalonada con sucesivas detenciones en diferentes cárceles o en penales militares, tiene lugar a partir de ese momento hasta que "en 1965 sufre el golpe más tremendo de su vida al perder a su amada compañera de treinta años, brutalmente asesinada por elementos pertenecientes al régimen que soporta el país. Si las cárceles, las vejaciones de todo color, los destierros y las traiciones no habían conseguido quebrarlo, esta desaparición lo quiebra moral y espiritualmente al perder su punto de apoyo y su fuente de energía. Desde ese momento se dedica exclusivamente a descubrir a los autores e instigadores de crimen tan horrendo e injustificado. Por desgracia, los intereses políticos en juego hacen que la justicia no pueda ser completa, ya que dan por cerrado el caso en uno de los autores materiales, y sus esfuerzos por presentar pruebas son sistemáticamente rechazados".

Ese episodio es el que provoca una valiente actitud de Arturo Jauretche quien, al ser entrevistado en el Canal 7 por Augusto Bonardo, lanza una certera y dura ironía.

En tal ocasión, recurriendo a una expresión entonces en boga para referirse a las integrantes de las clases altas, el autor de *El medio pelo* señala que "lo que usted dice de señoras gordas [...] en cierta medida lo divulgué yo. Yo no me he referido a la gordura física sino a la grasa metida dentro de la cabeza". Bonardo, rápido, le agrega entonces que "hay señores gordos", a lo que Jauretche, con humor, le aclara que "son *señoros,* porque las que mandan son ellas". Por fin, y cuando su reportaje está por terminar, Jauretche no desperdicia la oportunidad y se refiere al reciente asesinato y a los ejecutores: "Bueno, Bonardo, me parece que usted tiene que hacer, así que lo voy a dejar. Y además, yo quiero irme para mi casa, sabe, porque yo soy casado (...) Y no vaya a ser que algún servicio de informaciones de señoras gordas me deje viudo".

El libro, si bien en parte se refiere a la coyuntura presentándose como un "desafío" al gobierno instalado a partir de junio de 1966, es en rigor una exposición doctrinaria desde una perspectiva que se plantea como tercera posición: "El interrogante que surge puede expresarse así: fuera de la opción entre el liberalismo capitalista y el marxismo, ¿toda otra postura ideológica es indeclinable? ¿No existe otra opción?... Los argentinos sabemos que no es así. Que hay una respuesta concreta e interrogante. Respuesta que fuimos elaborando desde el año 1943 y que ahora estamos en condiciones de exponer al mundo con total y absoluta seguridad y vigencia".

Concluye así, en dicha intención, que "el hombre no tiene un destino solitario y, si bien debe realizar su propia vida individual —que le es intransferible—, la realización de ése su destino personal se forja en la comunidad. En esta forma se da un lugar en el paisaje político a la idea de comunidad, en el sentido estricto con que Santo Tomás de Aquino lo expresaba al definir al Estado como «la comunidad perfecta y organizada» (...) Lo social forma el ambiente en que, inevitablemente, el hombre hace su vida. Y, dado que fuera de tal ambiente social el individuo queda imposibilitado para poder desarrollar su personalidad trascendente, al pensar políticamente, debe darse vigoroso acento a la idea de comunidad, como medio en el cual el hombre realizará su destino individual".

"Bajo el signo de la justicia social", completa su visión Gentiluomo, "será posible orientar las fuerzas sociales, especialmente las económicas, para que se produzca una efectiva y justa distribución de la riqueza, que todos contribuyen a crear. Y se logrará que todos, absolutamente todos los hombres de la comunidad, tengan el apoyo económico indispensable para que puedan realizar plenamente su vida y la de su familia".

La acumulación de obras, encaradas desde las más variadas perspectivas, estaba demostrando que así como la historia revisionista sumaba cada vez más lectores, también los temas que tenían que ver con el peronismo traían gente no sólo a la actividad partidaria sino también a las librerías. Perón, quien desde España había captado el nuevo fenómeno, lo describiría sin abandonar su filosa ironía: "He visto que el peronismo está despertando entre los «intelectuales» el deseo de escribir sobre él, unas veces con fines leales a la Nación y otras buscando lo contrario. El profesor Gonzalo Cárdenas sé que lo ha hecho bien y de buena fe, que es lo que interesa. Otros como Félix Luna lo han hecho a su manera, a lo que ya estamos acostumbrados. Ángel Cairo, Pedro Geltman, Ernesto Goldar, Alejandro Peyrou, Ernesto Villanueva, etc., son todos aportes no despreciables para el conocimiento de nuestra acción que escribas a sueldo han tratado de encanallar con toda clase de falsificaciones y mentiras. De todas maneras, el justicialismo necesita que se hable de él, aunque sea bien...".

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Bonardo, Augusto, *Antología de un asco en la Argentina,* Buenos Aires, La Gente, 1965. Gentiluomo, Federico A., *Desafío a la Revolución Argentina,* Buenos Aires,
Nueva Era, 1970. Gentiluomo de Lagier, Estela Alicia, *Reseña biográfica del coronel Federico A.*
Gentiluomo, Buenos Aires, Nueva Era, 1970. Hernández Arregui, Juan José, *Laformación de la conciencia nacional,* Buenos
Aires, Plus Ultra, 1973.
—, *Nacionalismo* y *liberación,* Buenos Aires, Corregidor, 1973. Kovadloff, Santiago, *La nueva ignorancia,* Buenos Aires, REÍ, 1992. Luna, Félix, *Los caudillos,* Buenos Aires, Peña Lulo, 1981. —, *El 45,* Madrid, Hyspámerica, 1984. —, *Encuentros,* Buenos Aires, Sudamericana, 1996. Methol Ferré, Alberto, *La izquierda nacional en la Argentina,* Buenos Aires,
Coyoacán, 1960.
Puiggrós, Rodolfo, *El peronismo: sus causas,* Buenos Aires, Cepe, 1972.
Romero, Luis Alberto, *La historiograqfia: de la historia social al revisionismo,* Buenos Aires, *Todo es Historia,*
Sebreli, Juan José, *Eva Perón, ¿aventurera o militante?,* Buenos Aires, La Pléyade, 1990^
—, *Las señales de la memoria,* Buenos Aires, Sudamericana, 1987. —, *Los deseos imaginarios del peronismo,* Buenos Aires, Legasa, 1983.

EL JEFE

> Refiere Plutarco que, cierta vez, pasaba un circo en Esparta eirtiempo de Licurgo, a quien un amigo invitó para que contemplara el espectáculo. Licurgo preguntó qué había de bueno allí y contestó su amigo que habia un hombre que imitaba maravillosamente al ruiseñor. Yo he oído al ruiseñor, le respondió Licurgo.
>
> JUAN DOMINGO PERÓN

Diez años habían transcurrido, ya, desde aquel 1958 en el que *La fuerza es el derecho de las bestias* había conmovido la rutina de los quioscos de diarios con la masividad de una venta que evidenciaba, en rigor, un genuino trasfondo político. En 1968, con *La hora de los pueblos,* rústica producción de la editorial Norte, la sorpresa no fue menor. Pero era el texto, en esta ocasión, el que sacudía la modorra mojigata de los años de Onganía: "La evolución nos lleva, querramos o no, hacia estructuras y formas más acordes con las necesidades del mundo y del hombre de hoy. Para inspirar esos cambios estructurales y esas formas de ejecución existen, por lo menos ahora, sólo dos tendencias: un socialismo nacional cristiano o un socialismo internacional dogmático. Todos los países se dirigen perceptible o imperceptiblemente a ellos, porque el demoliberalismo no puede ofrecer ya más que esquemas ampliamente superados por el tiempo y la evolución".

Juan Domingo Perón, a continuación, explicitaba esa realidad: "Por eso existen hoy monarquías con gobiernos socialistas en Europa, Estados socialistas nacionales como en el Medio Oriente y África, Estados intermedios como Francia, Alemania, Italia, etc.; el resto, al

este de la Cortina de Hierro, son marxistas, atemperados como Yugoslavia o Albania, dogmáticos como los de la Europa Oriental o liberados como la China Popular, etc. Pero, aun dentro del curioso esquema anterior, los grupos de naciones pertenecen a otros tres sistemas: los satélites del imperialismo yanqui, los satélites del imperio soviético y los del «Tercer Mundo». Los primeros, apoyados por las oligarquías y el cipayismo nativo y, en muchos casos, por guardias pretorianas al servicio imperialista; los segundos manejados por las fuerzas marxistas reclutadas en los propios países; los terceros, que tratan de integrarse en un «Tercer Mundo» con países libres o que se van liberando y que se colocan tan distante de uno como de otro de los mencionados imperialismos".

Incursionando ya en la temática argentina, Perón, páginas adelante, avanza en su explicación: "La fuerza del peronismo radica en gran parte en que constituye un gran movimiento nacional y no un partido político. Lo moderno, que obedece a las nuevas formas impuestas por la evolución y las necesidades actuales, es una idea transformada en doctrina y hecha ideología, que luego el pueblo impregna de una mística con que el hombre suele rodear a todo lo que ama. Ese es el único caudillo que puede vencer al tiempo a lo largo de las generaciones. Por eso el peronismo ha podido resistir a la violencia gorila, como a la insidiosa «integración» que intentó el gobierno que les sucedió y está resistiendo con éxito a todos los esfuerzos de disociación de la actual campaña que intenta el «gobierno». Nuestros enemigos, que vienen del sistema demoliberal, traen con ellos, de una época política que ha sido superada por el tiempo, los viejos esquemas de una escuela caduca y por eso se sienten superados por el peronismo que representa una etapa nueva: la de los grandes movimientos nacionales que estamos viendo surgir en todas partes donde existe progreso y evolución".

Un juicio contundente —para los conservatistas, tan inesperado como los anteriores— agudizará la conmoción: "Nosotros, los viejos, mal o bien, hemos cumplido con el deber de nuestra hora, les queda a los jóvenes la oportunidad de enfrentar el suyo. Tenemos fe en nuestros muchachos, porque la juventud tiene que ser justicialista, ya que las demás tendencias sólo le ofrecen la caducidad y la decadencia, de las que las juventudes son la antítesis y porque ellos, con una doctrina en marcha y una mística popular en pie, tienen en sus manos los factores indispensables para superamos".

El general Perón, consciente de que las tareas históricas superan

el tiempo biológico de un hombre y de una generación, salía decidido y en concordancia con los ritmos del tiempo vigente a reclutar a quienes pudieran cumplir las tareas aún pendientes. *La hora de los pueblos* era, claro, el libro exacto para llegar al nuevo auditorio. Tenía, es cierto, un antecedente: *Latinoamérica: ahora o nunca,* editado el año anterior en el Uruguay por la editorial Diálogo en su colección Despertar de América latina. El texto, distribuido más restringidamente en la Argentina, formaba parte ahora, en su totalidad, del nuevo «ó lumen en el que se desarrollaba, con amplitud, la convocatoria.

"Una juventud con espíritu de rebelión positivo luchará por un destino porque ella tiene el inalienable derecho de intervenir activamente en la solución de los problemas que el mundo actual plantea, ya que ella ha de ser, en último análisis, la que ha de gozar o sufrir las consecuencias del acontecimiento actual. Es indudable que al comenzar ese quehacer cometerá los errores propios de la inexperiencia, pero nadie aprende a caminar sin darse algunos golpes." Un párrafo lapidario completará, además, su visión del momento: "Bastará contemplar la actual situación del mundo y dentro de él la de nuestro país, que los viejos les dejamos, como consecuencia de nuestros errores, para persuadirse de qué no lo podrán hacer peor que nosotros. Por eso todo este problema adquiere un justo carácter generacional".

Esta opción de Perón por los jóvenes no pareciera ser coyuntural. No son otros que los jóvenes oficiales, por de pronto, los que acompañaron al coronel en aquellas jornadas preparatorias del GOU. No son otros que los jóvenes trabajadores, además, los que plasmaron la histórica jornada del 17 de octubre. Esa predilección vital, asimismo, parece complementarse con la teoría de Gregorio Marañón, personaje de fuste en el pensamiento de Perón.

Es en sus diálogos con Enrique Pavón Pereyra, precisamente, en los que se refiere a "un humanista de los quilates de Gregorio Marañón. Desde hace muchos años mi interés recae en él, en su quehacer portentoso como investigador. El hombre de ciencia no ha cegado las fuentes de su espontaneidad, de su autenticidad (...) Marañón resulta a la vez perspicaz, profundo, asequible a la inmensa mayoría de las mentalidades profanas. Responde al adagio: «Nada humano me es ajeno». Configura la antítesis del sabio pedante, con ciencia infusa y sólo para ciertos iniciados".

Es a este Gregorio Marañón, tan calurosamente halagado por Perón, a quien en 1966 Espasa-Calpe, en su colección Austral, le reedita en España sus *Ensayos liberales.* El titulo requiere, al menos

para los argentinos que en esos años habían padecido las dictaduras llevadas a cabo en nombre del liberalismo economicista, una aclaración. Y Marañón la tiene incluida en su prólogo. Ser liberal es "estas dos cosas: primero, estar dispuesto a entenderse con el que piensa de otro modo; y segundo, no admitir jamás que el fin justifica los medios, sino que, por el contrario, son los medios los que justifican el fin. El liberalismo es, pues, una conducta y, por lo tanto, es mucho más que una política".

Es en el capítulo "El deber de las edades" del libro citado donde se encuentra el apartado "Rebeldía y juventud" que pareciera tener tanto que ver con lo que expresa Perón sobre el tema. "Y ahora nos toca comentar", escribe allí Marañón, "la juventud y su deber fundamental: que es la rebeldía. A muchos sorprenderá —tal vez escandalizará a algunos— que consideremos la rebeldía un deber [...] Al buen burgués suele erizársele el cabello —el escaso cabello, ya que un de las características de la morfología burguesa es la calva— cundo oye hablar de rebeldía." Marañón, en cambio, ve que "el alma juvenil vibra con toda su fuerza ante las emociones de gran trémolo, las de carácter épico, las que revuelan las aguas del espíritu como una tempestad. Por todo esto, que es tan natural como pueden serlo las mares impetuosas o el desbordamiento de los ríos cuando la nieve se deshace, el joven tiene que ser —debe ser— indócil, duro, fuerte, tenaz; en suma: rebelde ¡Gran locura la de los que no lo comprendan así!".

"La juventud", prosigue Marañón, "es la época en que la personalidad se construye sobre moldes inmutables. Y, además, la única ocasión en que esto puede realizarse. Toda la vida seremos lo que seamos capaces de ser desde jóvenes". Hemos llegado así a la preocupación fundamental de Marañón, la que tiene que ver con el hombre inmerso en su comunidad: "Parece paradoja, pero es lo cierto que cada ser humano será tanto más útil a la sociedad de que forma parte cuanto más fuerte sea su personalidad y, por lo tanto, su incapacidad primaria de adaptación".

El humanista español y el exiliado argentino veían pues a la juventud no con ojos tácticos u oportunistas sino con comprensión filosófica: los jóvenes y su peculiar forma de actuar eran esenciales para la sociedad o, recurriendo al lenguaje de Perón, para la construcción de la comunidad organizada.

Es en este marco conceptual en el que Perón les dedicará, en *La hora de los pueblos,* páginas fundamentales: "Si cada joven lleva su «bastón de mariscal» en la mochila puede intentar empuñarlo para

conducir, pero ha de tener en cuenta que, de todos los que lo empuñan, sólo un pequeño porcentaje llega a hacerlo con honor o con capacidad efectiva. Por eso, el respeto de los muchachos por los viejos dirigentes, que han llegado al fin de su camino con ese honor y con esa capacidad, los mostrará en su verdadero valor y en la prudencia que necesitan para triunfar. No se trata pues de «tirar todos los días un viejo por la ventana» para ocupar su puesto, sino de entrar a colaborar humildemente para aprender y para evidenciar, probando, si se tiene la capacidad que se presupone. Ninguno que no conozca perfectamente las directrices de nuestra ideología, como las prescripciones de nuestra doctrina, estará en condiciones de aspirar a la conducción o el encuadramiento de nuestras fuerzas. Sólo se puede ser revolucionario si se tiene presente en todo momento los objetivos que se persiguen y se poseen los valores morales y la mística necesarios para luchar por ellos sin descanso y sin desfallecimientos".

El general Perón, prudente, está ejerciendo desde el libro su conducción. Al dar la bienvenida a las nuevas generaciones, reconociéndoles además sus valores intrínsecos, les señala las características del movimiento al cual están llegando y los pasos que deberán darse para obrar con acierto. Es muy claro, incluso, cuando hace referencia a la formación de los cuadros: "En los tres libros, publicados por el Jefe del Movimiento, los jóvenes peronistas encontrarán tales principios; la ideología en el libro *Una comunidad organizada,* las formas de ejecutar esa ideología, en el libro de *La doctrina peronista* y los conocimientos de la teoría y la técnica de la conducción, en el libro de *Conducción política".*

Esos libros, inmediatamente reeditados en el marco del creciente requerimiento del público lector de autores nacionales, estarán, a la brevedad, en las librerías. "Nuestra editorial", afirma Freeland en 1971, "se complace en brindar al público lector la presente edición de *Conducción política,* facsímil de la original publicada en 1952 por la Editorial Mundo Peronista, creyendo cubrir así una necesidad de las nuevas generaciones, que, oyendo los dictados de su conciencia, integran esas legiones de juventudes que siguen al líder exiliado Juan Domingo Perón, permitiéndoles informarse e ilustrarse acerca de las clases magistrales que, sobre el tema Conducción Política, dictara en 1951 en la Escuela Superior Peronista a dirigentes sindicales, capacitándolos eficientemente para la dirección política del movimiento".

La conducción, pieza clave en el peronismo, era explicada en su practicidad ya que debemos "enseñar a percibir los fenómenos de una

manera que es similar para todos, apreciarlos también de un mismo modo, resolverlos de igual manera y proceder en la ejecución con una técnica también similar. Eso es conseguir la unidad de doctrina, para que un peronista en Jujuy y otro en Tierra del Fuego, con el mismo problema, intuitivamente estén inclinados a realizarlo de la misma manera, a través de la operación de cualquier inteligencia, que va desde la percepción al análisis, del análisis a la síntesis, de la síntesis a una resolución y de la resolución a la ejecución".

El tema de la formación de cuadros —que había retomado urgente actualidad con las incorporaciones masivas— era también desarrollado con sintética claridad: Todos los movimientos de acción colectiva, si necesitan de realizadores, necesitan también de predicadores. El realizador es un hombre que hace sin mirar atrás. El predicador es el hombre que persuade para que todos hagamos, simultáneamente, lo que tenemos que hacer [...] En esos cuadros, quien logre ser a la vez realizador y predicador es el ideal que puede alcanzar un hombre. Pero hay algunos que no tienen condiciones para realizar. No los debemos desechar, porque ellos pueden tener condiciones para hacer realizar a los otros lo que ellos no son capaces de realizar. Es indudable que en este orden de ideas, para el Movimiento Peronista todos los hombres que llegan a esta casa son útiles".

Ediciones del Pueblo, en tanto, en 1970 y 1971 se encargaría de publicar *La comunidad organizada y Doctrina peronista,* esta última compuesta por fragmentos de discursos de distintos años pero ordenados temáticamente. De importancia desigual como natural consecuencia de la amplitud de los asuntos que aborda, no faltarán allí, sin embargo, precisiones fundamentales: "La Patria", dirá así reproduciendo un concepto del 10 de agosto de 1944, "se forma en primer término por hombres, y no pueden ser el campo, ni la máquina, ni el dinero, factores que se sobrepongan al hombre, que es quien sufre y trabaja: y sin el cual ni los campos, ni los ganados, ni el dinero, tienen valor". Es una cita del 17 de julio del mismo año, en tanto, la que considera que "dividimos al país en dos categorías: una, la de los hombres que trabajan, y la otra, la que vive de los hombres que trabajan. Ante esta situación, nos hemos colocado abiertamente del lado de los hombres que trabajan".

La comunidad organizada, subtitulado *Esbozo filosófico,* es en rigor el texto presentado por el general Perón en el Primer Congreso Nacional de Filosofía, realizado en 1949 en Mendoza cuando ejercía por primera vez la presidencia de la Nación. Si bien el lenguaje y el

contenido, como es natural, responden a la complejidad del ámbito en que fue pronunciado, la tercera posición, no como propuesta política sino como filosofía, se desprende con claridad del libro: "Importa, por tanto, concluir nuestro sentido de la perfección con la naturaleza de los hechos, restablecer la armonía entre el progreso material y los valores espirituales y proporcionar nuevamente al hombre una visión certera de su realidad [...] En esta fase de su evolución lo colectivo, el «nosotros», está cegando en sus fuentes al individualismo egoísta *[…]* No creemos que ninguna de esas formas posea condiciones de redención. Están ausentes de ellas el milagro del amor, el estímulo de la esperanza y la perfección de la justicia. Son atentatorios por igual el desmedido derecho de uno o la pasiva impersonalidad de todos a la razonable y elevada idea del hombre y de la humanidad".

"Los rencores y los odios que hoy soplan en el mundo", continúa Perón, "desatados entre los pueblos y entre los hermanos, son el resultado lógico, no de un itinerario cósmico de carácter fatal, sino de un larga prédica contra el amor. Ese amor que procede del conocimiento de sí mismo e, inmediatamente, de la comprensión y la aceptación de los motivos ajenos. Lo que nuestra filosofía intenta restablecer al emplear el término armonía es, cabalmente, el sentido de plenitud de la existencia. Al principio hegeliano de realización del «yo» en «nosotros», apuntamos la necesidad de que ese «nosotros» se realice y se perfeccione en el «yo» *[…]* Esta comunidad que persigue fines espirituales y materiales, que tiende a superarse, que anhela mejorar y ser más justa, más buena y más feliz, en la que el individuo puede realizarse y realizarla simultáneamente" es, en última instancia, la propuesta que Perón hizo en 1949 y que reivindica, claro, también en 1968 en *La hora de los pueblos.*

En 1971, el mismo año de la reedición de *Conducción política,* Freeland decide publicar también *Historia del peronismo,* un volumen de Eva Perón que "comprende la integridad textual de sus clases altamente formativas, dictadas en la Escuela Superior Peronista".

El libro presenta, en efecto, todo el vigor, la personalidad y las ideas que caracterizaron a Evita. También sus preocupaciones: "Le tengo más miedo a la oligarquía que pueda estar dentro de nosotros que a ésa que vencimos el 17 de octubre". La tercera posición, por supuesto, también se hace evidente, "de allí que al estudiar las causas del peronismo, tengamos que analizar el capitalismo representado directamente por la oligarquía, los imperialistas y los monopolios internacionales, y al comunismo como causa indirecta, representado

por los falsos dirigentes del pueblo, que sólo quieren someterlo a una explotación tan inhumana como la del capitalismo [...] Todos los peronistas", agrega Eva Perón, "coinciden en que el peronismo es una cosa completamente distinta del comunismo. Pero de lo que no todos están convencidos es de que el peronismo también es absolutamente distinto del capitalismo. Esto es muy importante que lo aclaremos. El peronismo es completamente distinto del capitalismo, y no vamos a caer nunca en el error de creernos pequeños oligarcas, porque con la oligarquía nace el capitalismo. Observen ustedes que yo no he dicho que el peronismo es anticomunista o anticapitalista. Ser «anti» es estar en posición de pelea o de lucha, y el peronismo quiere crear, trabajar, engrandecer a la patria sobre la felicidad de su pueblo. Los que nos pelean son ellos; unos, porque sirven a intereses internacionales de izquierda, y otros, porque sirven a intereses internos, mezquinos y bastardos, cuando no a intereses también foráneos de imperialismos de derecha".

Con la reedición de estos libros —y con la actualización que significó *La hora de los pueblos*— el nuevo público lector tenía la posibilidad de ponerse al tanto del pensamiento del general Perón y de Evita a través de las palabras que ellos mismos habían escrito o pronunciado. No serian leídas estas obras, sin embargo, en la misma clave en que lo fueron en los momentos originarios. Cada generación, inmersa en su tiempo, lleva adelante su particular lectura que tiene mucho que ver, incluso, con el tiempo histórico vigente al momento de tomar contacto con los escritos. No serán pocas, ni idénticas, las conclusiones sacadas por los nuevos lectores.

Referencias bibliográficas

Marañón, Gregorio, *Españoles fuera de España,* Madrid, Espasa-Calpe, 1947.

—, *Ensayos liberales,* Madrid, Espasa-Calpe, 1966.

Pavón Pereyra, Enrique, *Coloquios con Perón,* Madrid, Editores Internacionales Técnicos Reunidos, 1973.

Perón, Eva, *Historia del peronismo,* Buenos Aires, Freeland, 1971. Perón,

Juan Domingo, *Latinoamérica: ahora o nunca,* Montevideo, Diálogo, 1967.

—, *La hora de los pueblos,* Buenos Aires, Norte, 1968. —, *La comunidad organizada,* Buenos Aires, Del Pueblo, 1970.

—, *Conducción política,* Buenos Aires, Freeland, 1971.
—, *Doctrina peronista,* Buenos Aires, Del pueblo, 1971.

EL TEMA DE NUESTRO TIEMPO

> Todo lo que fuera indicio de un sentimiento nacional lo atraía en extremo.
>
> RENE VALLERY-RADOT

Los temas nacionales no ganan, es lógico, sólo lectores. Al filo de los 70 son nuevas plumas las que aparecen para dar su versión del pasado relativamente inmediato. Arturo Jauretche, siempre atento a la evolución cultural de la Argentina, apunta en *La Hipotenusa* del 18 de mayo de 1967 la aparición de una curiosa novedad: "Hace unos días leí un libro que firma un mozo Norberto Galasso. Su título: *Discépolo y su época"*.

No era éste, claro, el primer trabajo de este autor. En 1963 ya había publicado, en la colección de divulgación que editaba Coyoacán, *Mariano Moreno y la revolución nacional* Sorprendía ahora, en cambio, por el personaje elegido. A favor o en contra, documentado o sobreinterpretado, estaba reservado para los proceres ese pequeño monumento de papel que es el libro. Para un letrista de tangos, aunque fuera bueno, quedaban el disco, el cine y la radio —es decir, sus propios medios—, y las revistas que recopilaban sus letras en ediciones populares o las que contaban entretelones de sus vidas, al estilo de *Radiolandia.*

Galasso, con su sólido volumen, desafiaba ambos campos: el de la cultura popular y el de la cultura académica. Y lo hacía además, completando la irreverencia, analizando también los aspectos políticos. Hacía añicos, con su "inconducta", el sagrado templo del arte, aunque

fuera el del arte popular que, como el otro, estaba resguardado de este tipo de contaminación. "Le eché un vistazo al libro", escribe Jauretche, "y apunté una observación que hace sobre los comentaristas de Discepolín, que parece se empeñaran en ocultar una cara del mismo, aquella alegre de la fe y el entusiasmo, para incidir solamente en la amargura y el escepticismo que los tangos, a brochazo limpio, recogen, menos que como amargura propia, como un largo y duro mensaje de la vida de los porteños de abajo [...] Porque Discépolo tiene dos imágenes: la de antes de 1945 y la de después. Galasso dice que estos autores no presentan esa cara de Discépolo por motivos políticos. Y ha de ser así nomás".

Galasso es claro, al respecto, desde las primeras líneas de la introducción: "Ésta es la historia de Enrique Santos Discépolo: un argentino cuyos dolores y alegrías vibraron al unísono con los dolores y las alegrías de su pueblo, un forjador de versos que no eludió su compromiso con la Historia, un juglar de los barrios que recogió la emoción íntima del hombre anónimo que habita nuestro suelo [...] Su vida —un permanente desgarrarse en una sociedad injusta— sólo resulta comprensible en el marco de la sufrida Argentina del siglo xx. Del mismo modo, su obra sólo puede aquilatarse en su verdadera importancia relacionándola con el drama de la cultura nacional, es decir, con las tristes y dolorosas vicisitudes de la inteligencia en un país que no controla su destino".

Así, en referencia a las épocas de sus creaciones tangueras, Galasso dirá que "nos encontramos hoy en una esquina porteña con un hombrecito esmirriado, escuálido y cyranesco, que lleva la carga de un alma demasiado azul para la época dura que le tocó vivir". Pero comprueba también, páginas más adelante, su transformación: "A Enrique le basta observar esa alegría de los trabajadores que inundan la ciudad, para tomar partido junto a ellos. La jubilosa confianza de esa multitud que parece querer beberse de un solo golpe todo aquello que la vida le negó años y años es suficiente para que Discépolo abandone la vereda indecisa y se meta en la calle —en la calle siempre como toda su vida— sumándose con entusiasmo a la caravana en marcha [...] Él, por su parte, parece estar animado por una nueva fuerza, por un nuevo entusiasmo que revivifica su espíritu, como si adaptara el ritmo de su vida a la marcha cada vez más acelerada del país, como si él también creciera y se vitalizara encontrando nuevos caminos, descubriendo nuevos rumbos [...J Ya no más tangos tristes, ya no más cansancio, ni aletargamiento. Por el contrario, el cine, la radio y el teatro lo absorben a un tiempo".

Será otra, sin embargo, la faceta decisiva del relato, aquella que se ocupa de la militancia de Discépolo que tiene, en sus orígenes, la misma motivación que sus tangos, sus películas y sus obras de teatro, aquella que es definida por las hermosas palabras de Hornero Manzi: "La gente se te arrima con su montón de penas / y tú las acaricias casi con un temblor... / Te duele como propia la cicatriz ajena: aquél no tuvo suerte y ésta no tuvo amor".

Esa militancia se corporiza, en rigor, con las charlas que Discépolo comenzará a ofrecer el 11 de julio de 1951 en el ciclo *Pienso y digo lo que pienso,* que forma parte de la campaña electoral del general Perón, quien se postula para su segunda presidencia. "Aquella audición antes anodina y cargosa", dice con exactitud Galasso, "se transforma ahora en algo polémico, incisivo, mordiente. Su auditorio crece no sólo incorporando amigos sino también enemigos, porque son muchos los «contreras» que encuentran un irresistible imán en esas charlas puntiagudas e implacables [...] Discépolo no se introduce en el análisis ideológico profundo, sino que simplemente pasa revista a los hechos concretos, evidentes, poniendo esa realidad tozuda ante los ojos del cipayo, del hombre atado a los viejos mitos del país semicolonial. Enrique cree en el poder de las palabras y dice su verdad en la turbulenta palestra política con el corazón rebosante de esperanza, con la seguridad de ser comprendido. No lo guía el odio —aunque muchas veces su palabra hiera— sino el propósito de convertirse en un tábano que no tolere hombres adormecidos en un país pujante que hierve de futuro".

Esos monólogos de *Pienso y digo lo que pienso* serán reeditados por Freeland en 1973 con el título de ¿A mí me *la ixxs a contar?* Era producto, esa edición, del éxito de los temas nacionales pero, sobre todo, de aquellos marginados hasta entonces por la persecución política o el silenciamiento. Conservaban además, por cierto, todo su vigor y actualidad: "Resulta que antes no te importaba nada y ahora te importa todo. Sobre todo lo chiquito. Pasaste de náufrago a financista sin bajarte del bote. Vos, sí... Vos, que ya estabas acostumbrado a saber que tu patria era la factoría de alguien y te encontraste con que te hacían el regalo de un patria nueva... y entonces, en vez de dar las gracias por el sobretodo de vicuña, dijiste que había una pelusa en la manga y que vos no lo querías derecho sino cruzado. ¡Pero con el sobretodo te quedaste! Entonces, ¿qué me vas a contar a mí? ¿A quién le llevas la contra? ¿Antes no te importaba nada y ahora te importa todo... y protestas? ¿Y por qué protestas? ¡Ahí, no hay té. Eso es

tremendo. Mira qué problema. Leche hay, leche sobra; tus hijos, que alguna vez miraban la nata por turno, ahora pueden irse a la escuela con la vaca puesta... ¡pero no hay té! Y, según vos, no se puede vivir sin té. Te pasaste la vida tomando mate cocido, pero ahora me planteas un problema de Estado porque no hay té".

Volviendo a Galasso, cabe decir que él, como Discépolo, también creía en las palabras. Por eso aparecerá, en 1970, un texto fundamental, *Vida de Scalabrini Ortiz.* Su sola publicación mostraba, por de pronto, una mutación generacional. Raúl Scalabrini Ortiz, desde *El hombre que está solo y espera,* pasando por sus combates forjistas, hasta su dura y final batalla en la revista *Qué,* era uno de los luchadores más consecuentes con el pensamiento nacional. Ahora, en cambio, y merecidamente, se había convertido en procer de esa causa.

El libro de Galasso es minucioso e informado. No exagera, por eso, el autor de la contratapa del volumen publicado por Ediciones del Mar Dulce cuando asegura que "como el Yrigoyen de Gálvez, el Scalabrini Ortiz de Galasso será un libro indispensable para todo aquel que desee conocer íntimamente la política argentina del siglo xx". No era errada, tampoco, la comparación con Gálvez. Aunque partiendo de principios filosóficos diferentes, Galasso encontraría en la biografía su forma de expresión. Incursionaría también luego, es cierto, en el ensayo político y polémico, pero será su serie biográfica la que pintará como nadie una época de la cultura argentina y a los personajes que la protagonizaron. Baste recordar, a este respecto, sus trabajos sobre Manuel ligarte (1973), Manuel Ortiz Pereyra (1984), Arturo Jauretche (1985), Juan José Hernández Arregui (1986), Ramón Dolí (1989), Atahualpa Yupanqui (1992), Jorge Luis Borges (1995) y Victoria Ocampo y Arturo Jauretche (1996).

Galasso considera en su libro que Scalabrini Ortiz dejó "una magnífica enseñanza en libros, folletos y artículos donde se registra su lucha vertical de tres décadas contra los esclavizadores de afuera y de adentro. Lo que importa ahora, sin embargo, a casi una década de su muerte, no es arrodillarse ante su pensamiento congelado, ni rastrear en sus libros una media frase para justificar las ideas de hoy (...) Su gran tarea consistió en descubrir la realidad argentina de su época y abrir picadas en los fragosos caminos de la historia, la economía y la política para que detrás suyo se lanzasen los argentinos más audaces. Sólo es posible, pues, rendir homenaje al autor de la *Historia de los ferrocarriles* profundizando esas rutas que él no pudo recorrer hasta el

fin y buscando, con ojos argentinos y latinoamericanos, ese futuro mejor que alentó siempre todos sus esfuerzos".

Norberto Galasso escribió estos libros —y él se ocupó de remarcarlo— desde la izquierda nacional. Quiere decir esto que, como en el caso de Jorge Abelardo Ramos o como en el de Juan José Hernández Arregui, sus principios metodológicos no eran estrictamente los del peronismo. Es más, políticamente Galasso, en esos años, acompañaba más una postura de apoyo externo como la sustentada por Ramos y no una definición peronista como la de Hernández Arregui. Sus obras, de todas formas, se insertan plenamente en aquella corriente que se conoce como la del pensamiento nacional y que, aunque con fronteras permeables, trata de pensar desde la Argentina y priorizando ese enfoque como hilo conductor. Integran este sector, entonces, desde hombres como Leonardo Castellani hasta otros como Manuel Ugarte, aunque Arturo Jauretche y Raúl Scalabrini Ortiz serán el permanente centro por su originalidad e independencia metodológica.

Otro fenómeno más complejo, sin embargo, es el que se vive por esos años con aquel pensamiento que se acerca al peronismo desde un lugar en el que éste no habia sido mayoritario: la universidad. Roberto Roth, otrora funcionario de Juan Carlos Onganía, comprueba parte de este suceso: "Asistí accidentalmente al desfile de la muchachada de la Facultad de Derecho rumbo a un acto peronista en la Plaza de Mayo. Pasaron unos diez mil, marchando casi con un compás militar. Recordé que cuando cayó Perón, en 1955, quedaba un solo peronista en la facultad. Se le perdonaba porque su padre había sido ministro de Perón".

Lo relatado por Roth tuvo lugar, seguramente, a partir de 1973. Eran muchos menos, en rigor, los que en los 60 adherían en los claustros al peronismo. Es durante la Revolución Argentina, de todas formas, cuando empezaría un crecimiento hasta entonces limitado a grupos muy pequeños.

La revista *Confirmado,* en su edición el 30 de septiembre de 1970, dice al respecto que "la discusión del peronismo, una de las tareas más apasionantes que afrontan los argentinos, no transcurre solamente por los cauces políticos; también en el plano científico amanece la controversia. Quizá el mejor ejemplo de lo que ocurre conste en la situación interna de la Escuela de Sociología de la Universidad de Buenos Aires, donde a propósito de concursos de **cátedra afloró una** discusión de enorme **profundidad.** Diezmado **el plantel docente por el éxodo** de **Gino Germani, en 1963, y** la intervención **estatal de 1966,**

permaneció en los claustros un núcleo que abarcaría diez profesores titulares y veintisiete adjuntos; de los treinta y siete, unos quince militan en el Bloque Peronista de Filosofía y Letras. El núcleo principal bajo el común denominador de "cátedras nacionales", postula «una revisión crítica de la actitud científica, incorporando de manera polémica a la sociología en las luchas políticas nacionales, para hacer de ella un instrumento de conocimiento y lucha». El grupo más activo de las CN procede de diversos campos: hay quienes, como Justino O'Farrell y Gonzalo Cárdenas, llegan desde el cristianismo renovador; otros se ubicaban en el peronismo de izquierda nacionalista; otros, por fin, en el nacionalismo izquierdista acercado hoy al peronismo".

Alcira Argumedo, partícipe de dicha etapa, en la revista *El Ojo Mocho* aporta nuevos datos aunque a partir de una fecha anterior: "Creo que el 64 fue, para muchos de nosotros, un punto de inflexión en torno al peronismo. Que hasta entonces, en mi caso por lo menos, estaba muy cuestionado ya sea por el origen del cual yo venía, que era una familia de clase media antiperonista, o por un marxismo que finalmente era bastante elitista".

Lo cierto es, en definitiva, que el complejo proceso descripto de acercamiento de sectores universitarios al peronismo sigue avanzando. Así, las discusiones pasan a darse entre los nuevos adherentes. Para la socióloga Argumedo, "este debate alrededor de la relación entre peronismo y marxismo ya venía desde la época de Cooke: yo creo que Cooke en el 60, 61, ya impone el tema éste, había ciertas influencias en Hernández Arregui y el mismo Puiggrós. A diferencia de un Jauretche, un Scalabrini Ortiz, que buscaban más la autonomía de los pensamientos nacionales no necesariamente alrededor del marxismo. Pero esto estaba incluido en el peronismo. Las cátedras nacionales que habían surgido siendo, digamos, más «jauretcheanas» se dividieron entre jauretcheanos y cookistas. No se llamaban así, pero, en fin... Es decir, entre aquellos que seguían pensando que había una capacidad autónoma del pensamiento popular de dar líneas teóricas de interpretación de los procesos sociales y aquellos que pensaban que para que esto fuera realmente viable requería del instrumental teórico-metodológico del marxismo".

Una nueva frase de Alcira Argumedo, de todas formas, ubica realmente la discusión en su real contexto: "La pelea era muy intensa entre las dos capillas". El debate, en efecto, pese a su intensidad y aun a la importancia que adquiriría después de que en 1973 el peronismo volviera al poder, estaba limitado a pequeños sectores de mínima

presencia en el Movimiento Nacional Justicialista. El pueblo peronista en general, aglutinado en los sindicatos o distribuido en sus casas barriales, permanecía ajeno a esta polémica. Sus preferencias se basaban en cuestiones más directas, concretamente en la experiencia vivida durante la década peronista. Es a ella —incluyendo los años de la revolución del 4 de junio, absolutamente ricos en transformaciones— a la que tomará como punto de partida para efectuar sus comparaciones y elegir. El pensamiento de Perón, en tal sentido, era el rector de las conductas por decisión independiente de quienes elegían seguirlo. Perón, en sus acciones y en sus discursos, había explicitado claros lineamientos a los que la gente adhería y tomaba como propios.

No deben ignorarse, sin embargo, algunos trabajos surgidos de aquel acercamiento universitario al peronismo porque, en su medida, también fueron un aporte.

Es interesante, en tal sentido, un pequeño libro de Juan Pablo Franco y Fernando Álvarez —*Peronismo: antecedentes* y *gobierno*— que en aquellos años alcanzó una notable circulación en los ámbitos académicos.

Conviene, antes que nada, recordar la peculiaridad de uno de los autores, Fernando Álvarez, quien asegura que "los dos [se refiere también a su hermano Carlosl fuimos marcados por el hecho de provenir de una familia muy humilde. Si hoy viviera, mi viejo ganaría el salario mínimo. Eso nos impulsó a la superación y la rebeldía, y a la vez evitó que tomáramos caminos marxistas. Porque el obrero de carne y hueso lo teníamos en casa, y con el marxismo-leninismo yo no podía entender a mi viejo, ni a sus amigos, ni ellos a mí. «La puta, esto no va», me decía. Y ahí apareció Perón. Entonces me empecé a preguntar por qué esa gente lo seguía".

Ya en referencia a las cátedras nacionales, Álvarez, al ser consultado en un libro de Luis Pazos y Sibila Camps, da su visión: "Se buscaba crear un pensamiento nacional que se diferenciara tanto de la sociología académica como del marxismo. Desde el primer momento, nuestra definición fue claramente peronista y de Perón. Sin ningún tipo de traducción, por lo menos desde mí; sin pensar en un Perón irreal, sino desde el Perón que existía, proyectando su pensamiento a las ciencias sociales. No fue un acto casual: yo lo sentía desde las tripas".

Álvarez, además, según el citado libro, "en coautoría con Carlos Mastrodini, escribe *Sartre, Marcuse, Nizan y el Tercer Mundo,* un texto breve de demitificación de esos pensadores de izquierda, que apunta-

ba a demostrar que su esquema filosófico no servía para explicar lo que estaba sucediendo en la Argentina, porque la suya era la mirada del europeo".

Juan Pablo Franco, quien en el citado volumen se ocupa de la parte referida al gobierno, hace a su vez en su texto interesantes referencias que son, también, una toma de posición: "Este aporte tiene como eje fundamental la polémica contra las influencias «colonizadas» [se refiere al marxismo-leninismo entendido como ciencia universal y al cientificismo sociológico] que en el medio universitario tratan de mantener el alejamiento de los sectores intelectuales respecto al gran movimiento nacional. Evidentemente, encarar la polémica es ya una concesión: en el seno de los sectores populares, fundamentalmente de la clase trabajadora, esta polémica no tiene ningún sentido: la certidumbre peronista es total, y sólo se discute cuál es la forma de orientar con mayor eficacia el proceso revolucionario, de cumplimentar con efectividad las directivas del general Perón como Conductor Estratégico. Concesión que, sin embargo, tiene sentido si colabora en la tarea de acercamiento de ciertos sectores estudiantiles, como ya lo están haciendo muchos, al movimiento peronista".

Es en este ambiente, también, donde se mueve, por ese entonces, José Pablo Feinmann. Vale su experiencia, además, porque con el tiempo se convirtió en la figura intelectual más sólida de las que surgieron por entonces. Sus ensayos se irían convirtiendo, paso a paso, en claves interpretativas imprescindibles de ser tenidas en cuenta si se quiere intentar comprender las últimas décadas de la Argentina. *Filosofía y nación* (1982), *Estudios sobre el peronismo* (1983), *El mito del eterno fracaso* (1985), *La creación de lo posible* (1986), *López Rega: la cara oscura de Perón* (1987) e *Ignotos y famosos* (1994) son piezas claves sobre esos años. *La astucia de la razón* (1990) es a su vez su particular explicación, en clave de novela, de los politizados 60.

Feinmann, en el diario *La Época* del 30 de octubre de 1983, rememora su historia: "Mi proyecto ingenuo y adolescente fue entrar en la carrera de Filosofía para tener ideas para poder escribir. Mi esquema era el siguiente: como escribía desde muy chiquitito, había «decidido» que escribir ya sabía. Lo que no tenía eran ideas. Y bueno —dije—, voy a entrar a la Facultad de Filosofía para tener ideas. Agarré un período muy lindo que fue del año 1962 al 69. Tomó parte del gobierno de Illia, donde hubo gran libertad en los claustros, y parte del gobierno de Onganía, donde a pesar de «la noche de los bastones largos», que es

donde se acentúa el desprecio por la inteligencia en la Argentina, tuvimos de todos modos cierta posibilidad de debate ideológico, sobre todo comparando con lo que vino después de 1976".

"Vos fijáte", me dijo aquella vez que lo entrevisté en 1983, "que en ese momento Historia del Pensamiento Argentino en la carrera de Filosofía era una materia optativa. Todas las demás eran obligatorias. Nosotros decidimos darle primacía a esta cosa del pensamiento argentino. Queríamos saber qué había pasado en nuestra patria. Me devoré con gran pasión todos los libros de los revisionistas y de ahí pasamos, casi naturalmente, a adherir a los grandes movimientos de masas que habían surgido y se habían desarrollado en la Argentina. Me interesó mucho la figura de Rosas, la de Yrigoyen y, en grado muy especial, la figura de Perón. Así fue como llegué al peronismo".

En *La cara oscura de Perón,* Feinmann cuenta, a su vez, que en aquellos tiempos "mi inolvidable amigo Miguel Hurst, que tenía la librería Cimarrón, editaba nuestra revista *Envido,* los apuntes de las Cátedras Nacionales y mi primer libro en 1974: *El peronismo y la primacía de la política!'.*

"Yo creo", sigue Feinmann, ahora desde el reportaje, "que hay que rescatar la historia de *Envido,* incluyendo el número nueve que fue hasta el que seguimos todos juntos. Éramos diez tipos que teníamos una revista y hacíamos un análisis crítico, ideológico, conceptual del peronismo, que hasta ese momento no se había dado".

Esos trabajos publicados en la revista *Envido* serían la base de *El peronismo y la primacía de la política* primero, y de *Estudios sobre el peronismo* después. Un párrafo de *Filosqfia y Nación,* en tanto, complementa sus dichos sobre aquella etapa: "Fue hacia fines de 1969, sin embargo, cuando junto a Amelia Podetti, Guillermina Camusso y algunos —muy pocos— más, formamos un grupo de estudio del pensamiento argentino. Muchos, lo juro, nos tomaron por locos [...] El grupo funcionó durante todo el año 70. Trabajamos con intensidad, seriamente, aportando cada uno lo mejor de sí, enriqueciéndonos. Pero es, sobre todo, el fervor y la deslumbrante inteligencia de Amelia Podetti lo que más recuerdo de esa experiencia".

Dos asuntos fundamentales surgen de este párrafo. Lo argentino, casi al comenzar los 70, era todavía incipiente en los ámbitos universitarios. El segundo punto tiene que ver con el recuerdo de un nombre que aparecerá también, junto a otros, en la dedicatoria de un libro publicado en 1986: "A la memoria de Amelia Podetti, justicialista y filósofa" dirá, en *La racionalidad de peronismo,* José Octavio Bordón.

Es en ese libro, asimismo, donde se reproducen dos capítulos pertenecientes a la época a la que estamos haciendo referencia. Corresponden a su tesis, elaborada en 1970, y- muestran cómo ya en aquellos momentos existían revalorizaciones profundas del pensamiento peronista.

Bajo el título "Antropología peronista", Bordón dice, en aquella ocasión, que "nos dedicaremos a analizar cuál es la concepción filosófica que Perón tiene del hombre. El libro fundamental que se utilizó para hacerlo, aunque no es el único, ha sido *La comunidad organizada,* el que no es más que la exposición que hizo en el Congreso de Filosofía de Mendoza en el año 1950. Se ha dicho en varias ocasiones que el mismo no fue elaborado por él. La comparación con otros escritores, clases y discursos, nos indican que «su colaborador» —en el mejor de los casos— no hizo más que traducir al «vocabulario filosófico» la «perspectiva filosófica» que Perón tenía ya del hombre".

No es casual, claro, la elección de este tema ni la aclaración realizada: eran los años en que todavía seguía siendo minimizada la posibilidad de un pensamiento peronista. Bordón recuerda ese clima: "En aquella sociedad con un gobierno de aspiraciones «fascistizantes», había que luchar contra el «fantasma de Marx» o contra el «empirismo abstracto» o la «Gran Teoría», porque eran en la universidad, en nuestra carrera de Sociología y en la de Ciencias Políticas y en las otras, las ideas dominantes. De nuevo la civilización o la barbarie, de nuevo contra las alpargatas y los descamisados (como con Rosas, Yrigoyen, [Carlos W.J Lencinas, Cantoni y Perón). Salvo que ahora la discusión había llegado a la universidad, a los sectores medios, y la clase obrera resistía por no asumir la civilización dependiente. Habíamos comenzado una lucha, pero todavía embrionaria... mientras con el conjunto de los argentinos buscábamos, como siempre, una salida democrática, decíamos en el reducto de la *intelligentsia:* «¡Perón vuelve!». Era necesario, pero no suficiente. Vivíamos convencidos de nuestra verdad política y de que la profecía se haría realidad, pero temblábamos cuando en los círculos intelectuales nos golpeaban desde el materialismo dialéctico o desde la sociología científica. No eran sus verdades ni sus portadores sociales o políticos los que nos disminuían: eran sus racionales, sus lógicas, sus métodos. Aquí comenzó otra lucha; demostrar que había un Sistema de Pensamiento Peronista, que había una «racional» distinta, que debía haber un método propio y que sólo desde ese método podríamos volver a leer la Historia, las ideas y las acciones del justicialismo. Nuestros mentores no fueron quienes desde lejos nos proponían

revoluciones quizá posibles para ellos pero inasibles para nosotros, para nuestra forma de ser y nuestra voluntad de querer ser. Tampoco los revisionistas soberbios y maniqueos. Jauretche fue el hombre. Él fue nuestro puente con la historia que habíamos vivido sin comprender del todo, y con la que no vivimos y nos habían deformado".

Otro encuentro producido por esos tiempos le allanó, a la vez, el camino escogido: "La casualidad, o el destino, nos cruzó con una maestra inolvidable: Amelia Podetti. Primero nos enseñó a ser capaces de conectar la evolución de la filosofía con el transcurrir de la historia: los descubrimientos científicos, las guerras, el crecimiento del comercio mundial y la revolución industrial, la aparición de los Estados-naciones, las luchas sociales y las de la descolonización. De su mano, inductivistas y deductivistas, la lógica formal y la de clases, Newton y Einstein, Galileo y Hobbes dejaron de ser abstracciones o nombres, para integrarse en un gran escenario y en la única historia con sus altos y bajos, sus triunfos y derrotas, sus alfas y omegas: la vida y la lucha de los hombres en la constante búsqueda de mayores niveles de justicia y libertad. Con ella comenzamos a creer, como escribiría años después, en la historia de la formación de la conciencia colectiva de los pueblos que, recogiendo y transmutando toda la experiencia histórica propia y ajena, construyen su propio pensamiento, su propia cultura, su propia concepción de la vida humana".

En *El pensamiento de Perón, intento de sistematización,* su trabajo de 1970, Bordón reflexiona que "para Perón el egoísmo absoluto del hombre no está fundamentado en que sea innato, «natural» al hombre, o una consecuencia lógica de la vida de la sociedad. Para él no hay un determinismo sino que es el producto de una forma de vida determinada que puso como valor básico, aun cuando quedara ocultado tras justificaciones ideológicas, la explotación: ya por los otros hombres, ya por el Estado. En síntesis, que la crisis actual es la culminación de una etapa materialista con prevalencia absoluta del yo y precedida a su vez por otra etapa idealista donde el yo tiene un ínfimo valor. La etapa actual debe ser la de la síntesis, la de la armonía: el tiempo de la justicia social".

"Él observa", continúa Bordón, "que los hombres muestran un instinto para proveerse de las cosas necesarias para su supervivencia y desarrollo y lo considera lícito; es lo que denomina como interés personal. Pero cuando este interés personal supera los límites del yo para negar el nosotros, entonces ese interés personal es anormal pues se niega a sí mismo al negarse las esferas familiar y social. El

interés individual se convierte en egoísmo expoliador". Así, acercándose a las conclusiones, en este trabajo de los 70 se considera que "el problema actual es el problema de una sociedad que por su desarrollo debe integrar la «planificación colectiva que exigen los tiempos con la garantía de libertad individual que el hombre debe disfrutar inalienablemente». El justicialismo intenta ubicar al hombre en su verdadera situación: como un ser trascendente, como un cosmos en sí mismo; no lo «sumerge en la chata horizontalidad del materialismo», en cualquiera de las dos doctrinas, sino que lo vertícaliza como el fin último y trascendente. Lo anterior no supone la defensa de la libertad liberal la cual «no vigoriza el yo sino en la medida que niega el nosotros». El justicialismo «es esencialmente individualista», no en el sentido liberal, y «popular». Concilia así los valores individuales con los colectivos".

"Esa integración", dice el autor sintetizando a Perón, "sólo se logrará en una comunidad armónica donde se realice cada uno de los individuos y donde actúen en función de esa comunidad sin buscar en ella satisfacer el egoísmo expoliador".

Pero el peronismo no era tema que generara trabajos exclusivamente en la universidad. Así, en abril de 1971 el sacerdote Rolando Concatti fecha su libro *Nuestra opción por el peronismo,* cuyo título colectivo tiene que ver con quien lo edita: Publicaciones del Movimiento Sacerdotes para el Tercer Mundo de Mendoza.

"Este trabajo", dice allí Concatti, "sólo quiere ser un esquema para la discusión, no una formulación terminada. Sólo pretendemos ordenar el material para una profundización, evitando las confusiones que otorgan la misma validez a razones diferentes, o prolongan inconscientemente reflejos sentimentales. Por otra parte, el «horizonte» al que se refiere el trabajo son los militantes que, como los curas del Tercer Mundo, han superado ya las burdas razones del antiperonismo gorila, pero no alcanzan a discernir a fondo el camino de un compromiso serio con el pueblo a través del peronismo. Pensamos que este tipo de militante «indeciso» no se da sólo entre el clero progresista sino entre amplios grupos de nuestra juventud y nuestros mejores activistas. Si a ellos sirviera para la discusión y la decisión nos consideraríamos ampliamente compensados".

Dirigido pues a los recién llegados al peronismo, o a los que aún van en camino hacia él, el texto está escrito también desde ese inminente arribo. El arrebato que suelen mostrar los inmediatos conversos está en cada una de sus páginas: "Después del golpe reaccionario del

55, cuando se prolongó esa larga y feroz represión gorila, el pueblo supo organizar y mantener la Resistencia Peronista, un capítulo desconocido y ocultado de la historia argentina, pero que en el futuro será respetado como uno de los más heroicos", dice en un tramo. Y, a renglones siguientes, asevera que "se creía que, con alejar a Perón, el pueblo «embaucado», confundido por la «demagogia», acabaría cambiando. Pero no cambió y obligó a cambiar personajes y tácticas a la reacción cada vez más exasperada".

Concatti, a poco de llegar, se siente plenamente instalado. Comienza, pues, con su explicitación. Desde su flamante pulpito le reconoce, es cierto, algún logro a Perón: "Su enorme mérito es haber interpretado y servido al proletariado —como más arriba hemos expuesto largamente—". No se queda corto, tampoco, al marcarle sus limitaciones: "Pero el líder, el estratega, el político que conduce a los triunfos concretos, no es casi nunca el mejor analista, el ideólogo más profundo. Un conductor providencial tiende a confundir sus maniobras geniales y sus aciertos rotundos como una interpretación y un análisis genial y profundo".

Ya se habrá adivinado, a esta altura, quién es "el mejor analista, el ideólogo más profundo". No lo dice explícitamente, claro, pero se le sospecha la intención: el mismo Concatti. Arremete, pues, con su texto: "Del acierto táctico y fecundo de la «tercera posición» —que es una postura política sagaz—, no se puede inducir una tercera posición ideológica, una imposible alternativa intermedia entre el capitalismo y el socialismo". Tras lo dicho, no se achica: "La doctrina nacional, o doctrina peronista, con sus tres principios de independencia económica, soberanía política y justicia social, no es una teoría revolucionaria del proletariado, sino la plataforma de la lucha que correspondía a todas las clases progresistas que pujaban por transformar el país en esa etapa de la historia".

"El peronismo", insiste Concatti, "se integró sin duda a un proceso histórico, cuyo movimiento profundo asumió. Pero no explícito la conciencia y la teoría de esa realidad, que permitiera al pueblo todo comprender que no se participaba sólo de una empresa de justicia y reivindicación, sino de una lucha histórica y profunda, que no es en el fondo sino la lucha inmemorial del hombre por su liberación y por su humanización total". Aclara después, completando por fin su idea, que "el gran desafio para toda revolución auténticamente trascendente es unir el movimiento de masas con la teoría revolucionaria".

Traduciendo lo dicho a un lenguaje más coloquial, tal propuesta significaba, en ese momento histórico, que el peronismo pusiera el pueblo mientras que ellos, los ideólogos, le agregarían esa "teoría revolucionaria" que no era otra cosa, claro, que el marxismo.

El libro de Rolando Concatti se transforma, así, en un claro ejemplo de lo que años atrás ya había señalado Arturo Jauretche, es decir, la existencia de aquéllos que decían haberse equivocado con sus conductas en las coyunturas del 45 y del 55 pero que ahora, al llegar, no se comportaban con la humildad propia de quien viene de sucesivos errores sino que, altivos, nuevamente pretendían dictar lo que debería hacerse. Ellos le enseñarían ál "movimiento de masas" cuál debería ser su comportamiento.

No es ésta, nos parece, sin embargo, la única causa del error de Concatti. Debería agregarse a lo dicho con precisión por Jauretche una motivación adicional propia de un sacerdote. Concatti no lograba, claro, desprenderse de su clericalismo: sea cual fuera el tema o la circunstancia, el pulpito, cualquier pulpito, era para él su lugar natural.

Un caso distinto era el de aquel muchacho que lentamente transitaba su experiencia, como hemos visto, a veces yendo con el hijo de la cocinera a la cancha de fútbol y en otras ocasiones leyendo sugestivas pintadas escritas en las paredes de los conventillos en los que trataba de enseñar el catecismo.

Diego Lucero, quien estaba en Glasgow para presenciar la primera de las finales de la Copa del Mundo de 1967 que disputarían Racing y Celtic, recuerda una de esas experiencias que tienen que ver con lo emocional, un campo, claro, en el cual los pueblos suelen ser fuertes. "En la fachada del estadio", contaría Diego Lucero en *Siento ruido de pelota...,* una recopilación de sus mejores notas, "de severa arquitectura y hermosa, luce un vitral en el que aparece el escudo del club. Bandas diagonales blancas y negras; un león rampante como corona y una leyenda en latín donde se lee: *«Ludere causa ludendv,* lo que dio motivo a un larga polémica entre Patecatre y Primeroemayo por la traducción de las palabras de la divisa. ¿Querés decirme a quién le preguntamos para salir de la duda? ¿Acaso al Panadero Díaz? Y en eso, la divina providencia, que siempre aparece en el momento justo, apareció en la presencia del padre Mugica, que está estudiando en París y es tablonero de Racing y se vino de hincha a ver a su cuadro querido. Y con el padre Mugica se hizo la luz: *Ludere causa ludendi,* el deporte por el deporte mismo".

Esta consustanciación con lo popular, que no se limitaría a lo futbolístico, será explicada por Mugica en algunos trabajos de esos años incluidos, después, en su libro *Peronismo y cristianismo* que editaría Merlín. "La acción de la Iglesia", dirá entonces, "debe estar orientada hacia el pueblo, pero también desde el pueblo mismo. Y creo que esto es fundamental para hacer una valoración del peronismo. Porque una cosa es mirar el peronismo desde los pobres, desde el pueblo, y otra cosa es mirarlo desde la clase media o desde la oligarquía. Yo he vivido personalmente esa experiencia con plenitud. Yo fui antiperonista hasta los 26 años y mi proceso de acercamiento al peronismo coincidió con mi cristianización. Es decir, en la medida en que descubrí en el Evangelio, a través de la teología, que la Iglesia es de todos pero ante todo es de los pobres, como decía Juan XXIII, y que Cristo evangeliza a todos sin distinción de personas, pero sí con distinción de grupos y prefiere a los de su propia condición, a los pobres, empecé a mirar las cosas desde otro punto de vista".

Prosiguiendo con su análisis, aclara, en *Los valores cristianos del peronismo,* uno de sus escritos, que "entonces yo tengo que hacer, tengo que optar en concreto y toda opción concreta está cargada de historicidad y por lo tanto es relativa. ¿En qué reside la diferencia entre lo cristiano y un movimiento político como es el peronismo? Los valores cristianos son propios de cualquier época, trascienden los movimientos políticos; en cambio, el peronismo es un movimiento que asume los valores cristianos en determinada época [...] Y esto no significa que no se puede ser cristiano y no peronista. Lo que sí me parece más difícil es ser cristiano y antiperonista. Aunque en la adhesión a cualquier movimiento político, un cristiano debe siempre mantener una distancia crítica desde la fe. Tiene que revitalizarlo, que no significa minimizarlo. Puede adherir a él pero un cristiano sabe que un movimiento político no va a crear la sociedad perfecta, va a realizar sí determinados valores pero también corre el riesgo permanente de desvirtuar esos valores [...] ¿Cuál es ese juez que me permitirá valorar si el peronismo es hoy la instancia histórica a través de la que me interpela Cristo, a través de la que voy a mostrar mi amor a mi pueblo y a mis hermanos? El juez es la gente, el pueblo, los oprimidos. La categoría pueblo casi coincide con la categoría pobres aunque no la abarque totalmente".

Mugica, quien se mueve por un lado en la Villa Comunicaciones de Retiro, pero también entre los estudiantes, no vacila a su vez en criticar ciertas posiciones de izquierda. Habla, así, de "la tremenda

experiencia soviética donde es evidente que se hizo una revolución económico-social pero no una real revolución cultural ni una real revolución política. El pueblo no accedió al poder, hay una burocracia parasitaria que se impone entre ambos".

Una crítica suya es, en rigor, aun más contundente si es que se tiene en cuenta aquel momento y la fama de la que gozaba el gobierno de Fidel Castro. "Yo estaba en Cuba", dirá Mugica en la ocasión, "cuando leí un trabajo estadístico de las realizaciones del gobierno de Perón, y les digo que Perón en dos años hizo más que la revolución cubana en diez, en cuanto a realizaciones".

Mugica, además, buceador de la realidad y del sentimiento de la gente —comportamiento que lo llevará cada vez más a un enfrentamiento con las cúpulas de ultraizquierda—, a pesar del entusiasmo epocal no vacilaba a la hora de establecer límites y matices: "El cristiano o el sacerdote, en contacto con cualquier grupo humano, en la medida en que empiece por la autocrítica y luche por su conversión personal siempre tendrá que ser interpelador y crítico. Y el cristiano peronista tendrá que criticar, permanentemente, al peronismo".

A las nuevas promociones de universitarios y sacerdotes que escribían sobre el peronismo se le sumaría también, con no menos entusiasmo, algún militar. Es Arturo Peña Lillo quien informa, en tal sentido, que "fue en los salones de Lasserre que ocurrió el acontecimiento político y editorial del año [1972]. Presentamos *Las armas de la revolución,* escrito por el entonces teniente coronel Florentino Díaz Loza, estando detenido en la guarnición de Azul por haberse sublevado unos meses antes. Más de mil personas asistieron al acto, en que le cupo a Jorge Castro una activa participación en la parte organizativa: militares retirados, en su mayoría definidos políticamente como [Julián] Licastro y [José L.] Fernández Valloni y civiles notoriamente comprometidos en una cerrada oposición al régimen que encarnaba el general Alejandro Agustín Lanusse, asisten esa noche".

El libro, ampuloso en su título, no lo es menos en su texto de contratapa: "Así las cosas, un grupo de oficiales, impregnados de historia nativa, expresando la subterránea revolución que ya crepita en las bases del pueblo, encabeza la sublevación el 8 de octubre de 1971 en Olavarría y Azul. Jefes y oficiales, considerados por sus propios camaradas como lo mejor del Ejército".

La intentona, en rigor, había pasado prácticamente desapercibida. El momento elegido para la misma, por otra parte, era absolutamente

desafortunado desde un punto de vista político: eran los días en que después de muchos años comenzaba un nuevo proceso electoral.

Díaz Loza, por otra parte, aunque desde una posición distinta, no era menos apresurado que Concatti. Se le adelantaría, incluso, hasta a Raúl Alfonsín. Decía allí, a través de uno de los caudillos participantes en el diálogo por el que transcurre el libro, que "lo más auténtico, lo más genuinamente nacional que poseemos, son las mayorías trabajadoras. El peronismo está compuesto principalmente por ellas. Ésa es, pues, la base para el movimiento popular nacional. No hablo del partido, sino del movimiento. Éste será, entonces, el Tercer Movimiento Histórico".

"En la década del 10", precisaría Díaz Loza, "se concreta el primer movimiento histórico: Hipólito Yrigoyen [...] El segundo movimiento nacional surge en la década del 40 y lo apoya el Ejército, el Ejército Nacional al servicio de su Pueblo. El peronismo reemplaza al radicalismo yrigoyenista como fuerza popular de progreso [...] El tercer movimiento debe aflorar, casualmente, como respuesta auténtica a la Argentina tradicional que se derrumba paulatinamente. Su nacimiento significa el certificado de defunción de todas las viejas estructuras, para plantear una doctrina con un enfoque totalmente nuevo".

Es evidente, sobre todo en el último párrafo, la superficialidad voluntarista de la propuesta. Esa "doctrina con un enfoque totalmente nuevo" de la que se habla está ignorando, en verdad, la existencia de un pensamiento ya existente y que, en esos mismos momentos, está siendo estudiado con seriedad y revalorizado incluso en tesis universitarias. Otras líneas, en cambio, tienen mayor asidero en la realidad: "Perón sabe que si acorrala al régimen, como lo está haciendo magistralmente, obligándolo a cumplir lo prometido, es decir, dar comicios libres, el peronismo accede cómodamente al gobierno".

Un prueba de esa conducción magistral de Perón era, incluso, el libro de Florentino Díaz Loza. No eran tantos, históricamente hablando, los años que habían transcurrido desde aquel golpe dictatorial de 1955. A partir de allí, sin embargo, una intensa labor intelectual se había llevado a cabo en diarios, periódicos, revistas y libros. Defensivas en sus inicios, con propuestas de futuro luego, lo cierto es que toda esa literatura había confluido en este presente en el cual el tema central en las universidades, y aun en ámbitos religiosos y militares, era el peronismo. Es más: ciertos textos, aunque no coincidentes con la doctrina justicialista o con propuestas políticas distintas, eran en cierta forma absorbidos y utilizados por Perón y su movimiento. El texto de Díaz Loza,

por ejemplo, pudo confluir en un acto en el cual se estaba a favor del regreso de Perón y en contra de la dictadura de Lanusse. Perón estaba conduciendo, ya, la historia argentina de esos años.

Referencias bibliográficas

Bordón, José Octavio, *La racionalidad del peronismo,* Buenos Aires, El Cid, 1986.
Concatti, Rolando, *Nuestra opción por el peronismo,* Publicaciones del Movimiento Sacerdotes para el Tercer Mundo de Mendoza, 1972.
Confirmado, 276, Buenos Aires, 30 de setiembre al 6 de octubre de 1970.
Díaz Loza, Florentino, *Las armas de la revolución,* Buenos Aires, Peña Lillo, 1972.
Discépolo, Enrique Santos, *¿A mi me la vas a contar?,* Buenos Aires, Freeland, 1973.
El Ojo Mocho, 4, Buenos Aires, verano de 1991.
Feinmann, José Pablo, *Filosofía y nación,* Buenos Aires, Legasa, 1982.
—, *López Rega, la cara oscura de Perón,* Buenos Aires, Legasa, 1987.
Franco, Juan Pablo, y Álvarez, Fernando, *Peronismo: antecedentes y gobierno.* Universidad Nacional de Buenos Aires (tirada reducida para uso interno de los estudiantes de la Facultad de Ciencias Económicas), 1974.
Galasso, Norberto, *Mariano Moreno y la revolución nacional* Buenos Aires, Coyoacán, 1963.
—, *Vida de Scalabrini Ortiz,* Buenos Aires, Del Mar Dulce, 1970.
—. *Discépolo y su época,* Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1967.
Hernández, Pablo José, *Para bien y para mal (entrevistas a los que hacen la cultura nacional),* Buenos Aires, Prea, 1991.
Jauretche, Arturo, *Mano a mano entre nostros,* Buenos Aires, Juárez, 1969.
Lucero, Diego, *Siento ruido de pelota...,* Buenos Aires, Freeland, 1975.
Manzi, Hornero, *Cancionero,* Buenos Aires, Torres Agüero, 1977.
Mugica, Carlos, *Peronismo y cristianismo,* Buenos Aires, Merlín, 1973.
Pazos, Luis, y Camps, Sibila, *Ladran, Chacho,* Buenos Aires, Sudamericana, 1995.
Peña Lillo, Arturo, *Memorias de papel,* Buenos Aires, Galerna, 1988.
Roth, Roberto, *Los años de Onganía,* Buenos Aires, La Campana, 1980.

TODOS LOS FUEGOS EL FUEGO

Más que construir un pensamiento hubo que construir un modo de pensar.

ARTURO JAURETCHE

El feroz silenciamiento del peronismo, intentado en sus inicios mediante el totalitario decreto 4.161 que prohibía hasta nombrarlo y el terror implementado a través de los fusilamientos de 1956, quince años después no sólo había fracasado: se había, también, revertido. El peronismo, como pensamiento, estaba en los primeros años de la década del 70 más extendido en la sociedad que cuando ocupó el gobierno al promediar el siglo.

Numerosos son, en efecto, los ejemplos que avalan esta afirmación. No parece un mal comienzo, sin embargo, recurrir a lo dicho por el semanario de mayor tirada en aquellos años, *Gente* y *la actualidad.* Por aquellos años, Julio Cortázar, quien había realizado uno de los esporádicos viajes a su país, le señaló "en una comida íntima aun hombre de *Gente"* que "únicamente acepto un reportaje si me dan diez mil dólares que donaré .a una escuela cubana". Julia Constenla y Guillermo Zorraquín (h.) publican entonces en el número correspondiente al 19 de noviembre de 1970 una entrevista alternativa a un intelectual que hablará de Cortázar y de su actitud. Dirán, en la ocasión: "Elegimos para plantear las preguntas a otro best-seller". Se trata, claro, de Arturo Jauretche.

El ya famoso escritor, consecuente con su pensamiento, no ve en esto un triunfo individual sino un reflejo de lo que está pasando en la

sociedad. Explica así, en su "Epílogo porteño" a una nueva edición de *Los profetas del odio,* la evolución ocurrida: "Repensar el país terminó por ser el tema. Y repensar el país me trajo un recuerdo de Lugones: «Ojos mejores para ver la Patria». Allí ya estaban también los ojos mejores, los mismos que buscó Lugones; había que averiguar dónde estuvo la falla de aquél siendo tan bueno el principio. Era simplemente que Lugones quiso ver con ojos mejores, pero no pudo porque estaba también inserto en la *intelligentsia* y, queriendo ver, no comprendió que no bastaba con cambiar los ojos: había que cambiara el enfoque. Él, en su angustia nacional, fue cambiando de enfoques, pero los enfoques también los recogía saltando de puntos de vista que no eran los nuestros a otros que tampoco lo eran. No supo recoger la lección de las multitudes y no supo separar esta contradicción entre la superestructura cultural y el país real para ver lo nuestro desde éste, desde aquí".

"Eso es lo que el país ya sabe", continuará Jauretche, "y sobre todo las jóvenes generaciones, que irrumpen bruscamente en la escena (...) Este epílogo es porteño porque se escribe en Buenos Aires. Como se ve por lo dicho, corresponde á todo el país porque todo el país se está repensando. Ya les dije cómo lo vi en el interior. Y aquí, en este Buenos Aires gigantesco que sigue creciendo desmesuradamente. Ciento ochenta galerías de arte, montones de pequeños periódicos y tentativas, más de un centenar de teatros independientes, librerías, librerías y librerías, abiertas, hasta en la madrugada, como no hay en París. Miles de estudiantes de sociología, psicología, historia, filosofía, técnicas que no dan de comer ni aseguran porvenir, con gringuitos, con criollos, peruanos, guatemaltecos, paraguayos, bolivianos. Muchachos que trabajan y estudian y lectores, lectores, lectores desde «la princesa altiva a la que pesca en ruin barca», conferencias, conferencias y conferencias, debates y ediciones, ediciones de desconocidas editoriales, criticas y análisis transmitidos de boca en boca que anulan los instrumentos que antes daban la consagración, expresan un hervidero cultural que revisa lo que viene de afuera, la ideología, la información, las autoridades, y lo enfoca, por fin desde el país y para el país. Gente que se equivoca también, pero por su cuenta, con lo suyo y no con lo ajeno. No importa. Es el único modo de acertar".

Este triunfo de lo nacional como pensamiento era, en efecto, una realidad. Por eso el mismo Jauretche, al prologarle su Pro *y contra de Sarmiento,* dirá sobre su autor que "Murray es revisionista en historia y, con el revisionismo, está ya triunfante", razón por la cual su texto

"es esencialmente didáctico y está escrito más para los vencidos, los de la historia oficial, que para los vencedores. Se propone ayudar a sus difusores para una correcta comprensión de sus héroes, que la falsificación deformó en sus verdaderas calidades —en ocasiones, ocultando las positivas— para que fueran útiles a la política que aquella falsificación perseguía. Y también evitar los excesos que pueden cometerse en nombre del revisionismo cuando el sectarismo o la pasión del combate hacen incurrir en los mismos dislates del maniqueísmo derrotado".

Miguel Ángel Scenna, en tanto, en *Los que escribieron nuestra historia,* comprueba el mismo fenómeno cuando, al referirse a la *Historia argentina* de Ernesto Palacio, dice que "por su difusión, éste es uno de los libros que más ha influido en los argentinos de las recientes generaciones". José Maña Rosa, a su vez, al presentar una nueva edición del clásico *El hombre que está solo* y *espera,* dirá que "hoy son millones los argentinos que siguen las huellas de Scalabrini. Todos se sienten sus discípulos en esta Argentina que empieza a surgir |...] Sus libros se agotaron, sus discípulos se hicieron masa clamorosa y a cinco años de su muerte es señalado como el maestro por antonomasia de esta Argentina que empieza a ser nuestra".

El editor Arturo Peña Lillo, en sus *Memorias de papel,* agrega un dato que complementa el panorama: "Estas publicaciones crean una singular expectativa en los lectores por su sistemática difusión de los nacionales. En un reportaje que muchos años después le hiciera *La Opinión* a Juan José Martini Real, éste la señala como la única editorial marginal en la que halla el material para su formación política. En el curso del tiempo me he encontrado con profesionales, confesos de deberle su iniciación a La Siringa".

Los ámbitos universitarios y sindicales muestran, también, este reverdecimiento de lo argentino. No es casual, claro, que los presentemos juntos. José Pablo Feinmann tiene jugosas páginas referidas a lo que llamará, después, "una inserción muy difícil": "Era el mes de abril de 1969. Éramos cuatro estudiantes de Filosofía —próximos a a egresar— que atravesábamos las calles del Bajo rumbo a la CGT de los Argentinos [...] No nos lo confesábamos, pero estábamos intranquilos, quizá teníamos miedo. El líder del sindicalismo de liberación, Raimundo Ongaro, acaba de ser liberado de una de sus tantas prisiones y era trasladado al edificio de la CGTA (...] Subimos a un piso superior. Nos llevaron al encuentro de un militante de la organización sindical. No grabé su nombre en mi memoria, ignoro quién habrá sido. Nos indicó

que nos sentáramos y se sentó sobre un escritorio frente a nosotros. Entonces, sin mediaciones, sin decir agua va, nos lanzó un discurso sobre la necesaria unidad entre los obreros y los intelectuales. Nosotros asentíamos: en busca de esa unidad, precisamente, habíamos ido hasta allí (...) Alguno de nosotros lo detiene: ¿no nos podría decir qué esperan de nuestro grupo? «Cómo no», dice el hombre de la CGTA, "queremos que dicten un curso de historia argentina. Queremos que lo dicten aquí, en el edificio de la CGTA». Y entonces se fue. El orgullo se adueñó de nosotros: ¡dictar un curso de historia argentina en la CGTA! Dictarlo nosotros, pequeños burgueses casi egresados de la carrera de Filosofía. Nosotros, que repartíamos en la facultad, como oficiando un culto, el glorioso periódico de la CGTA".

El recuerdo de Feinmann, teñido de melancólica ironía, refleja lo que sucedía en un sector del movimiento obrero. En el otro, el ortodoxo, Mas cosas sin embargo no eran muy distintas. Variaban, sí, las acentuaciones ideológicas, pero no la convicción del necesario entrelazamiento entre los mundos del trabajo y los del pensamiento. Era la figura de Juan Manuel de Rosas —revisionismo histórico mediante— el que permitía el nexo: San Martín-Rosas-Perón será la línea conductora de tal pensamiento y se plasmará, una y otra vez, en miles de afiches callejeros. Las conferencias en el Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas y en las sedes gremiales formarán parte del paisaje intelectual de la época. Los discos de Roberto Rimoldi Fraga, un folclorista que expresaría contundentemente esta temática en su repertorio, musicalizarían muchas de esas reuniones mientras se vendían también, por millares, en las disquerías. Con importante repercusión en los multitudinarios festivales hacía también lo suyo un conjunto dirigido por Armando Mogliani, militante sindical ligado a SEGBA, el que, entre sus variados discos de larga duración, editaría uno dedicado íntegramente a Rosas. Un peculiar éxito obtuvieron, sin embargo, con el recitado de un poema del empresario César Cao Saravia, "Nosotros y ellos", en el cual, tras reseñar los diferentes modos de sentir y de vivir la Argentina por ambos sectores, concluyen que "nosotros debemos desde hoy competir por el bien de todos, pero no nos enfrentaremos más, por el egoísmo de ellos. Nosotros unidos, debemos ayudarnos y así limitaremos las ambiciones desmedidas de ellos. Nosotros pusimos hasta hoy el sacrificio, los muertos y las lágrimas; ellos, ni los lamentos siquiera".

En el plano militar, a su vez, si bien sus jerarquías mantenían sus convicciones básicamente antiperonistas, el peronismo volvía a tener adeptos. Vale recurrir a los textos de la época para entender la irrita-

ción que el fenómeno causaba: "El 18 de septiembre de 1969", escribirá Rogelio García Lupo, "el comandante en jefe del Ejército argentino dictó sentencia en el más explosivo sumario secreto que en los últimos tiempos ha sido sustanciado por las autoridades militares. Un conjunto cercano a los cuarenta oficiales, la mayoría de ellos pertenecientes a la estructura profesional del Colegio Militar, son sospechados de «comunistas», y el director de la academia, uno de los jefes más ligados con el Pentágono, tomó a su cargo una purga de grandes proporciones [...) Por cierto, la calificación no es exacta; a lo sumo documenta en el plano militar la reiterada costumbre de la oligarquía argentina de motejar ideológicamente a cualquier tendencia que se le oponga, o se desarrolle en contradicción con sus intereses económicos". La revista *Extra,* de Bernardo Neustadt, en febrero de 1970 confirmaba la amplitud de esa paranoia calificativa: "Aunque las secretísimas características de esa suprema corte militar —a la que no tuvieron acceso los requerimientos periodísticos—, y la ambigüedad de la causa del retiro —«estado espiritual incompatible para ser oficial»—, todo hace suponer que se los tenía incluidos dentro de un nacionalismo populista, y que de lo que se trataba de indagar era la naturaleza de ese populismo, que podría oscilar desde un nazi-fasci-falangismo hasta un marxismo-leninismo o, incluso, un maoísmo".

La realidad, por supuesto, era mucho más simple. La misma publicación se encargaba de reseñar que todo había comenzado cuando algunos oficiales concurrieron a una conferencia de Juan José Hernández Arregui "dictada por aquél en La Franco Argentina, titulada «¿Qué es el nacionalismo?». El hecho es noticia, máxime por tratarse de oficiales de excelente trayectoria profesional (Licastro perteneció al cuadro de honor de todos los cursos del Colegio Militar, fue abanderado del mismo y número uno de su promoción...)".

No era extraño, por otra parte, que algunos oficiales jóvenes, en busca de completar su formación, se dirigieran a escuchar a un expositor que en su reciente libro, *Nacionalismo y liberación,* decía que "el Ejército existe como parte indivisible del país [...] En la hora actual, cuando los pueblos coloniales toman conciencia de sí mismos, al Ejército le corresponde un elevado ministerio [...] En la Argentina, esta responsabilidad del Ejército le incumbe al Ejército mismo. Su objetivo, junto a los países más avanzados de la América latina —Brasil, México, Chile— debe ser la liberación conjunta y consolidación de la nación iberoamericana".

Entre los oficiales sancionados estaban el ya citado Julián Licas-

tro y José Luis Fernández Valoni quienes, acordes con el espíritu de la época, evidenciaban con su actitud la potencia del pensamiento nacional. Ambos, luego de su retiro obligado de la actividad, en las antípodas de las creencias que les atribuían sus estrafalarios juzgadores, pasarían a militar en el sector ortodoxo del peronismo.

Algunos de los integrantes de la comitiva que acompañará al general Juan Domingo Perón en su retorno a la Argentina, el 17 de noviembre de 1972, sirven también para evidenciar la magnitud del fenómeno a que estamos haciendo referencia.

Viajarán allí, por ejemplo, los doctores Raúl Matera y Miguel Bellizi, ambos de una larga militancia en el justicialismo pero también con una consagrada carrera en sus especialidades. Matera tenía ya por entonces altamente consolidado su prestigio como neurocirujano. Bellizi, a su vez, en mayo de 1968 había realizado en la Clínica Modelo de Lanús el primer transplante de corazón efectuado en la Argentina.

Entre los escritores viajaban, claro, José María Rosa y José Mana Castiñeira de Dios, figuras estelares de la historiografía y de la poesía respectivamente. Pero también lo hacía Marta Lynch, novelista de moda con Ai *vencedor, La alfombra roja y La señora Ordóñez.* El deporte se hacía presente con José Francisco Sanfilipo, destacado goleador de San Lorenzo de Almagro, Boca Juniors y la selección nacional de fútbol, pero el espectáculo no se quedaba atrás al ser representado por Juan Carlos Gene y Marilina Ross, ambos actores de primerísimo nivel y a la vez muy famosos por su participación en ciclos televisivos como *Cosajuzgadao* —Marilina— en la popularisima comedia *La nena.*

El cine y la música, por su parte, también estaban brillantemente representados. Iban en el *charter* Hugo del Carril, afamado cantor de tangos, intérprete de la más popular versión de la marcha peronista y director del ya clásico *Cuando las aguas bajan turbias, y* también Leonardo Favio, con miles de discos vendidos a partir de "Fuiste mía un verano", "Ella ya me olvidó" y "Quiero aprender de memoria" y director de las fundamentales *Crónica de un niño solo, Éste es el romance del Aniceto y la Francisca, de cómo quedó trunco, comenzó la tristeza...* y unas *pocas cosas más y El dependiente.*

Acompañaba a Perón en su regreso también, y no era poco, la modelo *top* de aquellos años, Chunchuna Villafañe. No menos llamativo era el hecho de que también viajaran allí aquel joven religioso que enseñaba catecismo en los conventillos y el joven estudiante que junto a su novia escuchó feliz en la Plaza de Mayo el discurso de Eduardo

Lonardi. No viajó, en cambio, el escritor que en 1955 había visto llorar a las indias en una cocina de Salta mientras él y sus amigos festejaban, pero a poco, en agosto de 1973, cuando ya estaban convocadas las elecciones que al siguiente mes consagrarían a Perón como presidente de los argentinos, se referiría a esa etapa como "la actual encrucijada que enfrenta nuestro país, en momentos en que nos disponemos a realizar una profunda y justiciera revolución". Son éstas, lógico, las primeras líneas de Ernesto Sábato en *La cultura en la encrucijada nacional*

Arturo Jauretche había escrito, en referencia a otra circunstancia histórica, que "en líneas generales podemos decir que la labor cumplida por FORJA fue precisamente incorporar a los hábitos del pensamiento argentino la capacidad de ver el mundo desde nosotros, por nosotros y para nosotros". Algo similar ocurría el día en que Perón regresó a la Argentina. La historia habría de continuar y no sería mezquina en complejidades. En esos momentos, sin embargo, el pensamiento nacional estaba incorporado a los hábitos de los argentinos.

Referencias bibliográficas

ADECCA, 4, Buenos Aires, 1989.
Cao Saravia, César, *Trabajo más consumo: paz social,* 1972.
Feinmann, José Pablo, *López Rega, la cara oscura de Perón,* Buenos Aires, Legasa, 1987. García Lupo, Rogelio, *Mercenarios y monopolios en la. Argentina de Onganía a Lanusse,* Buenos Aires, Achával Solo, 1971.
Gente y la *actualidad,* 278, Buenos Aires, 19 de noviembre de 1970.
Hernández, José Pablo, *Para bien* y *para mal (Entrevistas a los que hacen la cultura nacional),* Buenos Aires, Prea, 1991. Hernández Arregui, Juan José, *Laformación de la conciencia nacional,* Buenos Aires, Plus Ultra, 1973.
—, *Nacionalismo* y *liberación,* Buenos Aires, Corregidor, 1983. Jauretche, Arturo, *FORJA* y *la década infame,* Buenos Aires, Peña Lillo, 1974. —, *Los profetas del odio* y *la yapa,* Buenos Aires, Peña Lillo, 1975. Murray, Luis Alberto, *Pro y contra de Sarmiento,* Buenos Aires, Peña Lillo, 1974. Peña Lillo, Arturo, *Memorias de papel* Buenos Aires, Galerna, 1988. Sábato, Ernesto, *La cultura en la encrucijada nacional* Buenos Aires, Qrisis, 1973.

Scalabrini Ortiz, Raúl, *El hombre que está solo y espera.* Buenos Aires, Plus Ultra, 1971. Scenna, Miguel Ángel, *Los que escribieron nuestro historia,* Buenos Aires, La Bastilla, 1976.
Terragno, Rodolfo, *Los 400 días de Perón,* Buenos Aires, Cuestionario, 1974.
Todo es Historia, 304, Buenos Aires, noviembre de 1992.

ROJO Y NEGRO

Puso con su presencia el sello propio a esta ambición nacional del encuentro definitivo.

RICARDO BALBÍN

El pensamiento nacional como hábito, que en proporciones variables había sido asumido por amplísimos sectores de la sociedad, tenía también su correlato en el plano estrictamente político. La tarea central en este aspecto le correspondía, es natural, al conductor. La historiadora María Sáenz Quesada, en su libro *El camino de la democracia,* tiene una exacta página que describe tal circunstancia: producido el retorno, "Perón había dominado instantáneamente la escena. Instalado en la casa de la calle Gaspar Campos, en Vicente López, recibía a multitud de personalidades, salía cada tanto al balcón a saludar a sus partidarios que colmaban los alrededores y hablaba con soltura y gracejo ante las cámaras de televisión. La gente se deleitaba con su modo campechano, tan diferente de la rigidez de los oficiales del Ejército, a pesar de que él también hubiera sido uno de ellos".

"La histórica convocatoria de la Asamblea de la Unidad Nacional", continúa la prestigiosa historiadora, "tuvo lugar en el restaurante Niño, en la localidad bonaerense de Vicente López. Asistieron los.peronistas, los radicales y todas las agrupaciones que integraban la Hora del Pueblo; los intransigentes de Osear Alende, los revolucionarios cristianos de Horacio Sueldo, los udelpistas de Héctor Sandler y los comunistas que, hasta entonces, habían estado proscriptos. Hubo también representantes de la derecha nacionalista, como Mario Ama-

deo, y del socialcristianismo, Basilio Serrano, que gozaban de la confianza de sectores eclesiásticos. Con excepción de Francisco Manrique y de Alvaro Alsogaray, fueron todos. Podía decirse que Perón estaba haciendo, por su cuenta, el Gran Acuerdo que había lanzado el gobierno".

"Tanto la Asamblea", reflexiona Sáenz Quesada, "como las entrevistas de Perón con dirigentes políticos, gremiales y religiosos realizadas en su residencia particular significaron éxitos considerables para el FREJUU. El punto culminante de estos encuentros fue la visita de Balbín a Perón. El presidente del Comité Nacional de la UCR había estado encarcelado y había perdido sus fueros parlamentarios cuando Perón presidía el país; después de la Revolución Libertadora, se tomó en cierta medida la revancha al convalidar la proscripción del peronismo. Por eso la visita, que incluyó el salto de una simbólica barrera de protección en torno a la casa de Gaspar Campos, ratificó la voluntad de diálogo entre las fuerzas civiles divididas hasta entonces por rencores antiguos".

Una copla popular, voceada por las manifestaciones que se sucedían por Gaspar Campos en aquellos días, sintetizaría a su modo lo referido por Sáenz Quesada: "La Casa Rosada / cambió de dirección. / Está en Vicente López / por orden de Perón".

Dentro de un contexto crítico, José Luis Romero, otrora rector de la Universidad de Buenos Aires en tiempos de proscripción del peronismo, vertía conceptos que no se alejaban demasiado de los anteriores: "Lo que pasó entonces", decía en 1976 el riguroso medievalista, "fue un extraño caso de psicología social. Acaso por reacción contra el poder militar, pero, en el fondo, como una expresión de la indecisión colectiva, se produjo una extraña polarización de fuerzas alrededor de Perón. De todos los sectores sociales, de todas las posiciones políticas, de todos los grupos económicos, se desprendieron vastos núcleos que se sumaron a las fuerzas que tradicionalmente apoyaban al exiliado caudillo. Cada uno esperó de él lo que deseaba: unos, una política social como la de sus primeros gobiernos; otros, una economía desarrollista; o un política económica nacionalista y autárquica; o un gobierno de orden; o una política socialista; o una restauración cristiana y occidental; cualquier cosa dentro del repertorio de la indecisión argentina".

El citado Romero, pero en 1973, había aportado también su visión sobre el momento: "Parece evidente", decía entonces, "que, para rastrear el significado profundo de la decisión de la mitad del electorado a

favor de Perón, lo más importante es establecer el contenido de aquella proyección. Esto es, establecer la proyección del Perón simbólico. La respuesta no parece difícil. Perón simboliza una rebelión primaria y sentimental contra el privilegio. Y Eva Perón, más que él. Pero ahora es sólo él, purificado y hecho espíritu por la lejanía. Ésta es la fuerza de su nombre. Y esto es lo que tiene de grande la decisión de quienes han preferido seguir manteniendo tal opción, porque más allá de sus implicaciones socioeconómicas, y más allá de las esperanzas concretas de cambio, supone una condenación del privilegio".

Romero, según se desprende de sus palabras, no había podido escapar tampoco a lo que él mismo señalaría en 1976. El brillante historiador había visto también el Perón que él deseaba. No estaba del todo equivocado. Romero, como otros, tenía su parte de razón. Perón, sin embargo, era mucho más que "una condenación al privilegio" aunque este aspecto, claro, fuera parte importante de su doctrina.

En un mensaje pronunciado el 12 de junio de 1974 desde el Salón Blanco de la Casa de Gobierno, cuando faltaba menos de un mes para su muerte y en circunstancias nada sencillas, el general Perón había ratificado su misión para la etapa: "Yo vine al país", remarcó en la oportunidad, "para unir y no para fomentar la desunión entre los argentinos. Yo vine al país para lanzar un proceso de liberación nacional y no para consolidar la dependencia. Yo vine al país para brindarle seguridad a nuestros conciudadanos y *lanzar* una revolución en paz y armonía y no para permitir que vivan temerosos quienes están empeñados en la gran tarea de edificar el destino común. Yo vine para ayudar a reconstruir al hombre argentino, destruido por largos años de sometimiento político, económico y social".

Ricardo Balbín, en ciertos aspectos la otra individualidad fundamental de esa trascendental coyuntura, el 4 de julio de 1974 en el Congreso Nacional plasmaría también conceptos claves al respecto: "No sería leal", argumentó, "si no dijese también que vengo en nombre de nuestras viejas luchas, que por haber sido claras, sinceras y evidentes, permitieron en estos tiempos la comprensión final; por haber sido leal a esa causa de las viejas luchas fui recibido con confianza en la escena oficial que presidía el mandatario muerto. Ahí nace una relación nueva, inesperada, pero para mí fundamental, que nos hizo comprender, a él en su lucha y a nosotros en la nuestra, que a través del tiempo y de las distancias andadas se van conjugando los verbos comunes de la comprensión de los argentinos. Sin embargo", continuó el líder radical, "yo guardé en lo íntimo de mi ser un secreto que tengo

ahora la obligación de exhibir frente al muerto. Ese diálogo amable con que me honró me permitió conocer que él sabía que venía a morir a la Argentina, y «antes de hacerlo», me dijo, «quiero dejar por sobre todo el pasado este nuevo símbolo integral de decir definitivamente, para los tiempos que vienen, que quedaron atrás las divergencias, para comprender el mensaje nuevo de la paz de los argentinos, el encuentro en las realizaciones, de la convivencia en la discrepancia útil, pero todos enarbolando con fuerza y con vigor el sentido profundo de una Argentina postergada». Por sobre todos los matices distintos de las comprensiones, venimos hoy todos aquí, a este recinto que lleva el acento profundo de los grandes compromisos, para decirle al país que sufre, al pueblo que ha llenado la* calles de esta ciudad sin distinción de banderías, saludando cada uno al muerto de acuerdo a sus íntimas convicciones —los que lo siguieron, con dolor; los que lo habían combatido, con comprensión—, que todos hemos recogido su último mensaje: «He venido a morir en la Argentina, y a dejar para los tiempos el signo de la paz entre los argentinos» [...] Este viejo adversario despide a un amigo".

El deseo de los dos grandes protagonistas, compartido además por la mayoría del pueblo argentino, no pudo consolidarse en su integridad. No fue ajeno a esta imposibilidad, claro, lo que con tanta justeza marcara en el diario *Mayoría* Luis Alberto Murray: "Las circunstancias pudieron un poco más que su casi humilde actitud de servicio nacional. Así fue como obligamos al glorioso cacique a cumplir la doble y agotadora función de presidente de la Nación y jefe del movimiento. La Argentina incineró a su conductor como, en otra coyuntura no menos trágica, consumimos entre todos —amigos y adversarios— a Evita".

No exageraba Murray en sus conceptos. El propio general Perón, el 12 de junio de 1974 en su discurso desde el Salón Blanco, había puntualizado que "no sería mucho avanzar en la autocrítica si dijéramos que, en muchas partes, los hombres de nuestro propio movimiento, en la función gubernamental, tienen la grave falla de sus enfrentamientos, ocasionados unas veces por bastardos intereses personales y otras por sectarismos incomprensibles. A todo ello se suma la fiebre de la sucesión, de los que no comprenden que el único sucesor de Perón será el pueblo argentino que, en último análisis, será quien deba decidir". Cinco días después, al recibir a dirigentes de la Confederación General del Trabajo, Perón abundaría en la ya trágica problemática: "Se ha producido el asesinato de compañeros dirigentes; se trata de bandas de un lado y bandas del otro, que se enfrentan

por diversas cuestiones. Antes eso se resolvía con algunos golpes o a palos. Ahora parece que ha cambiado el aspecto de la resolución de los hombres en la lucha. También tenemos que terminar con eso. Eso se terminará cuando se pacifiquen un poco los espíritus de los hombres".

Perón, en rigor de verdad, siempre había elegido transitar caminos incruentos o, para recordar su lenguaje coloquial, en busca de conquistar sus objetivos había preferido "el tiempo a la sangre". No se pretende al decir esto, claro, idealizar. Es verdad que amplios sectores de la oposición se sintieron sofocados durante su gobierno, padeciendo algunos, como el propio Ricardo Balbín, rigurosas prisiones. Es también conocido —y veraz— el relato de Félix Luna sobre las torturas a que fue sometido en una dependencia policial. No es menos cierto, tampoco, el incendio de algunas sedes partidarias o la quema de determinados templos por grupos de exaltados partidarios. Estos hechos, necesariamente condenables, requieren no obstante, en algunos casos, matizaciones.

Nos referimos, por supuesto, a los incendios producidos en la noche que siguió al atentado terrorista en la Plaza de Mayo que costó la vida de inocentes participantes de un acto. Así lo relató Félix Luna: "La CGT decidió realizar un acto de adhesión al presidente el 15 de abril. Iba a ser una concentración más, de las muchas que se realizaron en esa época de masivas presencias frente a la Casa Rosada. Pero ésta tuvo un dramático final: un grupo de opositores exaltados colocó bombas que, al estallar entre la multitud, mataron a cinco personas e hirieron a una veintena. Enfurecidos por el atentado, grupos desprendidos de la concentración se dirigieron alJockey Club, el tradicional centro de reunión de las clases altas porteñas, y lo incendiaron, agrediendo también y destruyendo parcialmente las sedes partidarias del radicalismo, el socialismo y el conservadurismo, sin causar víctimas y ante la pasividad policial".

La objetiva reseña de Luna era acompañada, a su vez, por una transparente conclusión: "Empezaba el circuito de la violencia directa, la carrera de una agresividad que desde entonces envenena la vida argentina".

Estas bombas que reiniciaron el terrorismo en la Argentina, pues permanecían ausentes desde las primeras décadas del siglo cuando algunos anarquistas recurrían a ellas, reclamarían nuevamente la atención de Luna. Como lo había hecho antes en *Argentina, de Perón a Lanusse,* volvía ahora sobre el tema en su *Breve historia de* Jos *argentinos.* "De pronto", diría en su nuevo libro, "fue creciendo una tensión

muy especial. Las cosas siguieron así durante un par de meses, hasta que se estableció quiénes eran los responsables del atentado —o, al menos, así se informó oficialmente—: un grupo de jóvenes de familias más bien de clase alta que se habían organizado para poner bombas de cuando en cuando en algunos lugares, intentando no producir víctimas, pero con el propósito de mostrar que había un núcleo opositor a Perón, en un momento en que no existía nada orgánico que pudiera oponerse al régimen peronista. Estos sucesos fueron lamentables pero, hasta cierto punto, respondían a cierta lógica". Viene a continuación, pero lo remarcamos porque nos parece fundamental, un párrafo de un Luna absolutamente sorprendido: "Lo que en cambio no parece demasiado lógico es que dos meses después de haberse producido estos hechos (las bombas opositoras, los incendios, las detenciones) Perón haya tenido la iniciativa de la pacificación, de conciliar con las fuerzas opositoras".

Estaba allí sin embargo, pese a la sorpresa que pudiera causar, la lógica permanente del pensamiento de Perón. Una y otra vez, pese a las persecuciones, los atentados, el silenciamiento o los fusilamientos, Perón volvería a convocar a la pacificación. Una y otra vez, pese a la exaltación y a la energía de algunos de sus partidarios, Perón volvería a convocar a la pacificación. Una y otra vez, pese a su propia exaltación canalizada en encendidos discursos, Perón volvería a convocar a la pacificación.

Un significativo párrafo de *La hora de tos pueblos,* su libro dirigido a las nuevas generaciones, hacía hincapié en esta opción por la vida: "El primer deber de la juventud", decía Perón en 1968, "es intentar la pacificación en los sectores a que ellos pertenecen con el entendimiento sincero y franco que conduzca a una unidad y solidaridad efectivas, libre de tendencias y banderías. Los jóvenes que se sientan libres de las pasiones que envenenaron a las generaciones pasadas están en condiciones de alcanzar entendimientos exentos de las reservas mentales y las malas intenciones; a ellos, pues, les corresponde la tarea de intentarlo".

Diversas aunque convergentes serían las causas que llevarían al fracaso de esta propuesta. No puede obviarse, sin embargo, la referencia a un factor que Alberto Methol Ferré, un uruguayo clave en el pensamiento nacional americano, señalaría en un trabajo de 1994: "A comienzos de la década de los 60, la constelación intelectual de la que participa Abelardo [Ramos], y a la que ya hice referencia anteriormente [se refiere, claro, a los escritores del pensamiento nacional que

analizamos en este trabajo] tenía en Argentina una influencia ideológica creciente. Pero sufrió un interferencia decisiva: el impacto inaudito de la revolución cubana. Nunca en la historia de América latina existió nadie que alcanzara la irradiación incomparable de Fidel Castro. Habrá que hacer pronto un balance objetivo y demistificado de todo este proceso. Aquí no es oportunidad. Pero sí de inevitable alusión. Hubo la incidencia de la teoría del «foco» guerrillero y la supeditación de Cuba a la URSS, que cumplieron un papel devastador, destructivo, tanto para los movimientos nacionales y populares como para la anquilosis definitiva del marxismo en América latina. El foquismo sembró a América latina de muerte y fracaso, del más bajo nivel intelectual imaginable, pero su épica tomó el corazón de las juventudes. En Argentina, el «cubanismo» hegemonizó finalmente sobre lo nacional y popular en las juventudes [...J Esto terminó en la sangrienta catástrofe de todos conocida".

La síntesis de Methol Ferré necesitaría, como él mismo dice, una profundización que también escaparía a los márgenes de nuestro trabajo. Baste consignar, en tanto, una peculiaridad de la situación argentina: es el terror implementado desde el gobierno por la Revolución Libertadora el que generó un resentimiento que, al combinarse con la exaltación de los conversos, produjo consecuencias terribles. El pensamiento fue uno de los más perjudicados por esta espiral de violencia.

En un momento en el cual el pensamiento nacional se había extendido a la sociedad, razón por la cual era dable esperar una profundización del debate de consecuencias enriquecedoras, el sonido de las balas vino a imponerse por sobre la creatividad de las palabras.

Carlos Mugica, aquel seminarista del conventillo de paredes agresivas, sería una de las victimas. El padre Jorge Vernazza, compilador de un libro con textos del sacerdote asesinado, es quien introduce en el tema: "A principios del año 1974 llegaba a su culminación un proceso iniciado algún tiempo atrás en el terreno político. La acción de grupos de ultraizquierda en la Villa de Retiro, donde el padre Mugica ejercía su ministerio, tendía a empujar a los villeros a que rechazaran el plan de viviendas propuesto por el Ministerio de Bienestar Social, que ofrecía trasladar a los que quisieran a los monoblocks construidos en Ciudadela [...] Era de suyo una cuestión política, pero en este caso, el de las villas, afectaba directamente la situación humana de los feligreses del padre Mugica. No podía, por lo tanto, dejar de expresar su opinión acerca de la citada actitud de los grupos de ultraizquierda". Mugica, en efecto, fue claro en el asunto: "Hablando con la gente, nos

damos cuenta de que está contenta, porque se le brindan casas dignas, hermosas. Este plan del gobierno popular no se parece en nada a los planes que surgieron durante la dictadura. Al respecto, yo pienso que el plan puede tolerar correcciones, puede ser mejorado, lo cual no significa cuestionar el plan en su totalidad ni ignorar sus muchos métodos. No es ideal. Es bueno, simplemente; lo que no es poco decir".

Mugica, tras esta lección de positivo realismo, pasa a defender los valores de una vida mejor: "Nosotros queremos erradicar las villas, y no eternizarlas. Pero, ¡ojo!, erradicar las villas no quiere decir destruir los valores del villero que son los de la solidaridad, los de la vida con conciencia comunitaria, los de un sentimiento cristiano profundo. Erradicar la villa significa sustraer a sus pobladores, a las numerosas familias que la habitan, de condiciones de vida ofensivas para su dignidad, para la salud moral y física de niños y adolescentes. De ahí que apoyemos la erección de barrios de viviendas higiénicas, ventiladas, dotadas de los imprescindibles servicios sanitarios, luz, gas, etc. Porque el villero no quiere seguir siendo villero, no quiere seguir viviendo como un condenado, sin esperanzas de cambio ni de un mejor futuro".

Avanza luego Mugica en su critica: "Es, precisamente, lo que no comprende el socialismo dogmático, con su empeño ciego de impedir que el mundo agrio, duro, del villero se transforme realmente. Esta incomprensión del socialismo dogmático no es casual. Demuestra su irrealismo. Aunque invoque al villero, en realidad no se ha asomado a sus problemas. Aunque invoque al pueblo todo, sigue dando la espalda a fáciles evidencias. Nuestro pueblo es cristiano, es justicialista, no acepta las formulaciones falsamente revolucionarias de quienes, en definitiva, no son sino una expresión del liberalismo europeo. Es más, para nosotros, el socialismo dogmático es la última expresión de ese liberalismo".

En otro texto de esta época, Mugica, en constante evolución, puntualiza su opinión en clara oposición al lenguaje de las balas. Reconoce, por de pronto, que "en el seno del movimiento [de sacerdotes para el Tercer Mundo] se han ido dando opciones que, a nuestro parecer, se fueron apartando de las coincidencias iniciales y han dado lugar a divergencias hoy ya inocultables", por lo que considera que "el documento difundido el 29 de abril por los sacerdotes del Tercer Mundo de la Capital viene a ser, por eso, una suerte de acta de refundación del movimiento. Por eso comienza diciendo: «Hoy nuestra patria vive un proceso histórico muy distinto a aquel cuyas circunstancias rodearon

el accionar de nuestro movimiento durante los últimos años: una autoridad realmente legitima, con un claro sentido popular, rige la marcha de nuestro pueblo» [...] Hay quienes juzgan la presente coyuntura", prosigue Mugica en su cita textual, "a partir de modelos ideológicos dependientes de una «cultura ilustrada», que nos viene desde afuera, elitista y afín a nuestras clases medias intelectualizadas. Muchos otros, en cambio, atentos a la realidad histórica y global de nuestro pueblo, comprobamos la existencia de un largo y creciente proceso popular que, desde hace ya más de treinta años, a pesar de sus poderosos enemigos aún vigentes, mantiene su consistencia cada vez más masiva y su adhesión a un jefe en quien deposita su inquebrantable confianza. En definitiva, no son las minorías «lúcidas» o las «élites intelectuales» quienes han de decidir y mucho menos imponer un ideal revolucionario importado, sino el pueblo mayoritario".

Expresa también, pero ahora con sus propias palabras, su oposición a la violencia pues "hoy son precisamente las circunstancias las que han variado fundamentalmente: el pueblo se ha podido expresar libremente, se ha dado sus legítimas autoridades, que van dando los pasos necesarios para la total institucionalización del país. Por lo tanto, la elección de esta vía para imponer sus proyectos políticos demuestra por sí misma que procede de grupos ultraminoritarios, políticamente desesperados y en abierta contradicción con el actual sentir y la expresa voluntad del pueblo".

El padre Carlos Mugica, relata ahora Vernazza, "el 11 mayo de 1974, después de tener una charla con parejas que se preparaban para el matrimonio y de celebrar su habitual misa vespertina de los sábados en la parroquia de San Francisco Solano, al salir de la misma fue ametrallado por alguien que bajó de un coche, dentro del cual luego huyó velozmente".

Rodolfo Ortega Peña, aquel joven que escuchara conmovido el discurso de Lonardi en 1955, quien luego se incorporaría gradualmente al peronismo tras leer a Hernández Arregui, llegando a acompañar con su pluma al sindicalismo vandorista, era en este 1974 un diputado nacional que, aunque elegido por el peronismo, integraba ahora un bloque unipersonal. Su distanciamiento del gobierno, por otra parte, se evidenciaba también en sus revistas *Militancia y De Frente,* nombre este último tomado del de la antigua publicación de Cooke, en donde sostenía posiciones realmente extremas. Fue otra banda violenta, en su caso la Triple A, la que lo asesinaría en julio del mismo año. ■...

Otro de los escritores citados, Rodolfo Walsh, había optado a su vez por la violencia. Aquel esporádico periodista que jugaba al ajedrez en La Plata, quien lentamente había virado desde su inicial nacionalismo hasta la izquierda, se había ganado el respeto de buena parte de los argentinos y el afecto de los peronistas al investigar y esclarecer, aun sin compartir su idea, el fusilamiento padecido por un grupo de trabajadores en José León Suárez en junio de 1956. La revolución cubana cambiaría luego su destino y el de otro colega suyo también inicialmente nacionalista, Jorge Mascetti, quien terminaría muerto en el monte salteño. Walsh, en tanto, se acercaría al peronismo dirigiendo el periódico de la CGT de los Argentinos. De esa labor saldría *¿Quién mató a Rosendo?,* otro de sus libros clásicos, pero también un odio feroz hacia lo que llamaría "burocracia sindical". Esa equívoca ruta lo llevaría, con el tiempo, a ingresar a Montoneros. Perdería allí, ante todo, su posibilidad de ejercer la literatura, en la cual sobresalía, y su nombre, por entonces una firma de valor en el periodismo. Su lucidez, de todas formas, le iría permitiendo- ver la irracionalidad con que la dirigencia montonera seguía transitando los caminos de la muerte, posición critica que plasmaría en documentos internos de esa organización. Ya en el gobierno la dictadura militar de Jorge Rafael Videla, y tras haber perdido a una de sus hijas, la cual se suicidó en medio de un enfrentamiento con tropas del Ejército, Walsh intentaría desandar su camino. Con su *Carta a ¡a Junta Militar,* considerada por Gabriel García Márquez "una obra maestra del periodismo universal", estaba recuperando a la vez su vocación periodística y su nombre, ya que había decidido volver a firmar. Quien había alcanzado niveles hasta ahora no igualados en el periodismo de denuncia, moriría sin embargo poco después de enviar esa carta, al ser localizado por sus perseguidores.

Una anécdota narrada en *Radar,* el suplemento cultural de *Página/12,* por Lilia Ferreyra, su última pareja, reflejará en tanto el verdadero drama existencia! vivido por el escritor en sus últimos tiempos: "En diciembre de 1976, convencido de la necesidad de un repliegue", se radicó en San Vicente. "Encontramos", dirá Ferreyra, "una casita y durante semanas hicimos una mudanza hormiga, silenciosa y clandestina, para no llamar la atención. Al poco tiempo nos enteramos de que se había vendido la casita vecina. Un domingo, mientras cortábamos el pasto, vimos que se estacionaba un enorme camión de transporte de carne. Cuando las puertas se abrieron, bajó la vida. Un perro saltó ladrando y chicos, padre y madre, cuñados y sobrinos, fueron

desembarcando muebles y herramientas. Comieron un asado y la fiesta duró todo el día. Apoyado en el alambrado y mirando el espectáculo, Rodolfo comprobó una vez más la inevitable ruptura entre la clandestinidad obligada de una vanguardia y la vida de la gente que intenta representar, cuando se bifurca el camino que en algún momento histórico pudo ser común".

Cabe agregar, al respecto, desde el profundo respeto que merece una vida coherente como la de Walsh, que es en la misma concepción de la existencia de una supuesta "vanguardia" en donde comienza, en rigor, el drama que tanto afectó a los argentinos. Walsh, en San Vicente, vio el crudo enfrentamiento de las dos realidades. La modesta aventura familiar era, claro, la vida. La supuesta "vanguardia esclarecida", en tanto, era la que al enfrentar al gobierno popular y democrático del general Perón se aislaba y conducía a la muerte a los jóvenes que la integraban.

Se comprende entonces también, ante esta situación, las severas palabras de Alberto Methol Ferré: "Aquella oleada juvenil hizo morir de angustia a Hernández Arregui y a Jauretche, arrastró a Puiggrós. Hizo perder la cosecha". Methol Ferré, en verdad, escribe estas líneas también desde su propia angustia. No es para menos. Cuando el pensamiento nacional era ya un hábito mayoritario y los movimientos nacionales paladeaban su triunfo o lo tenían casi a mano, la explosiva combinación del resentimiento acumulado en años de dictaduras y el delirante "foquismo" parecían marcar el fin. La cosa sin embargo, aunque dramática, no era tan terminante. No toda la cosecha estaba perdida. El propio Methol Ferré es quien dirá que, "sin embargo, la conciencia histórica argentina se había ya modificado sustancialmente".

Conviene puntualizar además, para evitar intencionados equívocos, que el "foquismo", aun contabilizando a los sólo simpatizantes, fue un fenómeno coyuntural y minoritario. No todos los grupos juveniles, por empezar, se plegaron a él. Tampoco duró mucho en el tiempo. El general Juan Domingo Perón ya había logrado aislar políticamente a las mesiánicas conducciones y muchos jóvenes, a su vez, estaban haciendo su propia reelaboración. La Juventud Peronista Lealtad, sin ir más lejos, es una de esas experiencias. El pensamiento nacional, a su vez, también en las nuevas etapas, tendría mucho por decir.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

AA. W., *Homenaje postumo al Excelentísimo Señor Presidente de la Nación teniente general Juan D. Perón,* Congreso de la Nación, 1974.
Baschetti, Roberto, *Rodolfo Walsh, vivo,* Buenos Aires, De la Flor, 1994.
Ferreyra, Lilia, en *Radar* (suplemento cultural de *Página/12],* Buenos Aires, 23 de marzo de 1997.
Luna, Félix, *Argentina, de Perón a Lanusse,* Buenos Aires, Planeta, 1972.
—, *Breve historia de los argentinos,* Buenos Aires, Planeta, 1994.
Mugica, Carlos, *Padre Mugica, una vida para el pueblo,* Buenos Aires, Pequen, 1984.
Murray, Luis Alberto, *Historia, es decir, política,* Buenos Aires, DH, 1981.
Perón, Juan Domingo, *La hora de los pueblos,* Buenos Aires, Norte, 1968.
—, *Discursos completos,* tomo 4, Buenos Aires, Megafón, 1988.
Ramos, Jorge Abelardo, *La nación inconclusa,* Montevideo, La Plaza, 1994.
Romero, José Luis, *El drama de la democracia argentina,* Buenos Aires, CEAL, 1983.
Sáenz Quesada, María, El *camino de la democracia,* Buenos Aires, Tiempo de Ideas, 1993.

EL TAMAÑO DE MI ESPERANZA

> Los que sabemos que sólo somos eslabones, no podemos ser vencidos. Por eso, hablamos siempre el lenguaje de los triunfadores.
>
> ARTURO JAURETCHE

¿Tiene sentido, hoy, hablar de patria? ¿No es incluso el propio término el que, al ser escuchado, nos remite al pasado y a la nostalgia? ¿O es quizá un concepto "filosófico", impropio para ser tratado antes que las urgentes demandas que se nos plantean cada día?

Si seguimos a Francis Fukuyama, el talentoso pensador estadounidense que supo combinar en apropiadas dosis el rigor academicista y el sensacionalismo que exige el mercado, concluiremos que es innecesario responder a estas preguntas pues es la propia realidad la que habría clausurado el interrogante de fondo: "No hay lucha o conflicto sobre «grandes» temas".

Fukuyama, exultante por lo que él llamaba "una victoria sin atenuantes del liberalismo económico y político", aunque haciendo su espectacular referencia al "fin de la historia", aclaraba en su texto que en verdad sólo se refería al "punto final de la evolución ideológica de la humanidad y la universalización de la democracia liberal occidental como la forma final de gobierno humano". Sagaz, empero, admitía que tal triunfo lo era básicamente en el estadio de los esquemas ideológicos quedando, en otros planos, cuestiones pendientes: "¿Existen contradicciones en la sociedad liberal que no pueden ser resueltas, más

allá de las contradicciones de clase? Dos posibilidades asoman por sí mismas, las de la religión y el nacionalismo".

Conviene a esta altura del análisis, antes de seguir avanzando, una puntualización: tanto las religiones como los nacionalismos, si es que aparecen en clave fundamentalista, constituyen no sólo propuestas autoritarias sino que se convierten aun en el mayor enemigo de cada religión y de cada nación en particular pues éstas, para desplegarse en plenitud, necesitan precisamente de esa libertad que permite y garantiza la existencia de distintos puntos de vista.

Hecha esta salvedad, es válido concluir que hasta del propio escrito de Fukuyama se desprende que queda lugar para los grandes temas, los cuales, por otra parte, están presentes en los más variados momentos de la cotidianeidad.

Reformulamos pues, legitimada la cuestión, nuestra primera pregunta: ¿tiene sentido en la Argentina de hoy, teñida de urgencias económicas y de individualismo, hablar de patria? No sólo tiene sentido: simplemente, y en diversos modos, en esta Argentina del fin del milenio se habla de patria.

¿No estaban hablando de patria, acaso, esos miles de jóvenes que en más de un concierto se entusiasmaron con la versión de Charly García del himno nacional argentino? ¿Y aquellos miles *defans* que le hicieron poner la camiseta argentina a la rubia de Roxette o al rubio de Guns N'Roses? ¿Y los enfervorizados que la esperan en cada viaje para regalarle el "Xuxa es argentina" a la animadora brasileña?

Es Mariano Grondona, en *La Argentina como vocación,* el que dice que "la nación es «patria», tierra de los padres, porque abarca no sólo al pueblo actual, que vota y decide su desuno cuando vive en democracia, sino también a los pueblos que ya fueron —los padres— y a los pueblos que serán —nuestros hijos—, a quienes legaremos la patria". Completa el concepto además, páginas más adelante, señalando que "[José] Ortega y Gasset definió a la nación, por su parte, como «un proyecto sugestivo de vida en común»: la incitación para que aquellos que nacieron juntos hagan algo juntos, para que desempeñen un papel en el gran teatro de la historia".

Es recién en este contexto, pues, cuando alcanza su verdadera dimensión el planteamiento de cada asunto, ya que es esa patria la que dará el marco a ciertos temas.

Desde José Alfredo Martínez de Hoz —aunque sin olvidar al precursor Celestino Rodrigo—, la sociedad argentina parece convencida de la necesidad de privilegiar la economía. Conviene, por de pronto,

recurriendo a la metáfora eclesiástica, reconocerle su "justa autonomía". No pueden retacearse, claro, ciertas verdades de esta disciplina: es importante tener una moneda sana y evitar las calamidades de la inflación. Es harto peligroso, en cambio, concederle a la economía la primacía: los grandes temas son sólo parcialmente económicos y, en última instancia, valores de otras especialidades serán los que deberán informar las decisiones.

Es oportuno recurrir ya, pues, al apotegma que Ahrin Toffler recogiera en sus incursiones analíticas por el mundo empresarial: "La riqueza depende cada vez más del poder del cerebro, de la capacidad intelectual". Agrega además el autor de *El cambio del poder,* agudamente, que "tanto la fuerza como la riqueza son propiedad de los fuertes y de los ricos. La verdadera característica revolucionaria del conocimiento es que también el débil y el pobre pueden adquirirlo. El conocimiento es la más democrática fuente de poder".

La certeza de Toffler, el intelectual estadounidense que al finalizar los 70 conmoviera con sus análisis de *La tercera ola,* no es enteramente novedosa para los argentinos. Algo similar había vislumbrado, en el siglo pasado, nuestro actualísimo Domingo Faustino Sarmiento. Por eso lo rescata el talentoso Adolfo Aristarain en *Un lugar en el mundo:* "Cuanto más sepas, menos te van a mandar", le aconseja el padre a su hijo. Es, al decir de Alan Pauls, "la misma [consigna] que prácticamente campea a lo largo de la película como un axioma éticopolítico. Educar al soberano".

La propuesta, de por sí nada sencilla, se complica aun más pues el marco epocal no es entusiasta con la reflexión y el pensamiento critico. El catalán Eugenio Trías, por ejemplo, señala en *El cansancio de Occidente* que "es curioso lo que hoy llega a irritar cualquier esfuerzo de reflexión o de pensamiento critico, o de meditación filosófica", aunque "a veces lo que dices, y que te es recriminado, es algo tan obvio y patente como que un mundo con las desigualdades en la distribución de riqueza como el nuestro es insostenible".

Cruzando apenas los Pirineos, el francés Jean-Claude Guillebaud, en *La traición de la ilustración,* sostiene algo parecido: "Si Occidente está en crisis es porque dejó de ejercer sobre sí mismo la capacidad crítica que lo constituía".

Conviene poner en primer plano entonces, complementariamente, la posibilidad de hacer cuando la creatividad se impone a la queja fácil. Es útil recordar, a este respecto, la experiencia vivida en Harvard por Mariano Grondona: "Contra lo que pudiera suponerse, no encon-

tré un despliegue alucinante de computadoras y aparatos electrónicos", sino que "como en cualquier otra parte, hay aulas, pizarrones, tizas y libros".

Continúa luego con su descarnado análisis, en *Bajo el imperio de las ideas morales,* remarcando que "quizá buena parte de la deuda externa latinoamericana se explica en función de esta fascinación que nos impulsa a «comprar» los artículos que otros más avanzados nos ofrecen, así como los indios aceptaban encantados los vidrios y cuentas de colores de los conquistadores. Pero será inútil buscar el secreto de su fuerza en el vientre de las máquinas que nos transfieren [...] El espíritu reside en otra parte: en los hombres, en las mentes".

Es entonces en la reflexión, en el ejercicio del pensamiento critico, en el análisis de los problemas profundos, en donde podrán encontrarse las soluciones que el porvenir reclama. La audacia y la imaginación, asimismo, no podrán estar ausentes si lo que se pretende lograr es el éxito. Ciertas categorías del pasado, en efecto, ya están cuestionadas. Gregorio Weinberg, un reconocido especialista en la materia que en 1995 recibiera el premio Consagración Nacional, marca una de esas disfunciones al hablar del "sistema educativo de gran rigidez" que conduce a que aún hoy "en la docencia triunfa la antigüedad sobre la capacidad".

Es recomendable para ponerse a tono, entonces, echar una mirada al mundo para evitar inútiles marginaciones. Allí también nos esperan sorpresas que invitan a replanteos. El francés Patrick Grainville, por ejemplo, ya advertía en 1991 que "el sector que se está desarrollando en este momento, el marketing, necesita mucha intuición, el sentido de la imagen, de la publicidad. A tal punto que las empresas toman a menudo intelectuales (...) Comprobaron que el escritor, hasta hora tan desprestigiado para los negocios, es alguien que tiene sensibilidad, imaginación, y esto lo ha revalorizado".

Rene Thom, titular de la medalla Fields, el equivalente para las matemáticas del premio Nobel, conmocionó a su vez a su compatriota Guy Sorman cuando le señaló que "la enseñanza de las letras —si está bien hecha— es más propicia que la de las matemáticas para el desarrollo de las relaciones humanas, las cuales constituyen el fundamento de la mayor parte de las profesiones modernas. En cuanto a las matemáticas avanzadas... ¡son inútiles en la vida profesional!".

Contemplar ciertas realidades geopolíticas, asimismo, se torna imprescindible para el análisis realista de lo por venir. Alberto Methol Ferré avistó esta necesidad, en 1953, al leer un discurso de Juan

Domingo Perón: "Percibí allí", recordará en una conferencia pronunciada en 1992, "que el destino de América del Sur se iniciaba en el entendimiento de la Argentina y Brasil".

La intuición propuesta por Perón tenía, claro, sólidas raíces en la historia. Es nuevamente Methol Ferré, ahora desde la revista *Esquiú* del 21 de abril de 1991, el que lo demuestra: "El apogeo de Portugal y de España fue en su unidad, en la que culminó la colaboración de las dinastías Avis y Habsburgo. La separación marcó la decadencia común".

Propone luego este amigo de Arturo Jauretche, a partir de esa tesis, que el historiador portugués Oliveira Martins estampó durante el siglo pasado en su *Historia de la civilización ibérica,* un nuevo revisionismo que parta no de los desacuerdos posteriores sino de la conjunción original.

No es sencillo, se sabe, revertir hábitos de pensamiento. Hay momentos propicios, de todos modos, para intentarlo. Tras la picada abierta por "la prosa arancelaria del Mercosur" —la expresión es de Jorge Abelardo Ramos—, debe transitarse el desafío definitivo, pues, como sostenía Perón al referirse a sus intentos de unidad americana, "si no sabemos arraigar en la necesidad de los pueblos esta política queda en la superestructura de las cancillerías, el intercambio de notas y cositas que no llegan a las raíces del mundo real que es la vida cotidiana".

No son pocos los elementos, es cierto, que se oponen a esta iniciativa. El escritor Luis Tula, en uno de los cuentos de su libro El *ojo curado,* ironiza sobre uno de ellos al decir que ciertas personas hablaban de "los rincones alejados de la patria, porque daban por sentado que la patria tenía rincones alejados". Una visión centralista era la que sentía a ciertas provincias, las de frontera, como "alejado rincón".

Esa perspectiva, siempre equivocada, es ahora, además, anacrónica: las fronteras mismas son las que ven derrumbarse su concepción de muro separatorio para tornarse puente de acercamiento. Conviene consignar, de todas formas, que aun en los momentos más estrictos los pueblos linderos supieron eludir esas barreras recurriendo a su hermandad cultural.

Pero la beneficiosa circunstancia, hay que recordarlo, no deparará éxitos milagrosos ni automáticos. Será la acción y la creatividad de las mujeres y de los hombres, como siempre ha ocurrido a lo largo de la historia, la que permitirá alcanzar los logros.

Esta realidad, en no pocos aspectos tan distantes de la trajinada

por los hombres del pensamiento nacional, puede encontrar sin embargo en las figuras más notables de esta corriente más de un principio sólido para encarar cada presente. De "una tentativa de pensar a partir de nosotros mismos", también "con la utilización de los elementos universales" pero "filtrados a través de nuestra realidad", habló Arturo Jauretche. Raúl Scalabrini Ortiz, en tanto, dijo en su *Política británica en el Rio de la Plata* que "volver a la realidad es el imperativo inexcusable. Para ello es preciso exigirse una virginidad mental a toda costa y una resolución inquebrantable de querer saber exactamente cómo somos". Ambos conceptos, es evidente, conservan su vigencia. También conserva su frescura, claro, lo dicho en *Megqfón o la guerra* por Leopoldo Marechal. Es más: en uno de sus párrafos está, precisa, la deseada síntesis de patriotismo y democracia: "Yo, en tu lugar, buscaría en el pueblo la vieja sustancia del héroe. Muchacho, el pueblo recoge todas las botellas que se tiran al agua con mensajes de naufragio".

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Argullol, Rafael, y Trias, Eugenio, El *cansancio de Occidente,* Madrid, Destino, 1993.
Fukuyama, Francis, "El interminable fin de la historia", en *Babel* Buenos Aires, 14 de enero de 1990.
Grainville, Patrick, *en La Nación,* Buenos Aires, 16 de junio de 1991.
Grondona, Mariano, *Bajo el imperio de las ideas morales,* Buenos Aires, Sudamericana, 1993.
—, *La Argentina como vocación,* Buenos Aires, Planeta, 1995.
Guillebaud, Jean-Claude, *La traición a la ilustración,* Buenos Aires, Manantial, 1995.
Jauretche, Arturo, en *Cuestionario,* 3, Buenos Aires, 1973.
—, *Los profetas del odio y la yapa,* Buenos Aires, Peña Lillo, 1975.
Marechal, Leopoldo, *Megafón o la guerra,* Buenos Aires, Sudamericana, 1970.
Methol Ferré, Alberto, en *Esquió,* Buenos Aires, 21 de abril de 1991.
Pauls, Alan, en *Página 30,* Buenos Aires, septiembre de 1995.
Scalabrini Ortiz, Raúl, *Política británica en el Río de la Plata,* Buenos Aires, Plus Ultra, 1973.
Sorman, Guy, *Los verdaderos pensadores del sigloxx,* Buenos Aires, Atlántida, 1989.
Toffler, Alvin, El *cambio del poder,* Madrid, Plaza & Janes, 1990.
Tula, Luis R., *EX ojo curado.* Editorial Universitaria de La Plata, 1994.
Weinberg, Gregorio, *en La Nación,* Buenos Aires, 19 de febrero de 1995.

ACLARACIÓN

"Libros o alpargatas" fueron los términos de una antinomia, más equívoca que real, que transitó la discusión argentina. Quizá pensando en ella es que elegí para titular los capítulos los nombres de libros de distintos autores. Quiere tener, tal decisión, mucho de homenaje y un poco de humor. Los autores son: de "Historia de una pasión argentina", Eduardo Mallea; de "De amor, de locura y de muerte", Horacio Quiroga; de "Un gran porvenir a la espalda", Vittorio Gassman, de "Después de la caída", Arthur Miller; de "No se turbe vuestro corazón", Eduardo Belgrano Rawson; de "De pie entre los relámpagos", de Luis Alberto Murray; de "Otras inquisiciones", Jorge Luis Borges; de "Conflictos y armonías", Domingo Faustino Sarmiento; de "El silencio primordial", Santiago Kovadloff; de "La lección del maestro", Henry James; de "La vida intelectual", A.D. Sertillanges; de "El jefe", Gabriela Cerruti; de "El tema de nuestro tiempo", José Ortega y Gasset; de "Todos los fuegos el fuego", Julio Cortázar; de "Rojo y negro", Stendhal, y de "El tamaño de mi esperanza", J.L. Borges.

ÍNDICE DE NOMBRES